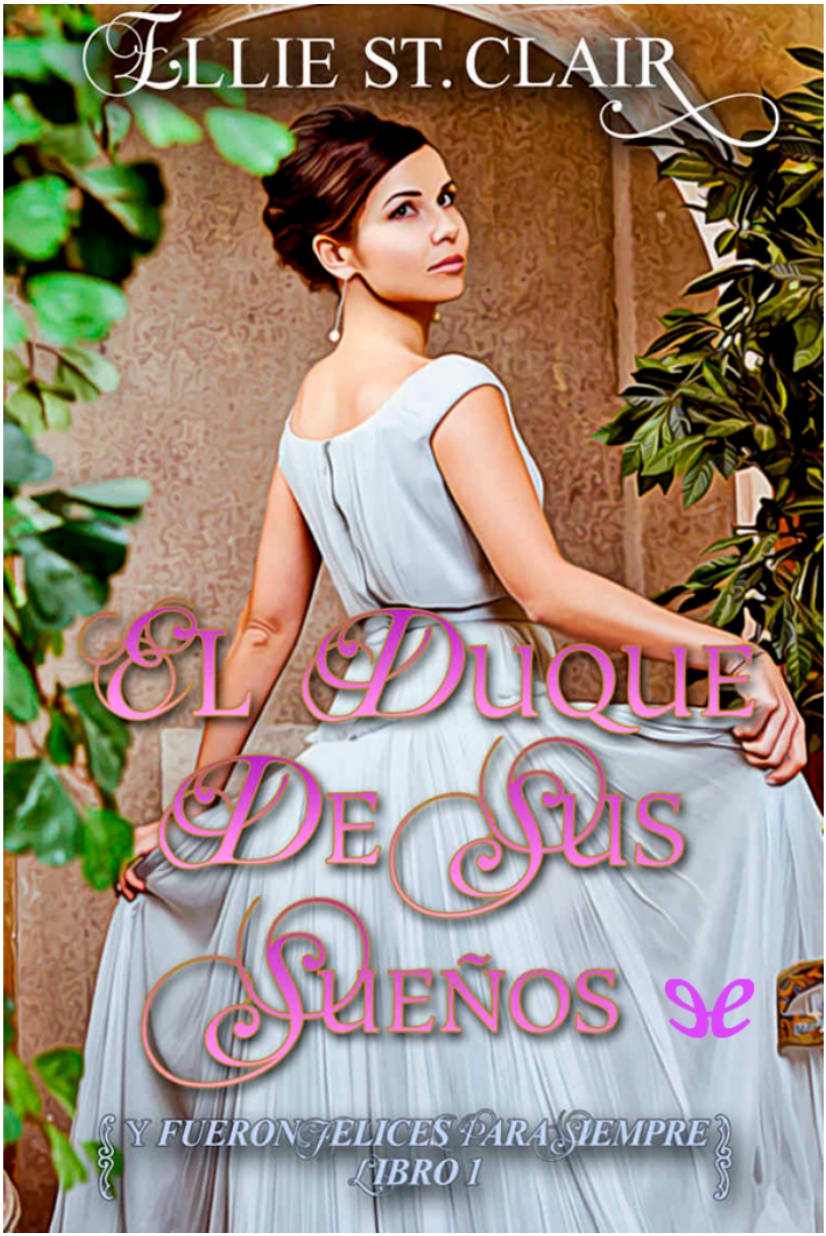
ELLIE ST. CLAIR
EL DUQUE DE SUS SUEÑOS
Y FUERON FELICES PARA SIEMPRE
LIBRO 1

Él es un duque que valora la honestidad por encima de todo. Ella es una plebeya que esconde su verdadera identidad. ¿Podrán encontrar ambos su propio «fueron felices para siempre» en el baile de disfraces, o lo que los separa se agigantará tanto que no podrán superarlo cuando el reloj marque la medianoche?

Ellie St. Clair

El duque de sus sueños

Y fueron felices para siempre - 01

ePub r1.0
Titivillus 23.05.2023

Título original: *The Duke She Wished For*
Ellie St. Clair, 2021
Traducción: E. V.

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1
Aa

Capítulo 1

El crujido de la puerta principal atravesó las gruesas cortinas que separaban el taller de Tabitha de la tienda. Golpeó nerviosamente el suelo de madera con el pie, a la espera de que su hermanastra Frances recibiera al recién llegado, mientras ella seguía concentrada en convertir el lazo de seda que tenía entre las manos en un diseño que se asemejara a una rosa.

Tabitha hizo una larga pausa hasta que, finalmente, se levantó exhalando un suspiro de frustración. Esas flores de terciopelo que había aprendido a diseñar eran uno de los motivos por los que los sombreros de Blackmore adornaban la cabeza de las damas más importantes de la alta sociedad pero, por otra parte, el desfile continuo de clientas interrumpía su trabajo cada dos por tres, dado que muchas veces también tenía que despachar.

Tabitha tenía suficiente imaginación para crear nuevos tipos de adornos, tanto para sombreros clásicos como para pamelas de última moda, y por ello disfrutaba de un enorme éxito entre todo tipo de damas, quienes presumían de ellos a sus amigas.

Pero esa capacidad se había convertido al mismo tiempo en una bendición y una maldición. Su creatividad atraía clientas como moscas a la Sombrerería Blackmore, y así había sido desde que alcanzó la edad suficiente para trabajar. La tienda había florecido gracias a la habilidad para las ventas del *baronet*[1] Elías Blackmore y la imaginativa creatividad de su hija.

Hasta que todo cambió.

A Tabitha no le sorprendió que Frances hubiera abandonado su puesto en el mostrador, aunque sí que le molestó. Se puso de pie y atravesó las cortinas de brocado para recibir a la clienta. Solo Dios sabía a dónde habría ido Frances. Seguramente de compras con su

madre, Ellora.

Tabitha recorrió la tienda con la mirada, en busca de la recién llegada. No había rastro de su madrastra, la actual *lady* Blackmore, ni tampoco de su hija, la señorita Frances Denning. Finalmente vio a la persona que había entrado, y le sorprendió que no se tratara de una clienta, sino de un caballero impecablemente vestido, no muy alto, que ya peinaba canas, aunque daba la impresión de que el hombre quería disimularlas aplastándolas contra la cabeza. Llevaba una hoja de papel en la mano, y lo enarboló mientras se acercaba a Tabitha con aire de ser una persona ocupada y a la que no le gusta perder el tiempo.

—Buenas tardes, señorita. —Tenía una pronunciación impecable —. Soy el señor McEwan. Estoy al servicio de su excelencia la duquesa de Stowe. Traigo un recibo en el que constan una serie de sombreros que, según me ha indicado, encargó a esta tienda. Su excelencia requiere que sean entregados mañana por la tarde.

Tabitha sintió un escalofrío. Si se trataba del encargo en el que estaba pensando, no habría forma posible de que esos tres sombreros estuvieran listos para mañana. En el primero solo había una flor, de las siete que requería, y no resultaba nada fácil meter en cintura la cinta de terciopelo.

—Lo siento mucho, caballero —contestó Tabitha, en un intento de que el visitante dejar de mirar fijamente la pluma de avestruz que adornaba la pared de detrás de ella—. La fecha de entrega acordada es dentro de cuatro días. No habrá manera humana de terminar el trabajo para mañana, y mucho menos de terminarlo bien.

Eso sí que captó la atención del visitante, que carraspeó al tiempo que se le coloreaban ligeramente las mejillas.

—Lo siento mucho, querida, pero no hay alternativa —dijo un tanto abruptamente, pero no sin amabilidad—. Su excelencia el duque regresa de Europa unos días antes de lo previsto, de modo que la fiesta de bienvenida que le ofrecerá su madre ha tenido que ser adelantada a su vez. Por tanto, el guardarropa de la duquesa tiene obligatoriamente que estar listo mañana. Así de claro lo ha dejado ella misma. Y, de hecho, está dispuesta a pagar muy generosamente por el adelanto en la entrega.

Al escuchar eso, Tabitha respiró hondo y se puso a pensar.

Estaba teniendo muchas dificultades para ahorrar el dinero suficiente como para matricularse en la Escuela de Sombrerería de París. Y ese dinero extra aceleraría significativamente el proceso. Dando por hecho que Ellora no se enterara de esos ingresos extra, por supuesto.

Y es que, tras la muerte de su padre hacía cinco años, Tabitha se había convertido en poco más que una sirvienta sin apenas ingresos, sin familia en la que apoyarse y sin más posibilidades que el que sus creaciones le permitieran escapar en algún momento de la pesadilla que estaba viviendo.

Cerró los ojos un momento y soltó el aire despacio. Si trabajaba toda la noche y la aguja y el hilo se portaban bien, había alguna posibilidad de cumplir el plazo. Y así se lo dijo al señor McEwan, que resplandeció de alegría.

—¡Perfecto! —dijo efusivamente juntando las manos—. Creo en usted firmemente, señorita… perdone, no creo haber escuchado su nombre.

—Tabitha Blackmore —dijo, dándose cuenta de lo rápido que le había tomado la palabra—. Pero debo decirle que no sé si seré capaz de…

El señor McEwan volvió a interrumpirla facilitándole tarjetas y explicándole cómo llegar a la residencia de la duquesa viuda de Stowe, que, naturalmente, se encontraba al otro lado de la ciudad.

—Nos vemos mañana entonces, querida —dijo con una amplia sonrisa—. Asegúrese de llevar equipaje al menos para una noche, o incluso dos. Estoy seguro de que los asistentes de la duquesa necesitarán instrucciones de lo más completas acerca de cómo combinar los sombreros. Por supuesto, también se le pagará por ello.

El hombre, que en realidad era bastante bajo y no podía disimular los mechones de pelo blanco por mucho que lo intentaba, literalmente se esfumó entre los callejones de Cheapside.

Tabitha se apoyó de espaldas en el mostrador y soltó un sonoro suspiro, un tanto sobrepasada por la situación.

Por una parte, con esos ingresos extra iba a dar un paso importante hacia la educación que su padre le había prometido desde siempre. Pero por otra, no estaba garantizado que pudiera conseguir el objetivo durante esa noche. Ni siquiera el hecho de

poder trabajar. Tendría que volver a la tienda después de la cena sin levantar las sospechas de *lady* Blackmore, y no iba a ser nada fácil.

Tabitha golpeó con la punta del pie un resto de hilo de seda que había caído al suelo. Le aguardaba una noche más encerrada en el taller de costura que, por otro lado, era el único sitio en el que podía evitar a su madrastra. Cada vez que su paciencia llegaba al límite y se enfrentaba a ella, su madrastra la amenazaba con echarla de casa, y Tabitha sabía que la única razón para que no lo hubiera hecho hace tiempo era su habilidad para la costura, que seguía manteniendo el negocio a flote.

—Bueno, pues un poco de tiempo lejos de la bruja, espero —susurró mientras volvía al taller, y la perspectiva le avivó la habilidad y la inspiración.

LA CENA FUE MÁS complicada de lo habitual, debido precisamente a que su madrastra, Ellora, tenía «uno de esos días». Se desataban por cualquier motivo: el tiempo (demasiado frío o demasiado cálido), el ruido de la calle, recuerdos de aquellos momentos de su vida en los que era hija de un barón «de verdad» y vivía a lo grande, o hasta un huevo que estaba demasiado salado.

No obstante, el malhumor de hoy se debía al hecho de que su hija había sido desairada hacía poco. Ellora era considerada oficialmente miembro de la alta sociedad, y la temporada de presentación de su hija les había costado un ojo de la cara, o casi literalmente el techo que les cubría. Frances era una joven bastante malhumorada y de lengua afilada que no hacía mucho por lograr invitaciones a bailes y fiestas.

El ama de llaves, Alice, solía decir de ella que era «una verdadera bruja». Alice era la única persona del servicio que mantenían a excepción de Katie, que ejercía de dama de compañía tanto para Ellora como para Frances. Así que tanto Alice como Tabitha tenían que encargarse de la comida y de la limpieza. Ya era difícil ser sirviente en su propia casa, pero mucho peor si, además, tenía que mantener la habitación de su difunto padre, que le traía muchísimos recuerdos. No se podía quitar de la cabeza todos los momentos que habían pasado ellos dos solos en esa casa y en esa habitación.

Y ahora era como si el *baronet* Elías Blackmore nunca hubiera existido. Ningún retrato. Ningún efecto personal. Solo el pequeño medallón que le había regalado a Tabitha cuando tenía nueve años, y que todavía llevaba al cuello.

Esa noche la cena fue un verdadero suplicio, y Tabitha permanecía en silencio mientras Ellora soltaba por la boca sapos y culebras quejándose del maltrato social a su ángel, Frances.

Tabitha miró a su hermanastra, sentada al otro lado de la mesa. Frances era muy hermosa, había que reconocerlo. Pero tenía los labios muy delgados y el azul de sus ojos era demasiado metálico como para ser agradable. Por otra parte, el tono de su pelo castaño podía compararse con el que dejan los platos sucios tras ser lavados. En cualquier caso, Ellora gastaba a diario ingentes cantidades de dinero en productos cosméticos para intentar convertir el pelo de Frances en algo presentable y a la moda.

Frances no paraba de sollozar sobre su plato mientras su madre seguía clamando junto a ella. Cuando alzó la mirada y vio que Tabitha tenía los ojos fijos en ella, hizo una mueca.

Tabitha apartó la mirada de inmediato, pero Frances aprovechó la oportunidad para alejar de ella la conversación.

—Esta tarde, cuando venía de tomar el té con Adela, vi a un criado entrar en la tienda —informó mirando aceradamente a Tabitha, que gruñó por dentro.

Su secreto y el beneficio que podría producir corrían serio peligro.

Ellora hizo una pausa en sus quejas y alzó una ceja en dirección a Tabitha.

—¿Quién era?

Cuando hablaba con Tabitha siempre masticaba las palabras y alzaba la nariz con gesto de disgusto.

—Trabaja al servicio de la duquesa viuda de Stowe —aclaró Tabitha—. Venía a preguntar por un encargo que hizo la duquesa la semana pasada.

No era exactamente una mentira, y por otra parte servía de ayuda, ya que Ellora había recibido el dinero enviado con el encargo inicial.

—¿Está listo el material?

Tabitha tragó saliva con fuerza. Todavía no había salido

indemne.

—Casi —contestó, y bajó los ojos para fijarlos en la cuchara.

—¡Inaceptable! —gruñó entre dientes su madrastra—. Eres una perezosa, un parásito. No es de extrañar que la ridícula tienda de sombreros de tu padre esté agonizando. No hay nadie más inútil trabajando en un taller de costura a este lado del río.

Acompañó la diatriba con un fuerte golpe sobre la mesa que provocó un respingo de Frances.

—¡Levántate de la mesa inmediatamente y ponte a trabajar en ese encargo! ¡Ahora! —Ellora extendió su huesudo índice en dirección a la puerta, acabando con la cena de Tabitha sin pasar de la sopa. El estómago de la joven emitió un gruñido de protesta. Apretó los puños bajo la mesa e hizo un notable esfuerzo para no decirle a su madrastra lo que realmente pensaba de ella.

En todo caso, y como otras muchas veces, lo pensó mejor y se dio cuenta de que en realidad estaba recibiendo un auténtico regalo del cielo, pues no tendría que informar a Ellora del pago adicional por adelantar la entrega. Ya le pediría a Alice que le llevara un bocadillo un poco más tarde.

—Me pasaré por el taller por la mañana para comprobar que has cumplido el encargo y echarle un vistazo al libro de contabilidad. Quiero asegurarme de que no me engañas —anunció Ellora—. Y ya te puedes preparar si me encuentro con que no estás atendiendo adecuadamente a tu trabajo y se te están acumulando los pedidos.

Lo cierto es que Tabitha era honrada, por lo que las amenazas no le importaban. Pero también era cierto que no tenía ningún tipo de ingresos ni perspectivas profesionales, y su padre no le había dejado ningún legado. La gestión de la tienda de sombreros era lo que más se parecía a una forma de autonomía financiera para el futuro, así que le convenía que Ellora mantuviera la ficción de que controlaba el negocio, ya que la horrible mujer lo había heredado tras la muerte de su padre.

A veces recordaba la estúpida e ignorante felicidad que había sentido cuando su padre le dijo que se iba a casar con una baronesa quien, además, tenía una hija de su misma edad. Se sintió tan contenta con la idea de tener una hermana que recibió a sus nuevas familiares con los brazos y el corazón abiertos.

¡Qué estúpida había sido! Apenas pudo reprimir un bufido al

acordarse.

Tres años más tarde su padre estaba muerto, Tabitha destrozada y *lady* Blackmore la tenía recluida en el taller de costura aprovechando su pericia para elaborar sombreros, pero sin la más mínima perspectiva de vida.

Por otra parte, *lady* Blackmore y Frances habían mancillado el nombre de la familia hasta el punto de no recibir apenas invitaciones, debido al rechazo social generado.

La amenaza de Ellora era un problema para Tabitha, pues debía presentarse a primera hora en casa de la duquesa. Así que tenía que terminar los sombreros, además del resto de los encargos en los que estaba trabajando. Y, por si fuera poco, debía poner al día el libro de contabilidad. Cerró los ojos y suspiró profundamente.

Iba a ser una noche muy larga.

Capítulo 2

Nicholas Fairchild, duque de Stowe, miraba por la ventanilla del carruaje la familiar silueta de las colinas, verdes y redondeadas, suspirando de puro agotamiento. Era un paisaje precioso, pero también tenía la particularidad de que Londres estaba bastante cerca. No había pasado por allí desde hacía más de un año, y tenía un miedo atroz a todo lo que le aguardaba.

El tiempo pasado en Europa había supuesto un gran alivio. No es que en el continente dejara de ser duque, en absoluto, pero las responsabilidades no lo agobiaban noche y día, y la gente con la que se veía no le daba tanta importancia a las formas como en Londres. Había sido una vía de escape de la sociedad, de las fiestas, de las conversaciones sin interés y de las madres desesperadas por «colocarle» a sus hijas casaderas.

Pero, eso sí, estaba deseando ver a su madre de nuevo. Siempre habían estado muy unidos. Su madre era una buena persona que había pasado la vida atrapada en un matrimonio sin amor, salpicado de situaciones embarazosas y vergonzantes. Nicholas había odiado a su padre por cómo la trataba, y cuando Reginald murió, Nicholas se sintió algo avergonzado ante el alivio que lo invadió inmediatamente. Pero su madre nunca volvería a tener que soportar humillaciones y cotilleos, dado que toda la alta sociedad conocía las andanzas del duque. Nunca más tendría que comportarse como la amante y dedicada esposa delante de los demás.

Tras la muerte de su padre, Nicholas se hizo cargo de todo lo referente a las haciendas y negocios del ducado. Después decidió partir hacia el continente, pues necesitaba alejarse de la alta sociedad, reflexionar acerca del curso hacia donde orientar su vida

como duque de Stowe sin dejar de ser Nicholas Fairchild.

El año sabático no había sido suficiente. Por mucho que ansiara volver a ver a su madre, antes tendría que intentar recuperar su vida londinense como un hombre normal, en lugar de un duque. Y no sabía cómo hacerlo.

Apoyó la frente en el cristal de la ventanilla y le ordenó al cochero que cambiara la dirección y se dirigiera a Cheapside. El cochero lo miró sorprendido, aunque inmediatamente se encogió de hombros y torció hacia la izquierda en la siguiente bifurcación.

Nadie conocía su vieja costumbre de visitar los mercadillos de Cheapside, y en realidad a nadie le importaba. Pero a él le gustaban las conversaciones directas y al grano que tenían lugar entre compradores y vendedores en lugar de las frivolidades vacías y muchas veces necias que tenían lugar entre los miembros de la nobleza.

Cuando era joven, su padre le había animado siempre a que se divirtiera con mujeres, fueran las que fueran, pero Nicholas siempre se aseguraba de que se tratara de mujeres sin compromiso y que en realidad desearan hacerlo. Pronto se dio cuenta de que prefería a las mujeres que no querían nada de él, y sobre todo las que no sabían que era duque.

El carruaje se detuvo y Nicholas bajó de un salto a la calle. Respiró hondo para aspirar los olores indefinidos e intensos que tanto le gustaban y tanto había echado de menos. No había ningún lugar que oliera como Cheapside. Era su casa, por mucho que intentara evitarlo.

Se arrepintió de no vestir como el resto de los hombres que pululaban por la zona. Era lo que siempre hacía, pero ese día no. Debido a ello se ganó miradas curiosas de muchas de las personas con las que se cruzaba, así que decidió despojarse de la levita y arrojarla al interior del carruaje, para así intentar ocultar su condición de noble.

—¡Nicholas! —Volvió la cabeza de inmediato al escuchar su nombre y se encontró con Conrad. Lo saludó alborozadamente con la mano y prácticamente corrió hacia él—. ¡No te veía desde hace una eternidad! —Tenía más o menos la misma edad que él, pero trabajaba más en un mes que Nicholas en toda su vida, y tanto trabajo se reflejaba en su cara.

No obstante, de él surgía una alegría genuina y profunda, tanto que parecía estar fuera del alcance del propio Nicholas.

—Pensé que habías muerto —dijo Conrad, dejando a un lado el cuchillo de panadero para tomarse un respiro en la venta de su hornada de pan y charlar con Nicholas—. Por lo que veo, has conseguido algo de pasta, ¿no?

—Sí —respondió Nicholas, aprovechando la historia que Conrad acababa de ponerle en bandeja sin darse cuenta—. Falleció un tío mío. Soy su heredero, y tuve que atender algunos asuntos en Europa.

—¡En el continente! —exclamó Conrad levantando las cejas—. Nunca he estado allí y seguramente nunca estaré. En realidad, no creo que vea muchos sitios más allá de estas calles —dijo moviendo la mano y riendo entre dientes—. ¿Estás contento de volver?

—La verdad es que acabo de llegar —dijo—. Tanto que ni siquiera he visto a mi familia todavía.

—Pues entonces, bienvenido a casa —dijo Conrad, y en ese momento en la cara de Conrad se dibujó una amplísima sonrisa. En ese momento Nicholas casi fue atropellado por dos niños que surgieron de entre la gente y saltaron a los brazos de Conrad, que rio mientras los recogía y abrazaba.

—¡Hola, Jenny! ¡Hola, John! —saludó Nicholas a los hijos de Conrad. Los dos pequeños lo miraron un tanto desconcertados, y Nicholas se dio cuenta de lo mucho que habían crecido en un año. En ese momento debía de ser un extraño para ellos, pues un año era un periodo sustancial de sus cortas vidas.

—Es Nicholas, niños —dijo Conrad riéndose—. Seguro que os acordáis de él: era el tipo que nos compraba todo el pan. Desde que se fue las ventas han caído bastante… —comentó en tono de broma. En ese momento, se acercó a él una mujer y le dio un pescozón en el brazo.

—¡Ya está bien, Conrad! —dijo al tiempo que se inclinaba y le daba un beso en la mejilla a Nicholas—. ¡Vaya, vaya, que elegantes nos hemos puesto hoy!

—¡Hola Margie! —La saludó muy afectuosamente. Era la esposa de Conrad, a la que había conocido debido a las frecuentes visitas al puesto de pan y la amistad que había trabado con ellos. Eran personas amigables, directas y joviales. Muchas veces pensaba que

daría cualquier cosa, hasta el mismísimo ducado, por disfrutar de la misma paz que ellos, pese a lo duras que eran sus vidas.

—A ver, cuéntame —empezó Margie guiñándole un ojo y llevándose la mano a la generosa cadera—. Me da la impresión de que al final no te casaste con esa mujer de la que nos hablabas, ¿verdad?

—¡No, de ninguna manera! —negó rotundamente—. Y no sabes lo agradecido que estoy por ello. Era muy distinta de cómo pensaba al principio.

Una vez que Nicholas alcanzó la edad casadera, sus padres le informaron de que era el momento de contraer matrimonio y formar una familia propia. En principio estuvo de acuerdo, pero por poco tiempo. Durante un tiempo acudió a todos los bailes a los que le invitaban, pero pronto se cansó de ellos, dado que las damas prácticamente le soltaban encima a sus hijas, y las jóvenes de perfecto aspecto que le miraban de soslayo y le sonreían, cuando empezaban a hablar perdían todo el interés en ellas. No le gustaban las conversaciones superficiales, se le hacían tediosas.

Nicholas tenía claro que en la alta sociedad nunca iba a ser capaz de encontrar una mujer de su interés, hasta que una noche se encontró con el carruaje de la señorita Sabine Banon. La acompañó a su casa y se encargó de la reparación de la rueda. Le encantaron tanto su belleza y sus insinuaciones y flirteos, por lo que empezó a cortejarla.

Al duque le pareció una relación adecuada, pero Nicholas pensaba que su madre, aunque no decía ni una palabra, no terminaba de gustarle ni Sabine ni su familia. La verdad es que tendría que haberle hecho caso desde el principio.

Una vez que vio la inadecuada forma de reñir de Sabine a su doncella personal porque en su opinión un par de rizos estaban fuera de sitio, Nicholas empezó a darse cuenta de quien era en realidad. Empezó a estar atento a su comportamiento con otras personas cuando no sabía que la estaba observando, y el resultado fue desastroso. Se sintió muy defraudado, tanto con ella como consigo mismo, por no haber sido capaz de ver a través de la perfecta fachada.

—A decir verdad, es una de las razones por las que me marché —dijo, mostrando su incomodidad con un cambio continuo del

punto de apoyo de los pies—. Tenía que atender el asunto de mi tío, sí, pero también estaba harto de buscar novia. Espero que antes o después aparezca una adecuada…

—¿Y por eso has vuelto? —dijo Margie mirándole de soslayo. Nicholas se encogió de hombros y desvió la mirada hacia el concurrido y chispeante mercado, buscando una explicación adecuada acerca de lo que le había traído de vuelta a Londres.

—Ya va siendo hora de que asuma mis responsabilidades plenamente —dijo—. Y también tengo que cuidar de mi madre.

Una de las razones más importantes por las que había decidido volver a Londres poco antes de lo previsto era apoyar a su madre en su retorno a la actividad social. Sus interlocutores asintieron al escuchar eso. Si había algo que compartían todas las clases y estamentos sociales era el apego a las relaciones familiares.

Estaba deseando volver a verla. También había echado de menos a Lorna y a Bernard, los empleados de confianza. La relación con ambos era bastante inhabitual, y habían supuesto un apoyo extraordinariamente sólido durante sus años de formación personal.

—Bueno —dijo dando un golpe sobre la mesa que hacía de mostrador—. No voy a retrasar más mi regreso a casa. Me he alegrado mucho de veros —dijo sonriendo con sinceridad—. ¡Hasta pronto!

Se apartó del puesto y empezó a buscar un regalo adecuado para su madre. Mientras lo hacía, se acordó de que Alex iba a acudir a la fiesta de recepción, y sonrió de nuevo. Hacía mucho tiempo que no veía a su primo, que también era su mejor amigo, la persona que siempre le hacía reír casi en cualquier circunstancia. Su presencia, su alegría, su disponibilidad y su rápido ingenio le ayudarían a soportar otras presencias en la fiesta que su madre había insistido en organizar para él.

Echó una última mirada a Margie y a Conrad. Eso era lo que él ansiaba, un amor como el de ellos. Aunque ni siquiera sabía si tal cosa podía ser posible para un hombre que debía casarse por razones muy distintas al amor verdadero.

La verdad era que había muchas mujeres jóvenes y bellas disponibles para él, pero no era capaz de aguantar ni cinco minutos con ninguna de ellas. Quería encontrar una mujer que dijera lo que pensaba y sentía de verdad, no lo que se esperaba de ella o lo

adecuado en cada situación.

Pero no tenía ni idea de dónde ni cómo podría encontrarla. Pero lo que sí que tenía claro era que no la dejaría escapar si la encontraba.

Vio su carruaje, esperándole pacientemente a la salida del mercado. Parecía estar despertando mucha atención. Lo miró con el ceño fruncido, observando los caballos casi iguales, el exterior negro lacado y el escudo de armas familiar luciendo orgulloso y bruñido. No era un lugar lógico para semejante vehículo, y…

—¡Ay!

El quejido lo sobresaltó y lo apartó inmediatamente de sus pensamientos. Un cuerpo menudo había tropezado contra su pecho y caído al pavimento. Nicholas se inclinó para ayudar a levantarse a la mujer, y junto a ella había una cesta llena de tejidos.

—¡Oh, no! —exclamó sin mirarlo siquiera, así que solo pudo captar la imagen de su pelo oscuro, liso y brillante—. ¡Qué desastre!

—¿De verdad? —le preguntó al tiempo que se inclinaba para recoger la cesta y su contenido, y en ese momento fue cuando pudo verle la cara. Sus ojos lo miraban con tal intensidad que se sobrecogió. Parecía bastante joven, pero su rostro mostraba cierta dureza, que seguramente tenía que ver con una experiencia vital que apenas concedía buenos momentos.

—Las telas están llenas de barro —dijo al cabo de un momento, apartando la mirada. Nicholas se preguntó e incluso tuvo la esperanza de que se hubiera sentido tan cautivada como él.

Pese al apagado vestido marrón oscuro que llevaba, que no le sentaba nada bien y no era de su talla, la raída pañoleta con la que se cubría el pelo y las uñas, sucias y descuidadas en unas manos que ahora se afanaban en volver a meter los trozos de tela en la cesta, su mirada lo había afectado de un modo que era incapaz de explicar. Era como si esa mirada fuera capaz de captar de primeras su verdadero yo.

—¿Se puede lavar? —preguntó esperanzado, pero ella ya estaba negando con la cabeza.

—No hay tiempo —dijo, y se alejó un paso de él—. Gracias por su ayuda.

Nicholas alzó una mano indicándole que no se marchara, y la tocó ligeramente en el brazo con las puntas de los dedos para que

no se marchara.

—Permítame que le compense por los tejidos que se han estropeado —dijo mirándola con la cabeza inclinada y preguntándose qué aspecto tendría si el pelo le cayera sobre los hombros. Le sorprendió que frunciera el ceño al escuchar su oferta.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —preguntó, como si desconfiara de todo el mundo, incluido él, a quien acababa de conocer.

—Ha sido culpa mía —explicó—. La he atropellado.

Suavizó el gesto al escucharle, y a él le pareció captar una mínima sonrisa en la comisura de los labios.

—Si, seguramente así fue —dijo sin dudarlo—, pero lo cierto es que hemos chocado —afirmó con una forma de hablar bastante más culta de la esperable en una mujer que vestía de forma tan poco cuidada—. Andaba despistada. Tengo muchas cosas en las que pensar.

—Pues cuéntemelas —dijo él casi sin pensar, preguntándose qué le estaba pasando. Era verdad que podía tener prácticamente a cualquier mujer si así lo quisiera, siempre que perteneciera a la alta sociedad, claro.

Empezó a ruborizarse y negó de nuevo con la cabeza.

—Tengo que marcharme, en serio —dijo—. Gracias de nuevo.

Y sin más, se alejó rápidamente.

Nicholas no pudo hacer otra cosa que desear volver a verla, dónde fuera y cuándo fuera.

Capítulo 3

—No puedes ir allí con semejante aspecto.

Tabitha puso los ojos en blanco al escuchar el comentario de su mejor amiga. Mathilda Andrews, Tillie para su familia y conocidos, era la tercera hija de una de las familias de más éxito de toda Inglaterra en el negocio de la importación y exportación. Las dos jóvenes se conocieron cuando sir Elías empezó a importar materiales para la fabricación de sombreros con el capitán Maximus Andrews.

Tillie estaba sentada sobre el mostrador de la tienda de Tabitha, y balanceaba los pies adelante y atrás. Llevaba un vestido crema muy a la moda, con un dobladillo estampado de rosas.

Tillie era una excelente costurera y modista, y trabajaba anónimamente para algunas de las mejores tiendas de moda de Cheapside. De hecho, algunos de los vestidos que más habían dado que hablar las dos temporadas anteriores en Londres fueron creaciones suyas. Ella, al contario que Tabitha, no necesitaba trabajar, pero le encantaba. De hecho, Tabitha pensaba que a ella también le gustaría mucho su trabajo si no tuviera que preocuparse tanto por conseguir cada penique y poder ahorrarlo.

—Pues tengo que ir así —dijo conteniendo un bostezo. Había permanecido despierta hasta el amanecer para terminar los adornos de la duquesa. Y además de eso, tenía que acabar otros cuatro sombreros antes de que Ellora apareciera a media mañana. Estaba exhausta, y hasta notaba las ojeras que se le habían formado alrededor de los ojos. En cualquier caso, había logrado terminarlo todo, eso sí, sin poder descansar ni un momento en toda la noche.

—Eso es lo que crees —dijo Tillie con una sonrisa traviesa—, pero antes voy a enseñarte algo. —Se bajó del mostrador de un

salto y se acercó al sitio en el que había dejado una pequeña maleta que se había traído. La abrió y sacó un precioso vestido de paseo color esmeralda claro.

Tabitha lo miró con la boca abierta.

—Tillie… —balbuceó—. ¡Es precioso!

Su amiga sonrió encantada.

—Es para Rochester's —dijo encogiéndose de hombros—. Una muestra, por supuesto, pero no tengo que llevarlo hasta dentro de tres días. Así que póntelo para no presentarte a la puerta de la duquesa como una criatura de las profundidades que ha salido arrastrándose de las alcantarillas.

Tabitha frunció el ceño y bajó la mirada para mirar su apagado y maltrecho vestido de muselina. Pero bueno, tampoco estaba tan mal, ¿no?

—¿Qué vas a hacer esta mañana? —preguntó. Se le acababa de ocurrir una cosa, aunque en ese momento su amiga prácticamente la empujó hacia la cortina que separaba la tienda del taller de costura para obligarla a que se cambiara de vestido.

—Nada —contestó Tillie—. En realidad, esperando a que me invitaras a acompañarte.

Tabitha asomó la cabeza por la cortina y sonrió.

—Pensaba que estarías ocupada —dijo—. ¿De verdad quieres venir? Es un buen paseo…

Era cierto. La casa de la familia Fairchild, y el trayecto, llevado el carrito lleno de sombreros, les llevaría dos horas como mínimo.

—Tengo el carruaje de mi padre —dijo Tillie—. Le puedo pedir a nuestro mozo de cuadra que nos lleve.

—¿Lo has traído tú hasta aquí? —preguntó Tabitha asomándose a la ventana—. No he visto ni el carruaje ni al mozo.

Tillie negó con la cabeza.

—Está a unas manzanas de aquí, en Denton's, comiendo algo y abrevando a los caballos. Ninguno de los dos queríamos encontrarnos con tu madrastra, así que pensamos que sería lo mejor.

Había sido una buena idea. Sabía que a su amiga no le gustaba nada Ellora. Incluso aunque no hubiera sabido el trato que dispensaba a su amiga, que ella lamentaba y deploraba absolutamente, también se había comportado con ella de forma

oportunista requiriendo información acerca de sus hermanos y primos casaderos y presionándola para obtenerla. Tillie no estaba en condiciones de aportar nada, o al menos eso era lo que pensaba Tabitha, pues era responsabilidad de sus padres, pero se estremecía al pensar que alguno de los pobres hermanos o primos Andrews pudiera caer en las garras de una arpía como Frances.

—¿Estás lista? —preguntó ansiosamente Tillie, que no se caracterizaba precisamente por su paciencia—. Me muero de hambre, y estoy deseando parar en Lodge and Stone para tomar unos pastelitos. Sabes que son mis favoritos.

¡Claro que lo sabía! A Tillie le encantaba la buena comida, aunque nadie lo hubiera dicho al verla, pues se las arreglaba para mantener una buena figura, con las curvas adecuadas en los lugares adecuados. Nunca decía no a los pequeños placeres.

A ella también le gustaría hacerlo, pensaba Tabitha sonriendo. La vida ya era de por sí lo suficientemente dura, así que, ¿por qué no pasarlo bien cuando se presentaba la oportunidad?

—Eso creo —dijo Tabitha, aunque de repente sintió un poco de vergüenza por el para ella llamativo vestido de paseo. El corpiño le resaltaba los senos y el escote dejaba ver mucho más pecho que ninguno de los vestidos que llevaba habitualmente. Y el color… ¡hasta hacía que sus ojos de color violeta prácticamente brillaran en el espejo de cuerpo entero en el que se reflejaba su figura! Los botones y los lazos de adorno estaban en los lugares adecuados, acentuando el diseño del vestido, sin resultar exagerados ni pomposos. Se sentía refinada y a la vez serena. Su aspecto era completamente distinto del habitual, y hasta se pellizcó las mejillas para dar color también a su rostro.

—Es absolutamente perfecto —susurró Tabitha cuando Tillie se colocó a su lado. Se alejó del espejo para dar un último vistazo a los sombreros que había terminado y buscó un sombrero que cuadrara con su atuendo. Eligió un precioso sombrerito adornado con una pluma de avestruz, y se lo colocó sobre los oscuros rizos.

—Ahora sí que estamos listas.

Tillie ayudó a Tabitha a sacar la caja con los sombreros. Después Tabitha cerró la puerta con llave. A Ellora no le iba a gustar que dejara la tienda sin atender, pero se suponía que Frances debía estar allí, y no había aparecido.

Recorrieron el trayecto hasta Denton's, un establecimiento para avituallar y procurar descanso a los caballos, así como para limpiar los carruajes, aunque solo accesible a los afortunados que podían permitirse sus precios. Una vez preparado todo, Tillie y Tabitha subieron al carruaje y disfrutaron del paseo hasta la gran mansión del antiguo duque de Stowe, Reginald Fairchild. Ellora seguía sintiéndose miembro de pleno derecho de la nobleza y siempre estaba al tanto de los cotilleos, o al menos de los que publicaban los periódicos de cotilleo.

Por una vez, Tabitha agradeció estar al tanto de que el duque había fallecido repentinamente dos años antes, y de que su esposa, ahora duquesa viuda, Gemma Fairchild, volvía poco a poco a frecuentar las reuniones sociales.

Por ello, su guardarropa estaba un tanto pasado de moda y, gracias al boca a boca, la doncella personal de la duquesa supo de la tienda de sombreros de Tabitha y acudió a ella a encargar un sombrero, que después desencadenó el actual encargo.

Las calles estaban muy llenas a esa hora de la mañana y tardaron casi una hora en llegar a la espléndida fachada de la mansión Fairchild. Tabitha contuvo una exclamación.

—¡Madre mía! —dijo, y Tillie rio.

—Estás aquí por méritos propios —susurró Tillie a su vez.

Era una casa grandiosa, con fachada de mármol blanco flanqueada por cuatro columnas enormes. En la pequeña glorieta circular por la que se accedía a ella había un pequeño estanque, y lo rodearon para detenerse en la puerta de servicio. Tabitha pudo ver un auténtico ejército de jardineros preparándolo todo para la fiesta que se aproximaba.

—Es mucho más que una casa —le dijo a Tillie al oído—. ¡Es una fila de casas!

—Sí, es verdad —musitó Tillie mientras llamaba a la puerta de servicio, mucho más elegante y valiosa que muchas de las puertas de las mejores casas de Cheapside.

Fueron recibidas por un criado que se hizo cargo de la caja de sombreros, y a quien Tabitha le dio su nombre y le preguntó por el señor McEwan. Esperaron unos breves momentos, al cabo de los cuales el caballero apareció y les indicó que pasaran.

Tabitha intentó mantener el rápido ritmo del administrador

mientras las precedía por un largo pasillo.

—Ha sido muy amable y muy eficiente, señorita Blackmore —dijo el caballero mientras casi corría al ritmo frenético de sus cortas piernas. Por fin llegaron a un vestíbulo.

—¡Te lo dije! —Se dirigió a una figura desconocida mientras abría la puerta de lo que resultó ser un despacho—. Aquí están, querida. Te dije que no nos fallaría.

«Querida» era una dama bien vestida de generoso pecho, mejillas brillantes y coloreadas y ojos verdes amables y profundos. Por la cálida mirada que dirigió al señor McEwan, Tabitha dedujo que acababa de conocer a su esposa, la señora McEwan.

—Te presento a la señorita Tabitha Blackmore y a la señorita… lo siento —McEwan miró indeciso a Tillie, que le susurró su nombre al oído con simpatía—. A señorita Mathilda Andrews. Les presento a mi esposa, Lorna McEwan, el ama de llaves de la mansión. Les dejo con ella, pues tengo muchas cosas que supervisar. Su excelencia llegará en unos momentos.

El administrador salió a toda prisa, dejando a Tabitha y a Tillie en la puerta un tanto desconcertadas. Lorna sonrió cálidamente, se levantó de la silla del escritorio, lo rodeó y las guio por otro pasillo a lo que parecía un comedor pequeño con una larga mesa de madera rodeada de sillas, en la que descansaba la caja de sombreros.

—Estaba echando un vistazo a las cuentas de su excelencia —comentó la dama, que tenía un marcado acento irlandés—, pero seguro que esto va a ser mucho más divertido. Va a ser su primera fiesta desde el fallecimiento de su marido, y está muy nerviosa ante la perspectiva.

Tabitha se preguntó por qué organizaba una fiesta si en realidad no deseaba hacerlo, pero tenía claro que no debía preguntar al respecto.

La señora McEwan empezó a sacar de la caja los sombreros y tocados, sin dejar de hacer aspavientos y comentarios apreciativos en ningún momento.

—Sé que ha hecho un enorme esfuerzo por nosotras, señorita Blackmore —musitó, casi como si hablara consigo misma—. Viene usted muy bien recomendada por las hijas del barón Wellesley.

Tabitha se sonrojó mínimamente, y Tillie le dio un mínimo

codazo al escuchar los elogios.

—¿Es usted su asistente? —preguntó la señora McEwan dirigiéndose a Tillie, que se limitó a negar con la cabeza.

—En realidad es una magnífica modista —intervino Tabitha casi sin pensarlo. Escuchó un resoplido de Tillie, seguramente al darse cuenta de que el secreto había salido a la luz, pero la reacción de Lorna no fue negativa ni mucho menos, todo lo contrario, pareció interesada. Tabitha lo percibió también y señaló su propio vestido.

—Este también es un diseño suyo —dijo con tono de orgullo por su amiga—. Se va a poner en el escaparate de Rochester's, pero ha insistido en que me lo pusiera para venir aquí a traer el encargo.

La señora McEwan le echó un atento vistazo al vestido y después sonrió a Tillie.

—Tiene usted mucho talento, señorita.

Mientras Tillie le daba las gracias por el elogio, la puerta se abrió de repente y dio paso a una comitiva de tres criadas que llevaban dos vestidos cada una. La señora McEwan les dio instrucciones para que los colgaran en perchas a lo largo de una de las paredes de la habitación.

Tillie y Tabitha empezaron a observar en silencio los vestidos con detalle bajo la atenta mirada de la señora McEwan, que se tomó un tiempo antes de preguntar.

—Muy bien —dijo finalmente—. ¿Me dan su opinión profesional, señoritas?

Al ver los sombreros en la mesa frente a los vestidos, Tabitha entendió perfectamente qué era lo que estaba preguntando el ama de llaves. Quería saber si los vestidos y los sombreros emparejaban bien. Cuando las criadas salieron de la habitación, volvió a mirar a las dos jóvenes con gesto interrogativo.

Tras un primer momento de duda, tanto Tabitha como Tillie empezaron a colocar cada sombrero con el vestido correspondiente, preparando las plumas y los lazos para colocarlas de la manera más acorde a cada uno. El ama de llaves dio un paso atrás y las observó mientras intercambiaban opiniones sobre los tonos, la textura de los lazos y el color de las plumas. Cuando terminaron, la señora McEwan se acercó con los ojos fijos en los conjuntos que habían creado y una amplia sonrisa en la cara.

—Magnífico —dijo con tono de admiración—. Absolutamente

exquisito. ¿Estarán disponibles a lo largo de los dos próximos días?

Se volvió hacia ellas al pronunciar la pregunta, y Tabitha, sorprendida ante la pregunta, se volvió a mirar a Tillie. No contestó inmediatamente, pero su amiga lo hizo por ella.

—Mañana por la mañana me voy con mi madre a Bath, y estaremos allí dos semanas —dijo—. De hecho, ahora ya voy tarde, tendría que estar en casa. Dentro de unas horas mi tío va a venir a cenar a casa, así que tengo que irme, no hay alternativa.

La señora McEwan se volvió hacia Tabitha, que intentaba controlar el temblor de las manos mientras toqueteaba uno de los vestidos.

—Pues no estoy segura del todo —respondió con sinceridad—. No tengo muy claro qué es lo que necesita de mí.

La señora McEwan echó un somero vistazo a los vestidos.

—Los dos próximos días son muy importantes para su excelencia la duquesa, por muchas razones —empezó—. Para empezar, está a punto de salir del luto y estará la bajo la mirada más que crítica de toda la sociedad londinense cuando acuda a los eventos de la temporada. Quiero que brille con luz propia, para dejarlo claro, y… no veo capaz a ninguna de sus criadas de ayudarla a vestirse para las ocasiones.

Tabitha lo entendía. Una duquesa tenía que transmitir un aire de distinción solo comparable al de la familia real.

—Además —siguió la señora—, su hijo está a punto de regresar, y se espera que elija esposa también esta temporada, así que en las fiestas y bailes todos los ojos estarán también sobre su excelencia, para saber quién va a ser la siguiente duquesa de Stowe.

Tabitha había escuchado cotilleos acerca de Nicholas Fairchild, el actual duque de Stowe. Tenía fama de ser un hombre atractivo que durante sus años mozos había vivido de forma bastante desenfrenada, aunque ni más ni menos que la mayoría de los jóvenes de la nobleza y la élite privilegiada. El año anterior había salido de viaje a Europa sin dejar atrás ningún escándalo y, al menos que ella supiera, tampoco se había traído ninguno del continente en su regreso a Londres.

O bien se trataba de un buen hijo, que tras la muerte de su padre no daba disgustos a la viuda, o bien se las apañaba para mantener controladas sus correrías y las indiscreciones. Una cosa sí

que era segura: no era fácil «cazar» a un duque joven y guapo, así que la fila de mujeres aspirantes debía de ser interminable.

Sea como fuere, Tabitha tenía claro que como hija de un *baronet* dedicado al comercio, tendría suerte si fuera capaz de captar siquiera una mirada del duque, lo cual no impedía que sintiera mucha curiosidad. En cualquier caso, también tenía claro que los príncipes azules que acudían al rescate de las jóvenes en apuros solo eran cosa de los cuentos de hadas. Jamás iría a la caza de ningún hombre, y menos de un duque, como hacían muchas jóvenes que conocía. Por el contrario, se dedicaba a hacer planes para rescatarse a sí misma.

—Lo que les estoy ofreciendo es pagar por sus servicios —continuó la señora McEwan, sacando a Tabitha de sus ensoñaciones —. El trabajo sería quedarse aquí hasta mañana y asegurarse de que las criadas logrenn que el aspecto de su excelencia sea magnífico, muy por encima de las demás damas invitadas a la fiesta. Necesitamos los toques personales y únicos que ustedes pueden aportar. Les compensaremos por su tiempo, por su talento y por las molestias. Generosamente. —Subrayó la última palabra con una amplia sonrisa.

Ahí estaba. Para la familia de un duque, «generosamente» significaba «muy generosamente». En otras palabras, un dinero que podría significar acudir a la escuela de París.

—Ella puede hacerlo —respondió Tillie antes de que Tabitha abriera la boca, y ese fue el empujón que necesitaba. Asintió mostrando su acuerdo.

—Sí, claro que sí —confirmó rápidamente para no permitirse cambiar de opinión—. No obstante, tengo que ir a casa a recoger algunas de mis cosas.

—Tranquila —intervino de nuevo Tillie con una mirada de inteligencia en dirección a Tabitha, que quizá indicaba que sabía lo que quería decir con «cosas»—. Mandaré una maleta con ropa para ti.

—Y mi madrastra…

—Mándale una nota —añadió Tillie, y Tabitha se preguntó por qué insistía tanto en que se quedara.

—Sí —dijo por fin hablando despacio—. Tendré que informarle de que no voy a volver a casa hasta mañana por la noche.

Tendría que pergeñar una mentira creíble y sin fisuras, como por ejemplo informar a su madrastra con una nota indicando que se iba a quedar en casa de la familia de Tillie esa noche y que volvería al día siguiente a la hora de la cena.

—Usa estos dos días para ti misma —le susurró Tillie al oído… ¡Diviértete!

Cuando Tillie la saludó con la mano para despedirse, sintió en el pecho una oleada de pánico, dándose cuenta de que se iba a adentrar en un mundo nuevo para ella.

Un mundo al que no debía acostumbrarse.

Capítulo 4

Decir que el interior de la mansión hacía honor en magnificencia al exterior era quedarse muy corto. Tabitha tuvo que pensar conscientemente en no quedarse con la boca abierta mientras casi trotaba tras la señora McEwan a lo largo de un pasillo flanqueado por grandes puertas en forma de arco. Finalmente, llegaron a un dormitorio.

—¿Es el…? ¿Por qué estoy aquí? —Tabitha no pudo evitar preguntar—. ¿No debería quedarme en la zona del servicio?

La señora McEwan no respondió de manera inmediata, y Tabitha esperó pacientemente, aunque de verdad quería conocer la razón.

El ama de llaves cerró la habitación de invitados, que no era demasiado grande, pero si acogedora y bien decorada, en la que predominaban los colores violetas. Tabitha se sintió un tanto desamparada sin la familiar y reconfortante presencia de su querida amiga Tillie.

—Mi marido lleva unos días observándola —empezó, y Tabitha se quedó rígida. ¿Qué diablos quería decir?—. Conocía a su padre antes de su fallecimiento, y también tuvo la oportunidad de conocer… a su madrastra. Pese a las circunstancias a las que se ha tenido que enfrentar, parece usted una persona amable y, sin embargo, fuerte. Creo que usted y nosotros podemos ayudarnos mutuamente.

Tabitha esperó a que continuará. Era una forma de lo más extraña de empezar a hablar de una… ¿propuesta? que también parecía ciertamente extraña.

—Este pequeño trabajo es algo más que simplemente ayudar a vestirse a su excelencia —continuó la señora McEwan, recogiendo los brazos bajo el generoso busto—. No es ningún secreto que el

marido de su excelencia era un hombre bastante proclive a las… aventuras, algunas más notorias que otras. Y la duquesa no se daba por enterada por las razones habituales. Pasara lo que pasara seguiría atrapada en su matrimonio, así que, ¿qué sentido tendría luchar por un hombre que lo único que deseaba de ella, y desde el primer momento, era que le proporcionara un heredero? Además, debía proteger a su hijo. Pero la falta de consideración de su marido la humillaba profundamente, y además hay personas en su círculo social a las que les encantaría recordarle a su excelencia esas situaciones pasadas a la menor oportunidad.

Tabitha abrió mucho los ojos de puro asombro y soltó un suspiro.

—Siento mucho que sea así, pero sigo sin tener claro qué tiene que ver todo eso conmigo.

La señora McEwan se sentó en el sillón del pequeño escritorio y juntó las manos sobre la mesa.

—Esperamos que, además de coordinar sus conjuntos, pueda usted actuar como dama de compañía de su excelencia, y también como, digamos, una especie de… protectora —dijo la señora McEwan—. Algunas de esas urracas cotillas van a estar aquí cuando regrese su hijo, y es obvio que todas las miradas convergerán en ella. Queremos que se asegure usted no solo de que su aspecto corresponda con el de la duquesa sumamente elegante que ya es, sino que procure también mantenerla al margen de situaciones potencialmente peligrosas. Es una mujer que tiene muy buen corazón, y si esas cotillas despreciables hacen presa en ella y empiezan a recordar en su presencia el doloroso pasado, su excelencia podría derrumbarse y dar un espectáculo del que se arrepentiría durante el resto de su vida.

Tabitha se tomó unos momentos para reflexionar acerca de las posibles opciones.

—Debo decirle que se trata de la oferta de trabajo más extraña que he recibido en mi vida —musitó.

—Y yo le prometo que esta es la oferta de trabajo más extraña que he hecho en mi vida —replicó la señora McEwan, haciendo sonreír a Tabitha—. Desde que su marido falleció prácticamente no ha tenido compañía. Si el fin de semana se desarrolla adecuadamente, puede que fuera la persona adecuada para

desarrollar ese trabajo de manera permanente.

—¿Acompañante de una duquesa? ¿Yo? —preguntó Tabitha abriendo mucho los ojos.

—Hemos intentado encontrar a alguien que pertenezca a la alta sociedad, se lo aseguro, pero no hemos encontrado a nadie que posea las características adecuadas.

Tabitha se mordió el labio.

—Vamos a ver si lo he entendido bien: lo que necesita es una persona que la ayude a elegir bien la ropa y, además, que la mantenga a salvo de las damas de la alta sociedad que quieren ponerla en dificultades y avergonzarla. ¿Es eso lo que quiere de mí?

La señora McEwan asintió enérgicamente.

—¿Y no cree que corre demasiado riesgo conmigo? Apenas me conoce. ¿Y si fracaso en toda regla?

La pregunta hizo sonreír a la dama.

—De haber albergado alguna duda, esta se despejó cuando Bernard me contó lo de la hija de ese barón que intentó engañarla con la factura del mes pasado —dijo con una sonrisa taimada—. Estaba en la sombrerería para hacer el encargo de su excelencia y fue testigo de la escena. Según me dijo, actuó con firmeza, pero a la vez con mucho tacto, protegiendo los intereses del negocio sin ningún tipo de escenas ni dramatismo. Llevamos mucho tiempo buscando alguien como usted, y dejó impresionado a mi marido. Esperamos de verdad que no se haya equivocado.

Tabitha soltó otro suspiro.

—Yo también lo espero —dijo—. Aunque es verdad que soy hija de un *baronet*, lo cierto es que mi padre, en realidad y de corazón, era un comerciante, señora McEwan. No estoy muy versada ni acostumbrada a las maneras de la alta sociedad ni a sus conversaciones.

—Tonterías —dijo el ama de llaves, intentando despejar sus dudas con un gesto de la mano—. Bernard ha indagado acerca de su familia, se lo aseguro. Su padre era un artesano muy respetado, y por lo que he escuchado, tanto usted como él formaban una pareja conocida y admirada por la alta sociedad. No noble de pura cepa, pero casi. He escuchado historias acerca de las fiestas que ofrecían sir Elías Blackmore y su encantadora hija.

Tabitha sintió una ola de nostálgica calidez en el pecho al

recordar las fiestas navideñas de su padre. Era una tradición familiar que tanto él como el servicio de la casa preparaban con esmero cada Navidad. Obviamente, esas fiestas se acabaron con la muerte de su padre.

—Ya le he dicho que recibirá un buen salario —continuó la señora McEwan—. Se lo aseguro. Mañana recibirá el equivalente al precio de diez sombreros. Considérelo una inversión por nuestra parte. Y si tiene éxito, invertiremos bastante más.

Ya se había decidido antes de salir del despacho de la señora McEwan, pero la confirmación de la cantidad reforzó su decisión, y asintió.

—Estupendo —dijo sonriendo—. Si pudiera darme más detalles acerca de lo que tengo que hacer, se lo agradecería muchísimo.

—¡Por supuesto! —dijo la señora McEwan con una amplia sonrisa—. Un momento, por favor.

La señora McEwan se puso de pie y asomó la cabeza por la puerta de la habitación para decirle algo a una persona que aguardaba fuera. Cuando terminó, volvió a cerrar la puerta y se sentó otra vez, indicándole a Tabitha que se sentara a su vez en el borde de la cama.

—Nuestra mayor preocupación tiene que ver con las antiguas amantes del duque. Y especialmente con una que desea hacer todo el daño que pueda a su excelencia la duquesa. Es una mujer horrible, pero además… hay una situación delicada. Nicholas, es decir, el actual duque, tenía una… relación con la hija de esa dama. Y ambas amenazaron con extender mentiras horribles si la condesa las condenaba al ostracismo social, que también sería practicado por la mayor parte de la nobleza. Y cada vez que se han encontrado, la mujer insiste en soltar pequeñas pistas acerca de su escandalosa relación con Reginald Fairchild con la intención de humillar a su excelencia la duquesa todo lo que pueda —dijo la señora McEwan soltando un bufido—. Le digo de verdad, señorita Blackmore, que esa mujer no es más que una cavernícola, pero el hecho de casarse con un conde bastante poderoso ha hecho que se vuelva impermeable a las reglas sociales por las que nos regimos los demás. Y su hija, que es tan mala como ella, está decidida a hundir sus garras en el pobre Nicholas como sea.

—¿Quiénes son? —preguntó Tabitha, que se hacía cruces con la

historia que le estaba contando la señora McEwan.

El ama de llaves dejó escapar un suspiro de lo más dramático antes de prácticamente escupir los nombres.

—*Lady* Hester Banon y su hija Sabine —espetó entrecerrando los ojos—. Hay que decir que Sabine es una de las mujeres más bellas que he visto en mi vida, pero sus padres la han corrompido y estropeado. Cree que tiene derecho a lo mejor solo por ser quien es, y ha puesto los ojos en su excelencia. —Hizo una pausa—. Aunque me da la impresión de que a todas las jóvenes de la alta sociedad les pasa más o menos lo mismo… Bueno, el caso es que el plan maestro de la madre es ver a su hija casada con el hijo de la mujer a la que considera una eterna rival desde la niñez.

Tabitha frunció el ceño de nuevo, en cierto modo y por una vez feliz de no tener nada que ver con semejante mundo de intrigas.

—Su excelencia y *lady* Banon se conocen desde niñas y han tenido siempre una fuerte rivalidad, o al menos eso me han dicho —prosiguió la señora McEwan—. Su excelencia se casó con el duque en el que había puesto los ojos *lady* Banon, por lo que empezó a desarrollar toda una vida de venganza inexorable y pública, en la que el duque participó de buen grado, pues era un auténtico donjuán. Pese a todo, su excelencia la duquesa mantuvo el tipo con elegancia y aplomo y crio un hijo amable, una buena persona. Así que estoy segura de que el ansia de venganza de *lady* Banon no se ha extinguido ni mucho menos, y todos creemos que la señora duquesa no se merece esto. Es una mujer honorable, y merece que la dejen vivir tranquila y en paz.

—¡Qué cosa tan horrible! —susurró Tabitha, y la señora McEwan asintió.

De hecho, Tabitha ya estaba deseando proteger a esa mujer, aunque ni siquiera la conociera. Pero, ¿sería de verdad capaz de mantenerla alejada de las garras de mujeres de la alta sociedad, tan versadas en utilizar los insultos y la crueldad más sibilina? Ellora era perfectamente capaz de hacer pedazos a cualquiera, sí, pero nunca escondía su desdén, lo hacía abiertamente. Pero le parecía que el juego en el que iba a entrar requeriría mucha habilidad, destreza mental y de palabra, y Tabitha nunca las había practicado.

—Haré lo que pueda, señora McEwan —dijo asintiendo con la cabeza—. Pero estoy segura de que voy a necesitar ayuda en

muchos momentos. Se trata de un territorio inexplorado para mí. Por otra parte, ¿cómo debo presentarme? No soy noble. No pertenezco a este mundo, ni siquiera como dama de compañía.

La señora McEwan volvió a hacer un gesto con la mano para despejar sus preocupaciones.

—No se preocupe por eso —dijo muy convencida, y de nuevo sonriendo con malicia—. Contaremos una historia que despistará a cualquiera, por mucho que escarbe. Estará aquí como invitada de Alexander Landon, conde de Rutland y primo de su excelencia. Alex es un poco granuja, pero buen chico en el fondo, y está de acuerdo en que lo utilicemos como coartada para ayudar a su excelencia. A ver: la cosa es que usted ha conocido a su excelencia por ser pariente lejana de la madre de Alex, y está a cargo de su familia mientras su madre, la de usted, que es baronesa, está de viaje. Lo va a conocer esta tarde, y entre los dos pulirán conjuntamente los detalles. Pero no tiene de qué preocuparse, insisto. *Lady* Banon apenas se va a fijar en usted: tiene blancos mucho más importantes a los que apuntar.

Tabitha asintió, pero seguía sin estar convencida del todo. Si iba a ponerse en el punto de mira de una mujer como la que le acaban de describir, ¿cómo no iba a sospechar de ella y de sus motivaciones?

Pero, de repente, la joven captó la idea por completo. La señora McEwan tenía razón. Nadie se iba a preocupar de ella habiendo tantos otros invitados, sobre todo porque no iba a estar más que un día. Volvió a mirar a los ojos a la señora McEwan.

—¿Acepta entonces? —La señora McEwan sonreía mirándola.

—Pues sí, señora McEwan. Lo haré lo mejor que pueda —confirmó—. Pero, en caso de que la treta se descubra, ¿qué tipo de problemas le causaría a su excelencia la duquesa? ¿No cree que las consecuencias serían mucho peores que unos pocos comentarios hirientes de un par de mujeres perversas? Y, por otra parte, ¿qué pasaría si su excelencia el duque quiere casarse con *lady*… Sabine, era su nombre, creo?

La señora McEwan puso cara de horror y contestó casi siseando.

—¡No diga esas cosas, niña! —dijo abriendo mucho los ojos—. ¡Menuda idea, por Dios! Es lo suficientemente inteligente como para ni pensar en casarse con semejante arpía… ¡No, de ninguna

manera!

La señora McEwan se había levantado de repente, y hasta le pareció que temblaba al acercarse a la puerta. Así que Tabitha se preguntó si su sugerencia no habría asustado a la señora McEwan mucho más de lo que esta quería admitir. Porque, si *lady* Sabine fuera la elegida del duque, ¿quién era un ama de llaves para oponerse a ello?

—Sígame, por favor. Vamos a los aposentos de la duquesa, concretamente a su vestidor, para que empiece a familiarizarse con todas las prendas que están disponibles. Y después le presentaré a Alexander, es decir, a lord Rutland —continuó—. Esta noche la cena no será formal, aunque ya han llegado algunos invitados, que acudirán a ella. Su excelencia llegará a tiempo para la cena, al menos eso espero. Creemos que *lady* Banon y su hija van a llegar bastante más tarde, así que tendrá usted la suerte de cenar sin ellas hoy.

Pronunció la última frase con un escalofrío que casi hizo sonreír a Tabitha. A la vista de ese temor tan visceral solo de pensar en ellas, pareciera como si esas mujeres tuvieran varias cabezas cada una soltando veneno a diestro y siniestro.

—En un momento llegarán dos vestidos nuevos para usted —dijo la señora McEwan según avanzaban por el pasillo—. La semana pasada le hice el encargo a
Rochester's,
y acabo de mandar a Anita a recogerlos. Apostamos a que aceptaría la propuesta y lo ha hecho, querida niña.

—Mi amiga Tillie ha dicho que me iba a enviar una maleta con…

La señora McEwan agitó la mano como solía.

—No te preocupes. Calculamos tus medidas a ojo, pero creo que te van a sentar perfectamente.

Tras torcer para dirigirse de nuevo al comedor del servicio, Tabitha respiró hondo para intentar aminorar el ritmo de su corazón, asegurándose a sí misma que todo iba a ir bien. Más que bien, pues toda la ansiedad y las preocupaciones que le iban a causar estos subterfugios, y su exposición a un peligro desconocido merecerían la pena: ya se veía en París al otoño siguiente, yendo a clase, aprendiendo y estableciendo relaciones profesionales de

trascendencia.

—Muy bien —susurró para sí la señora McEwan al abrir la puerta del comedor, invitando a Tabitha a que pasara y empezara a poner en práctica sus poderes mágicos—. El juego está a punto de empezar, niña. A ver si lo hacemos bien.

Capítulo 5

El carruaje dobló el último recodo y llegó a la rotonda que estaba frente a la enorme casa, cuya visión desató una auténtica riada de recuerdos en la mente de Nicholas.

Recordó su niñez, bastante feliz en general, y sobre todo a su madre, por supuesto. Nunca tuvo mucha relación con su padre, y cuando llegó a la edad de necesitar ayuda para preparar su futuro como titular del ducado, ya sabía de él lo suficiente como para no querer ningún aprendizaje que procediera de él.

Frunció el ceño al recordarle, y negó con la cabeza para pensar en otras cosas. Tenía que asegurarse de que la próxima duquesa fuera una mujer capaz de llevar la alegría a la casa y de contribuir a borrar la desastrosa memoria de su padre. Deseaba que fuera una persona directa, honrada, en la que confiar y con la que pasar la vida felizmente.

De repente, se formó en su cabeza la imagen de la muchacha que se había encontrado en el mercado de Cheapside, y pensó que era una bobada. Las posibilidades de volver a verla alguna otra vez en la vida eran escasísimas, e incluso aunque sucediera, solo había estado con ella unos momentos, así que, ¿cómo podía saber que era el tipo de mujer que estaba buscando, y con quien pasar la vida? Además, era duque, y la joven parecía ser una especie de sirvienta.

Nicholas suspiró. Buscaba un matrimonio parecido al de Margie y Conrad, o al de los McEwan. Sonrió al pensar en Lorna y Bernard, que no habían tenido hijos propios y habían regado su niñez de afecto y consideración. La verdad es que finalmente decidió salir de viaje el año pasado porque sabía que ambos iban a cuidar muy bien de su madre en su ausencia.

Nicholas se dio cuenta de que los invitados ya habían empezado

a llegar, por lo que le pidió al cochero que lo dejara en la puerta de servicio. De esa manera pasaría inadvertido, lo que le iba a permitir disponer de unos minutos para volver a acostumbrarse a la casa y para charlar con los McEwan y con su madre antes de que empezara la fiesta.

Se bajó del carruaje casi de un salto y anduvo hacia la casa a grandes zancadas. La primera persona a la que vio fue a Lorna. Corrió hacia ella, la envolvió en un abrazo, la alzó del suelo y la giró en círculos por el aire.

—¡Vaya, Nicholas! —exclamó riendo cuando la dejó en el suelo —. ¡Es maravilloso volver a tenerte en casa! Estoy deseando saber qué tal te lo has pasado en Italia, y tu madre no ha hablado de otra cosa que de tu regreso durante las últimas semanas.

—Lorna, la verdad es que no puedo decir que me entusiasme estar de nuevo en casa, pero sí que me alegro muchísimo de volver a verte. Espero que todo te esté yendo bien, y que hayas cuidado adecuadamente de la hacienda.

—Sí, todo ha ido muy bien, aunque la verdad es que no tengo la menor idea de por qué tu madre está tan ansiosa por volver a acudir a eventos sociales. En todo caso, los últimos meses ha estado contenta. En cualquier caso, no es cosa mía, y, por otra parte, ya sabes que siempre hace lo que debe, es su manera de ser.

—Sí, lo sé muy bien —contestó, aunque tuvo que contener la risa. Lorna siempre añadía lo de «no es cosa mía», pero de todas maneras, también siempre decía lo que pensaba sin tapujos—. Recibiste mi nota diciendo que no se reparará en gastos a la hora de renovar su guardarropa, ¿verdad? ¡Quiero que se vea como lo que es, una duquesa! Y también que toda la alta sociedad la envidie por su regreso a la actividad social.

—Creo que hemos ido todo lo lejos que ella merece, excelencia.

—Lorna, sabes perfectamente que en privado lo de «excelencia» no me gusta. Y ahora dime, ¿quién ha llegado ya?

Lorna satisfizo su curiosidad mientras avanzaban hasta los aposentos privados de su madre. El ama de llaves pasó primero, y le indicó a la duquesa viuda que la acompañaba un invitado que quería saludarla antes de que empezara la fiesta.

—¡Madre!

—¡Oh, Nicholas!

El joven tuvo que contenerse para no lanzarse corriendo a los brazos de su madre como cuando era un niño pequeño. Era una buena persona que siempre le había colmado de amor y afecto; en parte porque era su naturaleza, pero también para compensar la falta de atenciones de su padre. Este había dejado su educación y los cuidados en manos de Lorna y de una institutriz. Por otra parte, poco después de dejar de ser un niño, Nicholas se dio cuenta de que le tocaba cuidar y consolar a su madre, en lugar de lo contrario: los papeles se invirtieron por completo.

Siempre había hecho lo que había podido para protegerla de rumores y cotilleos, pero supo que algunos de los insultos sí que la habían alcanzado inevitablemente. Había sido educada para tener en cuenta el qué dirán, y Nicholas deseaba con toda su alma darle la vuelta a la situación y lograr que se sintiera aceptada y amada.

—¡Madre, tiene usted un aspecto estupendo! —la piropeó—. El vestido le sienta muy bien.

—Gracias, hijo. Estoy deseando prepararme para esta noche. Me han dicho que han llegado vestidos nuevos.

—¡Espléndido! —dijo Nicholas sonriendo con afecto, y después se puso más serio—. De todas formas, madre, me gustaría saber por qué ha invitado a *lady* Banon y a Sabine a nuestra fiesta.

—¿Y cómo no iba a hacerlo, Nicholas? —dijo con expresión de dolor—. De no haberlas invitado el asunto estaría en boca de todos. Ya sabes cómo es…

—Pues claro que lo sé, madre —reconoció, aunque no pudo evitar un gesto de negación con la cabeza—. Menos mal que conocemos bien al resto de los invitados. Creo que, dejando a un lado a *lady* Banon, estará rodeada de caras amistosas y amables para darle la bienvenida en su retorno social.

—Estoy muy de acuerdo con eso, Nicholas.

El joven sonrió al escucharla, al tiempo que le invadía una ola de afecto por su madre.

—Nos vemos enseguida, madre. Voy a quitarme la ropa del viaje. Nos vemos en la cena.

Capítulo 6

Tabitha apenas se había instalado cuando sonó una llamada a la puerta. Cuando la abrió le sorprendió ver a Anita, la criada que había acudido a la tienda para hacer el encargo de los sombreros de la duquesa.

—Señorita, ha llegado lord Rutland, y la señora McEwan pregunta si desea verlo —dijo Anita con una amigable sonrisa.

Tabitha se mordió el labio, asintió y siguió a la joven criada en dirección al despacho de la señora McEwan. Anita empujó la puerta tras llamar para anunciarse y se hizo a un lado para dejar pasar a Tabitha. Al entrar, la joven vio que el ama de llaves estaba enfrascada en una conversación con un hombre joven que posiblemente tenía una edad parecida a la de la propia Tabitha. Estaba sentado frente al escritorio con las piernas cruzadas en una postura muy relajada.

—¡Ah! —dijo la señora McEwan al verla entrar—. Aquí está. Señorita Tabitha Blackmore, permítame que le presente a lord Alexander Landon, conde de Rutland y futuro duque de Barre.

El joven se levantó, sonrió y depositó un beso suave en los nudillos de Tabitha tras tomarle la mano, para lo que tuvo que inclinarse bastante, pues era muy alto. Tenía muchas pecas, sobre todo en la nariz, que le daban un encanto especial. El pelo, rubio pajizo, y bien peinado hacia atrás, hacía resaltar el color verde intenso de sus ojos. Mantuvo la sonrisa y le retuvo la mano durante unos segundos, hasta que finalmente la soltó.

—¿Mi acompañante en la fiesta? —bromeó mirando de soslayo a la señora McEwan—. La felicito, señora mía. Apruebo su buen gusto.

Lorna le dio unos golpecitos en el brazo.

—¡Compórtese, donjuán!

Tabitha contempló con cierto asombro el trato entre la señora McEwan y el futuro duque. La señora McEwan parecía una mujer muy abierta, pero esto era otra cosa, evidentemente. Lord Rutland rio al ver el gesto sorprendido de la joven.

—Conozco a la señora McEwan desde que vestía pantalones cortos y Nick y yo metimos un montón de sapos en la casa para asustar a la servidumbre —explicó—. La considero mi segunda madre.

La señora McEwan se sonrojó al escuchar el elogio y negó con la cabeza.

—Es un placer conocerle, Lord Rutland —dijo por fin Tabitha, sintiéndose un tanto azorada por el retraso en hacerlo. ¡Ni siquiera había sido capaz de saludar a un conde como Dios manda! ¿Qué podría esperarse cuando estuviera rodeada de nobles por los cuatro costados?

—¿Tenemos ya la historia completa, lord Rutland? —dijo Tabitha enfocando la conversación hacia el papel que iba a representar. Se sentía nerviosa y bastante insegura.

Lord Rutland le sonrió amablemente.

—Por favor, señorita Blackmore, teniendo en cuenta la relación que nos une, llámeme Alexander —dijo guiñando un ojo—. Y contestando a su pregunta, sí que la tenemos, mi queridísima prima Tabitha. Pese a que somos familia, nos conocimos el verano pasado, ya que creciste en el extranjero con tu madre, que es prima lejana de mi padre. Estás en Londres porque tu madre está de viaje con su nuevo marido italiano, y quieres empezar a desarrollar tus relaciones sociales dado que la temporada que viene será la de tu presentación en sociedad. Así que, si todo va bien, serás la dama de compañía de mi tía mientras estés aquí. ¿Lo he hecho bien hasta ahora?

La sonrisa del joven transmitía calidez y alegría, y Tabitha se relajó por completo.

—Espléndido, milord. Sin la más mínima objeción —elogió sonriendo a su vez—. Continúe, por favor.

—Hoy has venido conmigo para que te presente a la otra mitad de mi familia —prosiguió—. Has estudiado en Francia y pasas las vacaciones en Italia. ¡Hasta cruzas las montañas a pie para observar

ávidamente lo que el mundo está en condiciones de ofrecerte!

Tabitha no pudo evitar reírse, y la señora McEwan volvió a amonestar al joven con más golpecitos en el brazo.

—¡Frena un poco, muchacho! —le amonestó—. Me parece que lo estás llevando un poco lejos…

—Por desgracia para nosotros —continuó Alexander, que parecía embalado—, tú y yo todavía no tenemos excesiva confianza. Eso explicaría cualquier punto oscuro en la historia. En cualquier caso, prepárate para escuchar y contar detalles nuevos si te presionan. En cuanto los sabuesos capten tu aroma, se lanzarán como lo que son: auténticos perros de presa.

Tabitha asintió. Afortunadamente, había devorado todos los libros de la biblioteca de su padre, incluidos los que trataban de la cultura y las costumbres de los países y ciudades europeas del continente. De eso hacía bastante tiempo, pero esperaba acordarse, tenía buena memoria.

—Haré lo que pueda —aseguró valientemente.

La señora McEwan asintió con cara de aprobación.

—¡Muy bien! —dijo—. Esta noche te vas a sentir bastante arropada. Mañana su excelencia te necesitará mucho más, ya que habrán llegado más invitados con interés en relacionarse con ella.

—¿Necesitan algo de mí ahora? —preguntó Tabitha al ver que la señora McEwan salía al pasillo.

—Disponemos de un poco de tiempo —contestó—. ¿Por qué no vais a dar un paseo por los jardines para conoceros mejor? Os puede acompañar Anita.

Nadie puso ninguna objeción y, al cabo de unos minutos, estaban dando un paseo por la enorme rosaleda, que ocupaba la mayor parte del terreno que rodeaba la enorme mansión.

—¿Cuántas personas hacen falta para que este jardín tenga un aspecto tan magnífico? —susurró Tabitha, absolutamente asombrada tras recorrer lo que le parecieron cientos de rosales en menos de cinco minutos.

—Pues yo diría que un pequeño ejército —contestó Alexander, que caminaba a su lado. Cuando ya estaban a una apreciable distancia de la casa, el joven se detuvo y se sentó en un banco, mientras Tabitha examinaba una rosa blanca particularmente exquisita, y se fijaba en su forma y la ordenación de los pétalos.

Empezó a pensar en la manera de reproducir en su taller esa flor tan magnífica utilizando crepé.

—Cuénteme su historia, señorita Blackmore —pidió Alexander, interrumpiendo su contemplación—. ¿Por qué está usted aquí? ¿Qué es lo que la ha traído a esta casa para cumplir una tarea tan honorable?

Era obvio que le tomaba el pelo.

—Pues… fabrico y vendo sombreros —dijo encogiéndose de hombros y riendo—. Hice unos cuantos, para su excelencia, y ayer, cuando iba a entregarlos, la señora McEwan me ofreció la oportunidad de incrementar mis ahorros y ayudar a la duquesa viuda.

Parecía muy sencillo expresado así. Alexander asintió poniendo las manos sobre las rodillas.

—¿Y, si puedo preguntar, para qué está ahorrando?

Tabitha se quedó mirándolo. ¿Qué iba a pensar de ella? ¿La juzgaría mal?

—Me gustaría abrir mi propia tienda, mi sombrerería —dijo en voz baja—. Mi padre y yo teníamos claro que yo la heredaría, pero él falleció y su segunda esposa, mi madrastra Ellora, se la apropió y es ahora la dueña. Quiero tener la libertad de gestionarla como yo quiera.

—¿Le gusta el trabajo? —preguntó Alexander.

—Sí, claro que sí —dijo asintiendo con convicción—. ¿Y cuál es su situación? Para una persona en mis circunstancias tiene sentido aceptar un plan tan poco corriente. Pero, usted, ¿por qué lo hace?

Alexander se mordió el labio inferior y desvió la mirada por un momento.

—Nick es mi mejor y más antiguo amigo —dijo, también en voz baja—. Es uno de los mejores hombres que he conocido, y saber que hay personas como *lady* Banon y su hija que no desean otra cosa que hincar sus garras por un título y por hacerle daño a su madre… No pude ponerme de perfil y quedarme sin hacer nada. A veces Nicholas es demasiado bueno, perdona cuando no debe. Quiero asegurarme de que no olvide el pasado.

—¿Por qué no les niega el acceso a su madre? Y, por otra parte, ¿es que no sería capaz de impedir sus planes por sí solo?

Alexander negó con un gesto.

—Por lo que se refiere a la primera pregunta, lo cierto es que las convenciones sociales no permiten mantener excluidas a ciertas familias ya que en ese caso los cotilleos se extenderían mucho más deprisa y con mayor virulencia. En otras palabras, *lady* Banon encontraría combustible para denigrar el nombre y la reputación de mi tía aún más —explicó—. Y respecto a Sabine… no sé si está al tanto de que ella y Nick tuvieron una relación en el pasado, y me temo que no es tan inmune a sus manejos como nos gustaría a todos en la familia.

—¿Está enamorado de ella?

La pregunta dio lugar a una sonora carcajada por parte de Alexander.

—¡No, para nada! —dijo—. Afortunadamente no. Pero en un momento dado se sintió atraído por ella, y me temo que la cosa podría repetirse. Siempre se sirve de tretas para dar pena, y él es demasiado buena persona. Si vuelve a caer en sus redes resultará muy difícil volver a abrirle los ojos.

Tabitha frunció el ceño mientras analizaba lo que había escuchado.

—Yo estoy aquí para ayudar a la duquesa —dijo por fin—. No creo que sea mi papel ayudar a salvar a un hombre que no tiene la inteligencia suficiente como para salvarse a sí mismo de las maquinaciones de una mujer cuyas intenciones son tan clamorosamente evidentes. Voy a ser muy sincera: no tengo ninguna intención de interponerme entre una arpía y su presa.

El comentario volvió a provocar la risa de Alexander.

—Vaya, señorita Blackmore —dijo negando con la cabeza—. Me gusta usted muchísimo, y creo que lo va a hacer estupendamente. Hasta podría convertirse en la salvación de todos nosotros.

En ese momento, un criado apareció por el camino y les anunció que el duque de Stowe había regresado a casa.

Alexander se puso de pie sonriendo y le ofreció el brazo a Tabitha.

—Me gustaría darle un consejo, Tabitha. La clave para nadar entre tiburones y salir indemne es no perder nunca la sonrisa. Y pensar muy rápido. No les permita saber nunca que la han herido —explicó—. Y es que, una vez que ven que hay sangre en el agua, se ponen frenéticos. Si, por el contrario, evita la reacción que están

buscando, se desesperan y se ven obligados a realizar movimientos más audaces y descuidados. La paciencia es la clave a la hora de lograr la victoria.

Tabitha le sonrió mientras enfilaban el camino de regreso a la casa.

—¿Cómo me llamo? —preguntó deteniéndose de repente.

—Tabitha, ¿no? —respondió él levantando una ceja.

—No —dijo, y subrayó la negativa con un gesto—. No puedo ser aquí Tabitha Blackmore. ¿Qué apellido utilizaremos?

—¡Ah! —dijo él deteniéndose a su vez y dando un paso atrás sin dejar de mirarla—. Durante estos dos días, y quién sabe si muchos más, usted va a ser la señorita Tabitha Kenmore, hija del fallecido barón Charles Kenmore. Y recuerde, su madre, Caroline es la viajera por excelencia, *lady* Kenmore.

Tabitha asintió.

—Déjeme que la guíe esta noche, querida Tabitha —dijo Alexander—. Ya verá como todo va bien.

—¿El duque va a estar al tanto de la situación? —preguntó. Deseaba con todas sus fuerzas no tener que mentirle a un duque.

—No —contestó rápidamente—. Nick es demasiado honorable como para prestarse a esta maquinación tan extravagante. Después de los dos primeros días, nos inventaremos una excusa para decir que usted ha tenido que dejar la fiesta, y también Londres. En cualquier caso, creo que Nicholas tiene la intención de convencer a su madre de que pase más tiempo en su residencia campestre. Él no le tiene mucho aprecio a la ciudad.

—No me puedo imaginar por qué —dijo Tabitha con evidente sequedad.

—Pues sí, señorita Blackmore, creo que usted y yo vamos a convertirnos en buenos amigos muy deprisa —dijo cuando entraron en la casa y se separó de ella para ir al encuentro del duque de Stowe—. Estoy convencido.

Capítulo 7

Cuando Tabitha se separó de Alexander volvió a invadirle la ansiedad ante los acontecimientos que se avecinaban, para empezar esa noche. Era verdad que había estado en París y que había leído mucho acerca de varios países del continente, pero eso había sido hacía muchos años. Si le preguntaban, ¿se sostendría la historia? Decidió concentrarse en alguno datos clave acerca de la ciudad en la que supuestamente se había pasado varios años estudiando, por lo que decidió ir a la biblioteca de la casa.

Por fin la encontró, no sin dificultades, y al abrir las gruesas puertas, un enorme número de estanterías repletas de volúmenes la saludaron. Pensó para sí que aquello era magnífico, casi glorioso. Esperaba que estuviera lo suficientemente bien organizada como para encontrar lo que estaba buscando.

Le costó un poco de tiempo pero terminó por encontrar un volumen acerca de la ciudad de París, y otro sobre Italia. Decidió decir que había pasado veranos en Florencia, la ciudad a la que deseaba ir en caso de tener la oportunidad de hacerlo.

Se sentó en el escritorio y empezó a leer con mucha atención, almacenando información en la memoria que utilizaría en caso de que alguien le preguntara.

Perdió la concentración al escuchar voces masculinas en las cercanías. En un momento dado, resonaron pasos muy cerca de la puerta de la biblioteca, y le entró el pánico ante la posibilidad de que la pillaran estudiando datos sobre países europeos en medio de una fiesta de sociedad.

Corrió hacia la estantería y devolvió los libros a su sitio, aunque las voces y los pasos se alejaron hasta perderse del todo.

Por desgracia para ella, casi inmediatamente después empezó a

desarrollarse una conversación que parecía muy seria justo al otro lado de la puerta, así que se encontraba atrapada. Dándose cuenta de que debía acercarse la hora de preparar a su excelencia para la cena, pensó que debía presentarse de inmediato.

Impaciente por volver al trabajo antes de que la echaran de menos, empezó a recorrer la librería buscando una segunda puerta. Pero pese a la minuciosa inspección, no encontró nada.

Estaba completamente atrapada.

DESPUÉS DE HABLAR con su madre, Nicholas bajó las escaleras buscando a Bernard para supervisar la descarga de su equipaje y asegurarse de que todo se guardaba en los lugares adecuados. Cuando estaba siguiéndole, alguien le tocó en el hombro.

—¡Nick! Empezaba a temer que no fueras a llegar a tiempo a tu propia fiesta.

Nicholas se volvió inmediatamente e hizo ademán de estrechar la mano de su primo, aunque lo que recibió fue un abrazo fraternal.

—¡Alex! No sabes lo feliz que estoy de verte —dijo con verdadero sentimiento.

—¿Qué tal te lo has pasado? —preguntó Alexander—. Seguro que todas las damas europeas se han quedado tristes por perderte. Espero que esta visita a casa dure bastante…

—Ya veremos. Por lo que respecta a las damas, ya aprendí la lección en el pasado, así que he sido muy cuidadoso.

—¡Vamos, hombre! ¿Qué broma es esa?

—Ahora soy duque, Alex, y tú también lo serás pronto. Y eso viene con una carga de responsabilidad. En algún momento tendré que casarme, igual que tú… aunque en estos momentos la perspectiva me parece un tanto pavorosa.

—Bueno, nunca se sabe cuándo podrás encontrarte con alguien que se adecúe más a tus gustos. Tenemos un poco de tiempo antes de que empiece la cena, así que, ¿qué te parece si tomamos una copa y nos ponemos al día antes de ir a saludar a todos esos chupasangres?

—Eso suena de maravilla —replicó Nicholas, y Alexander abrió la puerta de la biblioteca.

LAS PUERTAS de la biblioteca se abrieron de repente y el corazón

estuvo a punto de salírsele del pecho de puro pánico. Alexander entró, riéndose como ya sabía que solía. Sus miradas se encontraron y el joven mostró cierta breve sorpresa al verla, pero enseguida se recuperó. Le acompañaba otro hombre más o menos de la misma edad y tan atractivo como él, o, para ser sincera, incluso más.

El segundo joven se detuvo al ver a Tabitha medio escondida detrás de una de las estanterías entre las sombras de la habitación. La chica aprovechó los segundos de desconcierto al verla y su movimiento para verla mejor aprovechando la luz que entraba por las ventanas… y de repente perdió el aliento.

¡Era él! El joven del mercado. ¿Qué estaba haciendo aquí? ¿Acaso era un criado? ¿La reconocería? O es que era el… ¡No podía ser! Sin embargo… juraría que había oído que Alexander lo llamaba Nick. Lo que significaba que este hombre era Nicholas Fairchild, duque de Stowe.

Eso suscitaba muchas preguntas, pero lo primero era salir lo antes posible de la biblioteca.

El duque era aproximadamente igual de alto que Alexander, pero mientras que este tenía el pelo rubio y algo rizado, el del duque de Stowe era negro como el ébano. Su piel era morena y los ojos parecían de caoba.

Tabitha no era muy dada al flirteo ni al enamoramiento fácil y juguetón, pero pensó que si un dios de la mitología griega tenía el capricho de darse una vuelta por esa biblioteca, seguramente sería muy parecido a su excelencia Nicholas Fairchild, con su mandíbula fuerte y cincelada y su forma de desenvolverse, comparable a la de la realeza.

—¿Quién es usted? —le preguntó el duque sin rodeo alguno y mirándola con los ojos entrecerrados—. ¿Y qué está haciendo aquí?

Bueno, al menos no tenía que preocuparse por decir que era una persona distinta a la realidad. Por lo que se ve ni se había fijado en ella en el mercado, cosa que por otra parte no era de extrañar.

En cualquier caso, se le hizo un nudo en la garganta y miró casi desesperadamente a Alexander en busca de ayuda.

La desenvoltura de Alexander entró en acción inmediatamente. El joven la señaló mirando a su primo.

—Es mi prima lejana, por supuesto —informó dirigiéndose al

duque—. La señorita Tabitha Kenmore. No me digas que te has olvidado tan pronto de que te dije que me acompañaría. Pensé que mientras su madre hacía un viaje por Inglaterra, ella podría hacer de acompañante de tu madre.

Alexander estaba improvisando, no le había dicho nada al respecto a su primo. Tabitha pensó que el joven mentía muy bien, aunque el duque, al menos por un momento, no pareció demasiado convencido. Finalmente, dejó pasar el asunto.

—Por supuesto —dijo, aunque sin dejar de mirarla.

—Su excelencia —dijo Alexander con una inclinación—. Mi prima, la señorita Tabitha Kenmore.

—Un placer —dijo el duque, mientras Tabitha hacía una reverencia—. De todas formas, esto no explica el hecho de que estuviera usted en mi biblioteca.

Inmediatamente escondió las manos detrás de la espalda y se estrujó el cerebro para encontrar una explicación, al tiempo que recordaba los consejos que le había dado antes Alexander acerca de pensar rápido y sonreír.

—Pues… la verdad es que estaba buscando al ama de llaves —dijo riendo tímidamente—. Me pareció verla venir en esta dirección, pero por lo que veo me equivoqué. Necesito que alguna criada me ayude a vestirme para la cena de hoy, pues la mía ha desaparecido.

Esperaba que hubiera sonado creíble.

La duración de la mirada del duque fue algo más larga de lo normal, como si estuviera leyendo sus pensamientos e intentando discernir si decía la verdad, todo sin excesivo esfuerzo.

Como las cosas siguieran así, su trabajo no iba a durar ni unas horas.

—Si me hacen el favor, me gustaría ir al despacho de la señora McEwan, para que me asigne una criada —dijo al tiempo que avanzaba hacia la puerta de la biblioteca, aunque en estos momentos el duque la bloqueaba con su corpachón. Se hizo a un lado al cabo de unos largos segundos, todo sin dejar de mirarla.

—Nos vemos en la cena, prima —dijo Alexander según se alejaba, y Tabitha captó perfectamente el tono jocoso de su voz. Por lo menos alguien se lo estaba pasando bien con esto.

NICHOLAS PODÍA NOTAR AÚN la presencia de la joven bastante después de que dejara la biblioteca. Intentaba concentrarse en lo que le estaba diciendo Alexander, pero no podía pensar en otra cosa que en esos cautivadores ojos de color violeta que lo miraban con tanta intensidad.

Estaba un poco enfadado con Alex por haber traído a una extraña a la fiesta de su madre, pero lo perdonó rápidamente, y más dado el interés de la joven, que le recordó a la brisa soplando en un prado en primavera.

—¿Por qué no me habías hablado nunca de ella? —le preguntó a su primo, que deambulaba por la biblioteca, seguramente a la búsqueda de una copa.

—¿Ella? ¡Ah, te refieres a Tabitha!

—Sí, a esa joven.

—Hace poco que nos conocemos, la verdad —dijo Alexander mirando a su primo con curiosidad—. Quería que conociera a la rama materna de mi familia mientras estaba en Londres. Y tengo a certeza de que tu madre y ella se van a llevar de maravilla. Comparten pasión por la oda, las flores y los sombreros, entre otras cosas.

Nicholas asintió pensando en los mechones de cabello que escapaban de su peinado cayéndole sobre los hombros, y lo bien que le sentaba a la silueta el vestido esmeralda que llevaba. Se había sentido sorprendida al verlos, pero se recuperó de inmediato. No obstante, había algo en ella, algo que detectaba pero que no podía identificar completamente. Sus palabras eran de lo más adecuadas, pero la forma de expresarse no era la habitual de una joven inglesa de alta cuna. Era como si no tuviera mucha práctica.

—Me ha dado la impresión de que ya la conocía —le comentó a Alexander con el ceño fruncido. Además de su falta de práctica social, había algo en ella que le recordaba a alguien.

Alexander negó con mucha convicción.

—Acaba de llegar a Inglaterra —dijo—, así que creo que si fuera una de tus conquistas en el continente, la habrías reconocido.

—No ha habido tantas conquistas, Alex —dijo suspirando. Su primo solo pensaba en las mujeres.

Pese a que no terminó de gustarle la súbita e inesperada aparición de Tabitha en una habitación muy personal de la casa, le

gustó su franqueza, y tenía ganas de volver a hablar con ella.

Por primera vez desde su muy reciente regreso a Londres, su humor mejoró sustancialmente, y hasta esperaba con ganas las reuniones sociales que le aguardaban.

Capítulo 8

Tabitha regresó finalmente a su habitación tras preparar el atuendo para la cena de la duquesa viuda y enviarlo con una de las criadas. Se trataba de un conjunto bastante sencillo pero que llamaba discretamente la atención por su elegancia: vestido de color borgoña adornado con una pluma de avestruz y un collar de perlas de varias vueltas. La señora McEwan dio su aprobación e inmediatamente envió a Tabitha a su habitación para que ella misma se preparara para la cena.

En ese momento, frente al espejo de su habitación, observando su propia imagen, se sintió insegura respecto a su capacidad para cumplir la misión que se le había encomendado. ¿Quién era la persona que la observaba desde el espejo con cara de preocupación? Apenas podía reconocerse a sí misma. El vestido, exquisito, y le sentaba perfectamente. Era de color azul zafiro con lazos de adorno en el cuello y el corpiño. La señora McEwan, que resultó ser muy hábil preparando peinados, había recogido en un bonito moño detrás de la cabeza los rizos de color miel de Tabitha, dejando que algunos de ellos cayeran libres sobre la despejada frente.

—Adorable —había murmurado mientras salía de la habitación para vergüenza de la joven, que hasta se sonrojó. No estaba acostumbrada a los elogios, ni tampoco a mirarse al espejo como una novia antes de la boda.

No estaba acostumbrada a que los guantes le llegaran casi a los codos. De hecho, ni recordaba cuando había sido la última vez que había llevado guantes para cenar. Para no ser formal, la elegancia estaba a todas luces asegurada.

Se miró una última vez y sonrió pensando que tenía que disfrutar de tan magnífico aspecto.

—Un pie delante del otro —se dijo a sí misma en voz muy baja, y en ese preciso momento escuchó una llamada a la puerta, y acudió a abrirla de inmediato.

Era Anita.

La criada sonrió al contemplar la transformación de Tabitha.

—Lord Rutland le espera, señorita —dijo, y la precedió por el pasillo hasta una pequeña sala de estar, en la que Alexander la esperaba de pie.

—¡Tabitha! —exclamó—. Eres una auténtica revelación.

—Gracias —dijo sonrojándose intensamente.

Cuando llegaron al salón comedor fueron anunciados por el mayordomo, y Alexander condujo a Tabitha de forma directa hacia una hermosa mujer mayor que vestía con enorme gracia el terno preparado esa tarde por ella con tanto esmero. Tabitha hasta se asombró del magnífico resultado de su trabajo.

—Su excelencia, me gustaría presentarle a la señorita Tabitha Kenmore, hija del barón Charles Kenmore, primo segundo de mi padre.

Tabitha hizo una reverencia y mantuvo la mirada de la duquesa viuda de Stowe, mientras la dama sonreía educadamente.

—Me alegro muchísimo de conocerla —dijo la dama con amabilidad—. La familia de Alex es nuestra propia familia. ¿Está usted bien instalada?

Tabitha asintió.

—Sí, excelencia, muchas gracias por su hospitalidad —dijo incorporándose—. Su casa es extraordinaria, y le agradezco mucho que me haya acogido.

—Y ya conoce usted a mi primo, el duque de Stowe —dijo Alexander, provocando que el Adonis de pelo negro se inclinara para besarle la mano delicadamente.

—Sí. Es un placer, su excelencia —dijo Tabitha en cuando pudo tragarse el nudo que se le había formado en la garganta ante su presencia. Incluso a través de los guantes, el vello de la piel se erizó con su contacto. Era algo extraño, pues lord Rutland era seguramente tan atractivo como él y mucho más encantador, y sin embargo no le generaba una reacción física como la que estaba experimentando ahora—. Gracias por invitarme a su casa.

—Permítame que le presente al resto de nuestros invitados —

dijo Alexander, alejándola del duque. Le ofreció de nuevo el brazo y paseó con ella por el salón, de grupo en grupo. Tras las presentaciones y los cumplidos, que hubo bastantes, aunque la mayoría procedentes del propio Alexander, llegó la hora de la cena.

Alexander la colocó al lado de la duquesa, mientras que él se sentó al otro lado. El resto de los invitados se fue sentando en sus respectivos lugares.

—Mañana te presentaré al resto de los personajes clave —le susurró Alexander—. Afortunadamente, *lady* Banon y su hija Sabine llegarán esta noche, pero bastante más tarde, una vez que la cena haya terminado. De momento, puedes estar atenta a lo que te rodea y a las conversaciones.

Tabitha asintió y cumplió as indicaciones al pie de la letra.

NICHOLAS SUBIÓ las escaleras en dirección a sus aposentos familiares. Su madre todavía ocupaba las habitaciones destinadas a los duques, pues Nicholas ni quería ni consideraba oportuno pedirle que se cambiara para que él tomara posesión de las habitaciones que en su momento utilizó el duque fallecido. Tenía la intención de reformarlas por completo, pues de ninguna manera quería que le recordaran a su padre, con su pretenciosa decoración y unos colores apagados, casi tétricos, que le deprimían profundamente.

Cuando estaba empezando a desvestirse, la puerta se abrió con un mínimo crujido de la madera.

—Esta noche no necesito de sus servicios, Smith —dijo, dando por hecho que se trataba de su ayuda de cámara—. Pensaba que ya te lo había dicho…

Pero no era Smith. Captó un pie que calzaba una bailarina de mujer y que sujetaba la puerta impidiendo que se cerrara, así como una mano de dedos largos y delicados sujetando la jamba.

—¡Sorpresa! —El susurro tenía tintes coquetos y provocativos.

—¡Sabine! —exclamó Nicholas, al tiempo que la mujer se acercaba a la cama—. ¿Se puede saber qué haces aquí?

—He venido a la fiesta, excelencia —dijo, y alzó los ojos para mirarle—. Mi madre y yo hemos llegado hace solo un rato, y he pensado que quizás esta noche podríamos tener una… fiesta privada nosotros dos.

Nicholas no experimentó otra cosa que un profundo enfado al escucharla y verla. Le había dejado absolutamente claro antes de irse de viaje que todo había terminado entre ellos.

—Por favor, Sabine, sal de aquí inmediatamente antes de que te descubran y tu reputación quede arruinada para siempre.

—¿Y crees de verdad que eso sería tan malo? —preguntó. Acto seguido levantó la mano y empezó a acariciarle el pecho con los dedos—. ¿Qué sería lo peor que podría pasar? ¿Qué tuvieras que casarte conmigo? Una vez estuvimos cerca de hacerlo, ¿es que no te acuerdas?

Nicholas le agarró la mano con firmeza antes de que pudiera ir más allá.

—Eso sería lo peor que podría ocurrir, Sabine —siseó entre dientes—. Tuve mis razones para acabar con la relación antes de irme a Europa, y esas razones siguen estando vigentes, no han cambiado nada. Y ahora, por favor, márchate antes de que te pongas aún más en vergüenza.

La joven hizo un puchero y se dirigió hacia la puerta, deteniéndose antes de abrirla.

—Le veré por la mañana, excelencia —dijo, recuperando la expresión incitante de flirteo, y Nicholas pensó que, por lo menos, su tenacidad era de admirar—. Que duerma bien…

Nicholas suspiró profundamente una vez que cerró la puerta por fuera. Esa mujer significaría su final… casarse con ella implicaría el fin de su reputación y de su vida, y el de su familia, sobre todo de su madre. Menos mal que había conseguido librarse de ella antes de que alguien los viera juntos. Procuraría estar lo más lejos posible de ella mañana, desde la mañana hasta la noche.

Cuando finalmente logró dormirse, no fue en Sabine en quien pensó, sino en una joven de grandes ojos violeta, pelo del color de la miel morena, breve cintura que le encantaría abarcar con las manos y rostro agradable y abierto que no dejaba de querer ver continuamente, y mientras tanto de imaginarse.

PESE a lo tardío de la hora a la que terminó la cena y su sobremesa, antes de irse a la cama Tabitha se acercó a revisar la selección de vestuario de la duquesa viuda para los distintos eventos del día siguiente, para escoger los accesorios más pertinentes y adecuados

a cada vestido, y sobre todo al de la mañana. Pero, con un suspiro, decidió finalmente que estaba demasiado cansada tras los acontecimientos del día y, sobre todo, debido a la falta de sueño de la noche anterior, preparando los sombreros y accesorios de la duquesa. Así que salió del comedor de servicio para dirigirse a su habitación.

Cuando recorría el pasillo escuchó una rica y profunda voz, que inmediatamente identificó como perteneciente al duque. No podía olvidarla, pese a que todas las veces que se había dirigido a ella el matiz de desdén resultó innegable.

Seguramente era su dormitorio, pero, ¿con quién estaría hablando? Escuchó que la puerta se abrió, y apenas le dio tiempo a esconderse entre las sombras. Una joven salió de la habitación. La luz de las velas iluminó su hermosa cabellera rubia. Una sonrisa de satisfacción se dibujaba en su bella cara mientras recorría el pasillo, y la expresión le recordó a Tabitha la de un felino en pleno acecho.

Tabitha concluyó que, después de todo, el duque seguía con sus costumbres libertinas. Le sorprendió el sentimiento de decepción que la invadió mientras reanudaba su camino por el pasillo. ¿Qué le importaba a ella lo que el duque hiciera con su vida?

Apenas había hablado con ella, aunque en realidad solo había hablado de verdad con Alexander y con su madre durante la cena. De hecho, su gesto más habitual había sido apoyarse en el respaldo de la silla y observar a los invitados, tan hierático como las estatuas a las que tanto se parecía.

Había sido frío con todos, excepto con ella. Con ella había sido irrespetuoso.

Cuando por fin llegó a su habitación Tabitha estaba decidida a apartar de su mente la imagen de ese duque guapo pero hierático, atractivo pero libertino, y que no podía traerle nada bueno. Ahora lo que tenía que hacer era dormir a pierna suelta en esa habitación tan cómoda y lujosa. Mañana iba a tener mucho trabajo.

Capítulo 9

Anita, la criada, despertó temprano a Tabitha. Había que preparar el guardarropa de la duquesa.

Hoy era el gran día.

Esa tarde noche se iba a celebrar una fiesta en los jardines. Tabitha tenía que sobrevivir al día, y lo más probable era que después regresara a casa, a su trabajo en el taller y a la presencia de su madrastra, esperando que el interrogatorio fuera llevadero.

Esto podía funcionar. Tenía que funcionar. Era imprescindible.

Mientras recorría apresuradamente los tramos de pasillo que conducían a la oficina de la señora McEwan, Tabitha pensaba que Anita y ella eran dos de las escasas personas en la casa que estaban despiertas a esas horas de la mañana. Seguramente la cocinera y su ayudante eran las otras dos. En el despacho de la señora McEwan estaban los vestidos, colgados en sus correspondientes perchas, y Tabitha se puso a trabajar inmediatamente rehaciendo, arreglando y recolocando hasta lograr el aspecto perfecto para la duquesa viuda. La falta de sueño no afectaba en absoluto a su entrega y pericia.

Para la reunión de la tarde no harían falta tantos arreglos, aunque manteniendo el alto nivel y la clase siempre requeridas. Tabitha escogió un gris salvia con adornos a lo largo de las mangas a medio brazo color amarillo claro que recordaban los narcisos.

Por lo que respecta a los adornos del pelo, en el último momento Tabitha decidió incluir una peineta de la que saldría un ramillete de minúsculos lazos y flores, parecido a los adornos florales que había visto la tarde anterior en los jardines.

Se alegró de haber llevado consigo algunas de sus herramientas de trabajo, y se dirigió al jardín a través de la puerta trasera de la silenciosa y somnolienta mansión. El sol empezaba a elevarse en el

horizonte y avanzó silenciosa entre las plantas para encontrar los conjuntos que había visto la tarde anterior.

Le costó algunas idas y venidas, pero finalmente llegó al banco en el que se había sentado Alexander. Muy cerca de él encontró el pequeño arbusto con flores de pétalos amarillos que buscaba. Le había sorprendido mucho encontrar campanillas de invierno doradas en ese jardín urbano, y confiaba en que aguantaran hasta la tarde sin marchitarse. Poniendo mucho cuidado en no clavarse espinas en los dedos, cortó las flores que necesitaba y emprendió el regreso a la casa.

Cuando estaba atravesando de nuevo las puertas de la casa, se tropezó con un cuerpo recio como el tronco de un árbol. Unos brazos la rodearon para evitar que cayera al suelo y, al levantar la cabeza, sus ojos se encontraron con los del duque.

Casi perdió el aliente ante la tremenda intensidad de su mirada.

—¡Su excelencia! —exclamó tras recuperarse mínimamente del susto—. Lo siento. Solo estaba recogiendo…

—¿Cortando flores de mi jardín? —preguntó el duque levantando una ceja. Aunque el gesto de la boca era serio y firme, a Tabitha le pareció atisbar un brillo juguetón en los ojos.

—Pues… sí —confesó—. Pero es para…

—Le sentarán muy bien —dijo con un tono de voz suave y rico, muy distinto al de la noche anterior, y que le produjo un hormigueo irrefrenable en todo el cuerpo—. Pude llevarse todas las que desee.

—Gracias, excelencia —contestó, sorprendida por su ofrecimiento. En ese momento se dio cuenta de que aún la rodeaba con los brazos. Al parecer, él se dio cuenta de la situación al mismo tiempo, y la fue soltando lentamente, dejando que los dedos recorrieran su cintura con cierta lentitud al hacerlo.

Tabitha empezó a temblar, pero enseguida se recordó a sí misma lo que había presenciado la noche anterior. De inmediato dio un paso hacia atrás y lo rodeó para entrar en la casa y seguir con su tarea. No obstante, no pudo evitar volverse y hacerle una pregunta por encima del hombro.

—¿Ha pasado usted buena noche, su excelencia?

—La verdad es que sí —contestó un tanto sorprendido—. ¿Y usted?

—Yo también, gracias —dijo, y echó a andar rápido, sintiendo

casi físicamente su mirada en la espalda.

¡Menuda estupidez le había preguntado! Estaba muy enfadada consigo misma. ¿Qué le importaba a ella lo que hiciera por la noche? En todo caso, el mujeriego reformado en realidad no se había reformado. Por supuesto que lo encontraba atractivo, igual que cualquier mujer que pusiera los ojos en él. Al menos en su propio caso no iba a intercambiar con él nada más allá de algunas frases. Puso los ojos en blanco ante lo que estaba pensando.

«Recuerda cual es tu lugar, Tabitha». Tenía muchos objetivos y sueños para su vida, pero ninguno de ellos pasaba por estar entre los brazos de un duque.

«LA MUJER DRAGÓN» era un sobrenombre de lo más adecuado para lady Banon, pensaba Tabitha. La tenía justo enfrente, al otro lado de la mesa, y por supuesto la acompañaba su hija, exageradamente arreglada y de mirada siempre inquisitiva. La reconoció de inmediato: era la joven que había salido de la habitación del duque la noche anterior. Por el bien de la duquesa viuda, esperaba que la tal Sabine no terminara por ser miembro de la familia.

Su presentación a la madre y la hija había sido bastante breve. Afortunadamente, Alexander, al igual que ella, no tenía el menor interés en conversar con la pareja. Pero incluso durante esos breves momentos, Tabitha se había sentido agobiada por los aires de superioridad y el comportamiento desdeñoso de ambas. Le resultó casi opresivo, y agradeció que llegara el momento de sentarse y tomar el té. Lo que fuera con tal de poner con ellas tierra y cubertería de por medio.

A su lado, Alexander entablaba conversación con un caballero de avanzada edad, cuyo nombre Tabitha había olvidado de inmediato, lo que la dejaba libre para observa de forma directa a *lady* Banon. La mujer era agraciada, ni que decir, pero la capa de maquillaje y carmín que llevaba encima eran desproporcionadamente altas. Estaba claro que prefería agarrarse con cierta desesperación a los últimos coletazos de la juventud, en lugar de dar la bienvenida a la mediana edad de forma natural y elegante, como hacía la duquesa viuda.

Hester Banon tenía el pelo canoso, enmascarado pobremente con polvos oscuros que se habían solidificado y arracimado en las

raíces. Sus ojos repasaban a toda prisa a las personas sentadas a la mesa como si fueran dagas, mientras todos esperaban la llegada de la duquesa viuda y de su hijo, el duque de Stowe.

Tabitha pestañeó al recordar la presentación al duque y el encuentro de la mañana. ¿Qué habría pensado de ella al verla recorriendo los pasillos oscuros y arrancando flores de su magnífico y cuidado jardín?

—Atenta, primita —dijo Alexander al tiempo que le tocaba el brazo suavemente con el codo—. Llegan los anfitriones.

Cuando el duque y la duquesa viuda entraron en el comedor, todo el mundo se puso de pie y esperó a que ellos se sentaran. A Tabitha le sorprendió que, al pasar junto a ellos, el duque se inclinara para susurrarle algo al oído a Alexander, que también puso cara de sorpresa. Después asintió, sonrió a Tabitha y se marchó de su lado.

Tabitha lo miró asombrada y con un punto de pánico. ¿A dónde iba? Entonces el duque se sentó junto a ella y Tabitha tragó saliva. Se había convertido en el foco de todas las miradas. Eso y la potente presencia justo a su lado del duque, serio, arrogante y enormemente atractivo hizo que se cuestionara si en realidad su presencia allí había sido una decisión acertada.

Solo unas horas más, pensó. En unas pocas horas podría volver a retomar su vida, en la que «los malos» eran conocidos, o más bien conocidas, obvias y predecibles. Sin embargo, en esa situación y momento, no podía estar segura de quién era amigo o enemigo.

—¿Y de dónde dice usted que es, señorita Kenmore?

Lady Banon, una vez que los anfitriones habían hecho acto de presencia, no perdió el tiempo en poner las garras sobre la que consideraba la víctima más débil y asequible. No obstante, Tabitha podía ser muchas cosas, pero no precisamente una víctima. Los años de aprendizaje con su madrastra la habían moldeado.

—En realidad no lo he dicho, *lady* Banon —aclaró Tabitha sonriendo dulce y falsamente antes de volver la cabeza para fijar la mirada en un plato de verdura que le estaba pasando el duque, sentado a su izquierda. Pudo ver perfectamente el gesto de sorpresa de la mujer ante su respuesta, aunque no hubo ocasión de réplica, ya que Tabitha había dejado de prestarle atención, y en caso de insistir habría parecido excesivamente desesperada por recabar

información. Así que cambió de interlocutor y se dirigió al duque.

—¿Lo ha pasado bien en el continente, excelencia? —Pestañeó con tanta fuerza que algunos trozos de maquillaje cayeron sobre el mantel. Tabitha hasta sintió vergüenza ajena por ella.

—Sí —fue la escueta respuesta del duque, que inmediatamente se metió en la boca un trozo de carne con el tenedor. Tabitha pensó que ampliaría la respuesta, pero resultó obvio que no iba a hacerlo. La miró y le guiñó el ojo, y Tabitha, de repente, tuvo la sensación de que compartían un secreto al que los demás comensales no tenían acceso. Controló la sonrisa y se concentró en su plato.

—Querida Gemma —dijo *lady* Banon chasqueando la lengua—. Qué preciosidad de adorno llevas en el pelo. Es magnífico.

Todas las conversaciones cesaron, y las miradas convergieron en la peineta que la propia Tabitha había elaborado esa misma mañana. Lo cierto es que sí que era muy bonita, y sobre el pelo de tintes rojizos de la duquesa viuda, su aspecto era extraordinario.

—Gracias, Hester —dijo la duquesa con educación, pero Tabitha vio lo forzado de la sonrisa, que no pasó de los labios a los ojos.

—No obstante… —siguió *lady* Banon, sabiendo que ya había captado la atención de la audiencia y la tenía donde ella quería—, ¿no serán prímulas, verdad?

Rio con su propio chiste, incomprensible para los demás.

—Se dice que las prímulas representan la estupidez —redondeó *lady* Banon sin parar de reírse—. Así que ponérselas en la cabeza es un tanto estúpido, ¿no le parece?

Cualquier rastro de color desapareció del rostro de la duquesa, y tampoco se perdió el rictus de crispación en la mandíbula del duque.

Tabitha intervino sin pensárselo dos veces. No quería colocarse de manera directa en el punto de mira de la mujer, o más en el que ya estaba. Pero lo de la baronesa había sido una crueldad, sin ambages. Y esa precisamente era la razón por la que estaba allí, enfrentarse a esos ataques para defender a la duquesa.

—Pues a decir verdad, *lady* Banon, estoy segura de que se trata de campanillas de invierno, no de prímulas. Que, como sin duda sabe bien, simbolizan el renacimiento y el despertar tras un tiempo de inactividad.

La alusión a la salida del periodo de luto se le había hecho obvia

a Tabitha al observar las flores, y por eso las seleccionó. Así que, si la baronesa arpía pensaba que sabía más de flores y de su significado que la hija de un sombrerero, se equivocaba de medio a medio.

El rostro de la duquesa viuda se iluminó, y la sonrisa que le dirigió a Tabitha conmovió a la joven hasta las entrañas. La razón por la que ciertas personas, incluyendo a la mujer dragón y su cría, querían herir a la dama se le escapaba por completo: era una buena persona, sin lugar a dudas.

Junto a ella, vio como el duque abría y cerraba los puños, como si estuviera luchando por controlarse. Miró a las dos mujeres, que estaban al otro lado de la mesa, y mientras lo hacía el pecho le temblaba como si fuera a estallar, y la mandíbula parecía a punto de partirse de pura tensión. Tabitha no sabía qué pensar de ello después de lo que había visto la noche anterior. ¿Acaso la relación era puramente carnal? Esperaba que no fuera así, pues quería pensar bien de él, pero lo cierto es que apenas lo conocía.

Lady Banon se disculpó por su incorrección en un tono quizá excesivamente agudo y pidió perdón a la duquesa de mala gana, de una forma tan falsa como el color de su pelo. Tabitha tampoco se perdió la mirada glacial que, sin lugar a dudas, le lanzó Sabine con el rabillo de sus acerados y gélidos ojos azules.

Tabitha hizo lo que pudo para reprimir la sonrisa que pugnaba por asomarse a su cara. Dejó los cubiertos dando por terminado el primer plato y esperó que se sirviera el siguiente.

Cuando levantó la vista se tropezó con mirada y la amplia sonrisa de Alexander, que no paraba de asentir mostrando su aprobación.

Se atrevió también a mirar en dirección al duque, que resultó que la estaba mirando, a ella, con lo que le pareció un gesto de fascinación, como si fuera la única persona presente en el salón. Sonrió débilmente, deseando tener más habilidad y experiencia en el arte del flirteo. El nuevo plato le sirvió para interrumpir el contacto visual.

La comida terminó sin más incidentes, y Alexander acompañó a Tabitha a su habitación.

—Parece que les caes muy bien a *lady* Banon y a Sabine —dijo Alexander guiñando un ojo y sonriendo con malicia. Después se

puso más serio—. Su enfado y desdén significa que estás haciendo bien tu trabajo.

—Ya… —gruñó Tabitha—. La verdad es que soy incapaz de entender a las personas como ellas. No comprenderé nunca que alguien disfrute dañar a los demás. Por cierto, Alexander, me dijiste que el duque no estaba interesado en Sabine, ¿verdad?

—Sí —contestó mirándola con curiosidad—. ¿No ha quedado claro con su actitud durante la comida? ¿Es que piensas que sí que lo está?

—Bueno, es que… anoche, cuando regresaba a mi dormitorio, yo… —Se detuvo. Quizá sería mejor no decir nada. La verdad es que no era de su incumbencia—. No importa. No es cosa mía.

—No, por favor, continúa. Me has dejado intrigado.

—Pues… resulta que vi a Sabine saliendo de su dormitorio. No quiero cotillear al respecto, pero creo de verdad que proteger a la duquesa pasa por mantener lo más lejos posible de ella y de su familia a una… mujer como esa. Por favor, Alexander, no le digas nada al duque. No quiero que piense que me estoy entrometiendo en su vida.

Alexander la sorprendió con una de sus habituales carcajadas.

—No hay nada que temer, Tabitha —indicó—. Nick me ha hablado de su excursión de ayer a su dormitorio. Parece que «*lady*» Sabine está poniendo encima de la mesa todos los recursos que se le ocurren para forzar a Nick a que se case con ella. Él declinó amablemente su invitación y le pidió que se fuera con viento fresco antes de que nadie pudiera acusarle de querer comprometerla.

—¡Ah! —exclamó Tabitha, algo avergonzada por haber sacado el tema, aunque sin poder evitar el alivio que le supuso escuchar la explicación de Alexander. Cosa bastante ridícula, por cierto—. Supongo que eso está muy bien.

—Sí, prima —dijo mirándola pensativo—. Yo también lo supongo.

Capítulo 10

Casi sin darse cuenta, llegó el momento de prepararse para la cena. En unos momentos todos se reunirían en la zona despejada de los jardines. La señora McEwan ya había terminado de arreglar el pelo de Tabitha, esta vez con un peinado más suelto que el de la mañana y, a su vez, ella había entregado previamente la vestimenta y los adornos que la duquesa viuda iba a utilizar para el té.

El vestido de Tabitha era bastante sencillo, sin más adorno que un lazo a la altura del esternón. El color rosa pálido de la seda hacía juego con los zapatos bajos, y también con otro lazo que el ama de llaves le había colocado en el pelo.

Se dejó caer en la cama con un suspiro pensando que, por una vez, hasta echaba de menos la organización del tiempo y la autonomía de la que gozaba en el taller de costura. Por supuesto eran muchas horas de trabajo duro, pero al menos no había lobos detrás de cada esquina dispuestos a darle un mordisco en cuanto bajara la guardia.

Los invitados se reunieron en una gran habitación con cristaleras de suelo a techo y acceso abierto a los jardines. Pese a tratarse de un tentempié por lo temprano de la hora, las cuatro de la tarde, la comida era exquisitamente elegante.

Alexander la esperaba al pie de las escaleras, e inmediatamente le ofreció el brazo.

—Un trabajo antológico el de antes, Tabitha —dijo con su clásico guiño, y a la joven le encantó que la tuteara. Le gustaba Alexander. Hacía escasas horas que lo conocía, pero le había bastado ese tiempo para mostrarse como una persona cálida y auténtica y, lo que era aún más importante, realmente preocupado por las personas a las que quería. Lo que pasa es que no

encandilaba su corazón, al contrario de lo que le pasaba con cierto arisco y siempre malhumorado duque.

—Gracias —dijo, al tiempo que paseaba la mirada por el vestíbulo mientras avanzaban hacia el salón acristalado—. De todas formas, es increíble que esa mujer diga semejantes cosas.

Alexander asintió.

—Tienes toda la razón —respondió al tiempo que entraban por las puertas, también de cristal sobre una estructura metálica. Justo en el otro extremo estaba el duque, con Sabine colgada de su brazo —. Parece que están redoblando sus esfuerzos, ¿verdad? Recuerda, Tabitha, estate siempre atenta y mantén el ritmo.

Ni siquiera le dio tiempo a preguntarle qué quería decir con eso cuando vio a la duquesa, que estaba sentada en una mecedora, y a *lady* Banon a su lado.

—Perdone un momento, lord Rutland —dijo—. Me parece que la duquesa requiere de mis servicios una vez más.

Se soltó de su barco y cruzó la habitación.

—Su excelencia —dijo mientras realizaba una breve reverencia, ignorando por completo a *lady* Banon—. ¡Tiene usted un aspecto magnifico esta tarde!

Se sentó junto a la duquesa viuda y entabló conversación con ella, dejando a *lady* Banon con un palmo de narices. Al cabo de un rato se separó de ellas y se marchó.

—Gracias, querida —dijo la duquesa—. Empezaba a no gustarme la conversación anterior. Debo decir que has aparecido en un momento de lo más oportuno.

Cuando una amiga de la duquesa se unió a la conversación, Alexander se acercó y le ofreció de nuevo el brazo a Tabitha.

—Prima, es de justicia decir que estás haciendo un espléndido trabajo —afirmó, e inmediatamente casi voló por la habitación en busca del duque, que estaba tan atrapado como lo había estado su madre hace un momento, con Sabine pegada a él—. Es el momento de que salves también a mi primo.

—¡Nick! —llamó Alexander sonriendo cuando estaban cerca—. Me imaginaba que estarías por aquí.

Notó que los hombros del duque se relajaban un poco, y Tabitha vio que los ojos de Sabine miraban alternativamente a ambos hombres. Era evidente que no le gustaba Alexander, y que el

sentimiento era mutuo. De hecho, cuando le ofreció el brazo palideció visiblemente.

—¿Podemos hablar un momento, *lady* Sabine? —preguntó—. Tengo algunas dudas acerca de la propiedad de su padre en el sur, y sé que a él le gustaría que usted me ilustrara al respecto.

La joven comprendió que estaba en un callejón sin salida y hasta bufó mínimamente cuando tuvo que dejar el brazo del duque y echara a andar con Alexander.

A Tabitha le gustó que se fuera, pero inmediatamente cayó en la cuenta de que se había quedado sola con el duque. Le sudaron un poco las manos al pensarlo, y miró a todos lados buscando una salida, pero no la había.

—¿Todas las damas jóvenes son expertas en horticultura?

La pregunta sonó muy directa, y le hizo alzar los ojos para mirarle. Él también lo hacía. Seguramente era su manera de entablar conversación.

—¿Qué puedo saber yo acerca de «todas las damas jóvenes»? —contestó sonriendo levemente—. Solo puedo hablar por mí misma, y debo decirle que me entusiasman las flores y lo que significan.

La intensidad de su mirada creció, y la joven deseó desaparecer de allí de inmediato. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para tranquilizarse.

—Usted no tiene ningún problema a la hora de decir lo que piensa, ¿verdad? —preguntó, y una levísima sonrisa se le dibujó en los labios.

Tabitha reaccionó de inmediato, quizá demasiado.

—¿Cree que digo siempre lo que pienso? —preguntó riendo—. Puede ser, pero le aseguro que en mi pensamiento hay bastantes más cosas que prímulas y campanillas de invierno. Lo único que he hecho ha sido contestar su pregunta, excelencia.

—Llámame Nicholas, por favor —dijo interrumpiéndola—. Todavía no me he acostumbrado a que me llamen como a mi padre. Veo que eres importante para mi primo, y además hay algo en ti que me parece… no sé cómo decirlo, familiar quizás. Así que insisto en que me tutees.

Tenía claro que no debería hacerlo, pero sonrió cortésmente ante su insistencia.

—¿Tan malo es que una dama diga de vez en cuando lo que

piensa? —preguntó en voz baja cuando el silencio se prolongó demasiado. Sabía que lo socialmente adecuado habría sido hablar del tiempo, o de la comida, pero para ser sinceros, ambos temas de conversación le parecían muy aburridos. Además, tampoco iba a pasar mucho tiempo más con estas personas, así que tampoco le importaba demasiado lo que pensaran de ella.

—No, en absoluto —contestó él en el mismo tono—. Lo que pasa es que es algo tan poco habitual que no sé ni cómo reaccionar.

Tabitha perdió el aliento e hizo un gran esfuerzo para recuperarlo. Finalmente lo hizo.

—Podría ser por las compañías que frecuenta. —La frase cobró vida antes de que pudiera evitarlo. Cerró los ojos y pidió fervientemente que se la tragara la tierra en ese mismísimo instante. ¿Por qué se comportaba de una forma tan arisca con ese hombre? ¡Con el duque! Puede que su propia brusquedad la incitara a comportarse de la misma manera.

—Excluyendo a la actual, ¿no es así?

A Tabitha le pilló de sorpresa la respuesta, y más aún la franca sonrisa y el brillo de diversión de sus ojos, unos ojos que la absorbían por completo, hasta el punto de casi dejarse arrastrar por ellos hasta una cercanía absolutamente inapropiada.

Había que cambiar la táctica, era perentorio.

—¿El viaje a Europa fue satisfactorio?

Fue un intento de conducir la conversación a aguas más tranquilas en las que poder nadar sin dificultad. Pero el temperamento volátil y cambiante del duque, que pasaba en segundos de una actitud pensativa y hosca a lo que parecía ser un… ¿flirteo?, tenía a Tabitha muy descolocada.

Era evidente que se estaba imaginando cosas, y necesita que Alexander volviera a aparecer lo más deprisa posible.

—Bastante —contestó el duque mirándola fijamente a los ojos—. ¿Has estado en el continente?

La miraba otra vez, e intentaba descifrarla. De acuerdo. Para eso sí que estaba preparada. Había ido a Francia una vez con su padre, aunque hacía mucho tiempo, y se sentía capaz de evocar algunos recuerdos en los que basarse, para no tener que utilizar solo su inventiva.

—Francia me encantó —dijo con sinceridad—. Pero tengo tantos

recuerdos de ella que me resulta difícil separar los lugares de los sentimientos.

—Entiendo lo que dices —comentó el duque, que retiró la mirada de sus ojos para pasearla por los jardines y fijarla en su madre, que ahora conversaba con un caballero vestido de uniforme.

—No nos hemos visto allí, ¿verdad?

Tabitha necesitaba desesperadamente que Alexander la rescatara, pero el joven se había evaporado. Pese a que ella misa era la que había encauzado la conversación, hablar con el duque de asuntos intrascendentes se había convertido en algo tedioso, y le agotaba la necesidad constante de mentir para protegerse.

—Ha sido muy agradable conversar con… —empezó, pero él la interrumpió ofreciéndole el brazo.

—¿Me acompañas a dar un paseo por el jardín? —Le preguntó en voz baja, con la mirada perdida más allá de ella.

Sin saber muy bien lo que hacer, aceptó la invitación y se dejó conducir fuera del salón acristalado en dirección a los jardines. La tarde era muy agradable, y había bastantes invitados paseando entre las plantas por los muchos caminos de tierra. Tabitha no tenía la menor idea de hacia dónde la estaba llevando. Había pensado que quería estar cerca de su madre, sin embargo avanzaba en la dirección opuesta. En un momento dado se fijó en que volvía los ojos hacia la puerta. Siguió su mirada y vio a *lady* Banon, que los miraba fijamente a ambos. Tabitha casi pudo sentir sus ojos llameantes.

¿Acaso de estaba escondiendo de la mujer dragón? ¿De verdad era tan complicado ponerla en su lugar?

Permanecieron de pie y en silencio durante un buen rato, observando a los invitados, y el duque dando sorbos a su copa de champán. En un momento dado la dejó sobre una mesa auxiliar y, sin previo aviso, la volvió a tomar del brazo y la condujo a una zona umbría y oculta a todas las miradas.

—Perdóneme —dijo por fin tras detenerse—. Necesitaba estar un momento completamente a solas con usted, y no se me ha ocurrido otra forma de lograrlo. Sé que ya se lo he preguntado antes, pero… ¿usted y yo nos conocemos?

El corazón de Tabitha se aceleró.

—No se me ocurre cómo podríamos… —dijo. Él la miraba

fijamente, como si así pudiera obtener alguna pista, pero finalmente suspiró con gesto de resignación.

—Es usted muy revitalizante, señorita Kenmore —dijo de repente—. Llevo todo el día buscando estar con usted, pero no estoy muy seguro de porqué. Y es que no sé qué pensar, no le tomo el punto. A veces está silenciosa, pero inmediatamente después expresa con toda rotundidad sus pensamientos y opiniones. No sé quién es usted, y me da la impresión de que está escondiendo algo. Es usted muy cautelosa. ¿Por qué?

La miró y fue como si el aire se detuviera. Dio un trago a la bebida que llevaba en la mano para romper el hechizo.

—No, no soy cautelosa, o al menos no más que usted, o que el resto de las personas que conozco —dijo mirando al suelo, intentando ser críptica pero a la vez sincera. Estaba jugando un juego bastante complicado, y le preocupaba no acertar con los movimientos.

—¿Quién es usted?

Alzó la mirada y la fijó en sus ojos, pensando que se había acabado el engaño. ¿Tendría algún problema por ello? ¿Y la señora McEwan? Sus intenciones eran buenas, se recordó a sí misma. Si su madrastra no interfería, las consecuencias no serían demasiado graves. Seguro que podría salir de esta de forma rápida y limpia.

—Soy Tabitha —dijo, agarrándose de nuevo a una parte de la verdad—. ¿Y usted?

La devolución de la pregunta desencadenó una amplia sonrisa en el duque, que la pilló tan de sorpresa que hasta sintió mariposas en el estómago.

—Nicholas —respondió sin perder la sonrisa—. Odio aburrirme. Me encanta el mar. No me gusta nada el mazapán, y estar cerca de todos estos extraños me provoca ansiedad.

Tabitha paseó la mirada por los jardines, absolutamente abarrotados de invitados paseando y charlando. Aunque, al prestar algo más de atención, se dio cuenta de que la mayoría estaban más atentos a quién hablaba con quién que a sus propias conversaciones.

Le dirigió una sonrisa tímida.

—Me gusta tener un objetivo. Me encanta la moda, y las plantas. Y adoro el mazapán.

—¿Está interesada en Alexander? ¿Le hace la corte?

La pregunta la dejó de piedra, tanto que pestañeó. ¿Alexander? Lo había olvidado por completo durante los últimos minutos.

—No, nada de eso —contestó.

—¿Podría ocurrir eso en el futuro próximo? —insistió él.

—No —repitió con rotundidad. Su posición social estaba muy por debajo de la de Alexander. Además, pensaba en él como en un amigo de cuya compañía disfrutaba mucho. Era atractivo, pero ella no se sentía atraída por él—. Somos primos… y amigos.

El duque soltó un suspiro y asintió levemente para sí.

—Muy bien —murmuró, lo que hizo que ella lo mirara de nuevo a los ojos. Y una vez más, su mirada era muy intensa. No dijo nada, se limitó a recorrer su cara con los ojos, para terminar fijándolos en la boca. Tabitha estaba fascinada por el brillo de sus ojos color avellana, y el corazón volvió a brincar en su pecho.

Nicholas se detuvo un momento, como si no estuviera del todo seguro de lo que iba a hacer, pero entonces, antes de que ella pudiera hacer ni pensar nada más, puso los labios sobre los de Tabitha y le rodeó la espalda con los brazos. La joven quedó atrapada en él, perdida en su abrazo.

Conforme su abrazo se iba haciendo más intenso, ella deslizó las manos por su pecho hasta posarlas en su cuello. Tabitha llevaba muchos años imaginándose cómo sería estar en los brazos de un hombre, notar sus labios pegados a los de ella, recibir sus caricias como si no hubiera nada ni nadie más en todo el mundo.

Pero ni en el mejor de sus sueños pudo pensar que fuera a ser tan magnífico.

Se olvidó de todo: de que procedía de un lugar en el que se la trataba mucho peor que si fuera una empleada, de que había perdido prácticamente todo lo que amaba en la vida, de que estaba en casa del duque apoyada en una mentira… y de que el hombre en cuyos brazos estaba era el propio duque.

Solo podía pensar en él como hombre. Un hombre que la veía como una mujer muy superior a la que era en realidad. No pudo evitar apoyarse en él, sostenerse en la fuerza y sustento de su cuerpo duro y delgado, pegado a sus suaves curvas. Finalmente, entendió lo que era querer estar con una persona como ahora deseaba estar con Nicholas. ¿Cuánto duraría ese momento? ¿A qué conduciría? ¿Podría…?

—Nicholas, querido, ¿dónde estás? —Una voz femenina lo llamó desde el otro lado de la espesura, rompiendo el hechizo y separándolos abruptamente—. Necesito tu ayuda para contestar una pregunta del almirante.

Era su madre. La atractiva cara del duque dibujó un gesto de pesar, cerrando los ojos y frotando la frente contra la de Tabitha. Cuando volvió a abrirlos, su mirada era ardiente.

—Nuestra… conversación no ha terminado ni mucho menos, señorita Kenmore —dijo en un susurro, al tiempo que le apretaba la mano. El contacto provocó una descarga por todo el brazo—. No se vaya…

Se marchó de inmediato, y Tabitha hizo un enorme esfuerzo para recuperar el aliento. ¿Qué había sucedido? ¿De verdad iba a seguir adelante con esa… conversación tan personal, con ese beso? El solo hecho de pensar en ello era una locura. Mientras permanecía allí de pie preguntándose como iba a poder salir de semejante embrollo, vio llegar a Anita casi corriendo, con las mejillas enrojecidas y los ojos muy abiertos.

—¡Aquí está, señorita, por fin la encuentro! —resopló, y le hizo gestos para que la siguiera—. ¡Rápido, rápido!

Tabitha hizo lo que pudo para mantener el ritmo de la criada, siguiéndola hasta una entrada lateral de la casa y después por pasillos hasta la cocina. Allí la esperaban la señora McEwan y Alexander, y ninguno de los dos parecía demasiado contento.

—¿Qué ocurre? —preguntó nada más entrar.

—Tenemos que sacarte de aquí —dijo Alexander en voz baja—. Han habido muchas preguntas acerca de ti y tu procedencia.

Tabitha tragó saliva.

—Sabíamos que era una situación bastante arriesgada, y por lo que me cuenta Alexander, ha hecho usted un trabajo fantástico, señorita Blackmore —dijo Lorna tomándole las manos—. Pero para evitarnos problemas y complicaciones, tenemos que enviarla a casa ya, inmediatamente. Alexander informará de que su madre la ha llamado debido a alguna emergencia. Que ha regresado de su viaje antes de tiempo y que requiere su presencia de forma inmediata. Es un chico inteligente, lo hará bien.

—¿Y qué pasará con la duquesa?

—Alexander estará al quite. Además, la fiesta casi ha terminado.

Tabitha asintió sin decir nada. Tenían razón. Marcharse sin decirle nada al duque era lo mejor que podía hacer. ¿Qué haría al descubrir que era la hija de un *baronet* sin la más mínima fortuna? En caso de que se descubriera el engaño, sería el hazmerreír de la alta sociedad durante bastante tiempo. Por lo que respectaba a la señora McEwan, seguro que la cosa le acarrearía muchos problemas también.

—Anita ha recogido todas tus cosas y hay un carruaje esperando en la zona oeste de la casa. —La señora McEwan le dio un fuerte y cálido abrazo—. Has hecho un trabajo maravilloso, niña. Nos habría gustado que te hubieras podido quedar mucho más tiempo.

Alexander extendió la mano en dirección a ella.

—Sería un verdadero honor para mí tener en la familia una mujer como tú, Tabitha —dijo apretándole la mano y besándosela suavemente—. Que tengas una buena vida. Quizá nuestros caminos se vuelvan a cruzar algún día.

Sonrió haciendo un gran esfuerzo por parecer más alegre de lo que en realidad estaba.

—Me gustaría mucho, Alexander, aunque dudo de que tal cosa pueda ocurrir —dijo—. No te metas en líos.

Se dio la vuelta y siguió a Anita por los pasillos de la zona de servicio hasta salir por la parte trasera de la casa. Se subió al carruaje inmediatamente, la puerta se cerró tras ella y se alejó casi al galope de los caballos de la mansión Fairchild y del duque de Stowe.

Con el corazón encogido, no podía dejar de pensar que este era el mayor error que había cometido en toda su vida.

Capítulo 11

Nicholas procuró dejar la conversación con al almirante y su madre lo más rápido que pudo, pues estaba deseando volver con la señorita Kenmore. Sonrió para sí al rodear el recodo que conducía al umbrío rincón en el que habían estado. ¡Por fin! Una mujer con alma e inteligencia, que era capaz de hacerle reír y que sabía perfectamente cómo expresar lo que pensaba.

Sin olvidar el hecho de que era deslumbrante. La cara, formando un óvalo perfecto, era cautivadora, y el sencillo vestido que se había puesto enmarcaba una figura pequeña aunque recia y con las curvas adecuadas. Llevaba un lazo en la cintura que amplificaba el vuelo de las caderas, unas caderas que ansiaba sentir bajo las de él. La forma en que le devolvía las miradas con esos ojos violetas suyos era subyugante. Además, no coqueteaba, no hacía caídas de ojos. Solo miraba de frente y con intensidad.

El beso había sido glorioso, algo con lo que no habría podido ni soñar. Una extraña y contradictoria mezcla de inocencia y pasión que prometía lo mucho que quedaba por llegar.

No podía esperar, deseaba con todas sus fuerzas continuar con la «conversación», averiguar hasta dónde podía llegar la exploración. Llegó al sitio exacto en el que habían estado y se paró en seco, mirando a su alrededor confundido y sorprendido por no verla. Al cabo de solo unos minutos se había esfumado, desaparecido por completo. Quizás había ido a por algún refresco, o había empezado a hablar con otro invitado.

Nicholas siguió buscando por los jardines y después volvió dentro. No la vio por ninguna parte. Buscó también en la biblioteca, en la sala de estar, incluso habló con Lorna para que la buscara en su habitación.

El ama de llaves alzó una ceja, sorprendida por su petición, pero de inmediato hizo lo que se le ordenaba.

—Su excelencia, parece que se ha marchado de la fiesta —le dijo al volver.

—¿Qué se ha marchado? —El corazón pareció parársele en el pecho. ¿Por qué la había besado? ¿Se había equivocado al dar por hecho que ella lo deseaba tanto como él?—. ¿Qué quiere decir?

—Pues que parece que ha recibido un aviso de emergencia de su madre —contestó.

El comentario le hizo pensar en lo poco que conocía de esa mujer que le había cautivado así.

—¿Dónde está Alexander?

—Preguntaré, excelencia.

—Por favor, Lorna, cuando lo encuentre dígale que venga a la biblioteca.

Al entrar por la puerta de la habitación, Alexander vio a Nicholas sentado en su atiborrado escritorio, mirando perplejo por la ventana y golpeando el suelo con los pies de pura impaciencia.

—¡Vaya, Alex, por fin! —dijo, y se levantó de inmediato—. Dime, ¿qué ha pasado con tu prima?

—¿Mi prima? —Alexander frunció el entrecejo momentáneamente, hasta caer en la cuenta de a quién se refería—. Claro, dices a la señorita Kenmore. Ha sido requerida para ir a atender a su madre, que ha regresado antes de su viaje a causa de una enfermedad, creo… El caso es que la ha llamado para que acuda inmediatamente. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque la encuentro… de lo más intrigante, y me gustaría saber algo más de ella. ¿Dónde puedo encontrarla? Voy a ir a visitarla mañana mismo.

Sabía que sonaba un tanto desesperado, incluso ridículo, pero no pudo evitarlo. Necesitaba verla, y lo más rápido posible.

Alexander parecía enfadado, y tenía que saber el porqué.

—Pues… no estoy muy seguro de dónde puede estar. Creo que ha salido de Londres para encontrarse con su madre, aunque por mucho que lo intento no soy capaz de recordar a qué sitio —dijo Alexander, pero sonaba a una evasiva—. Creo que su madre tiene casa en Londres, así que irá allí cuando regresen.

—Alex, averigua dónde está, por favor.

—Haré lo que pueda.

Eso no pareció bastarle a Nicholas, que tuvo la sensación, sin saber por qué, de que había gato encerrado en todo esto. Como si fuera…

—Cuéntame cosas sobre ella —preguntó. Alexander reaccionó sorprendido a su demanda, pero como si no le importara demasiado —. ¿Por qué no la he conocido antes? ¿Por qué es tan distinta de todas las demás mujeres de la aristocracia? Es muy refrescante. No solo es honesta y abierta, sino rápida, con chispa; además ha salido en defensa de mi madre, y dos veces, contra *lady* Hester. Le estoy muy agradecido por ello.

Alexander le respondió contándole que Tabitha había viajado mucho de pequeña, así como de su deseo de entrar en contacto con la aristocracia antes de la presentación en sociedad. Explicó que no sabía mucho más de ella, y que él mismo la había conocido hacía poco tiempo.

—Tienes sentimientos hacia ella, ¿verdad? —preguntó Nicholas con el corazón en un puño, ya que nunca le arrebataría a Alexander una mujer que él quisiera, por mucho que lo deseara.

—No, Nicholas —respondió Alexander con una sonrisa sincera —. La señorita Kenmore y yo nos llevamos muy bien, me encantan su compañía y su conversación, pero nuestra relación carece de la chispa que yo considero necesaria para una relación amorosa. ¿Debo asumir que tú sí que sientes esa chispa con la prima Tabitha?

—Sí, así es. Así que no creo que deba preparar su presentación en sociedad ni su temporada de debut. Ayúdame a encontrarla, Alexander.

Capítulo 12

Pese al temor a que se descubriera el engaño, ya desde los primeros días de su vuelta a la rutina habitual la vida continuó tan dura y presionante como siempre. Una semana más tarde, Tabitha había arrinconado en un rincón profundo de su mente todos los recuerdos y reflexiones sobre su breve experiencia.

Y casi lo había logrado. Todo… menos el atractivo rostro del duque, que flotaba en su mente. Menos el recuerdo de sus labios sobre los de ella. Menos la pregunta constante sobre si él en realidad sentía algo por ella o solo jugaba. Sabía que, por mucho que lo intentara con todas sus fuerzas, nunca olvidaría ese momento, y lo veneraría durante el resto de su vida.

Sobre todo porque esa vida incluía la terrible experiencia de soportar a Frances y Ellora.

—Espero que hayas disfrutado del fin de semana —dijo su madrastra con una mirada de desdén—. Porque no va a repetirse hasta dentro de mucho. Tienes demasiado trabajo como para perder el tiempo callejeando con la hija de un marinero.

Tabitha, como siempre, se limitó a asentir sin decir una palabra. Sabía que no debía discutir, y la vida era más fácil cuando funcionaba por su cuenta, fuera del alcance y del conocimiento de Ellora. Era una mujer exigente y controladora, pero también extraordinariamente perezosa, por lo que no comprobaba lo que Tabitha le contaba salvo que de ello se desprendiera algún beneficio económico.

Tabitha pensaba en lo irónico que era el poder decir lo que pensaba a una mujer de la aristocracia y, sin embargo, no poder hablar con su propia madrastra. Por otra parte, hasta que reuniera el dinero suficiente para abrir su propia tienda, necesitaba un techo

para vivir y las modestas ganancias que aportaba la sombrerería. Ese momento ya no estaba tan lejos. Bernard había traído puntualmente el dinero prometido, que incluso resultó ser más del esperado, y Tabitha había empezado a su vez a dar forma a su sueño cada vez que disponía de algo de tiempo.

Dos semanas después de la fiesta de la duquesa viuda, mientras empaquetaba un juego de sombreros que iban a formar parte de una exposición de moda en Rochester, Tabitha hablaba con Tillie. Los trabajos de ambas iban a presentarse conjuntamente. Los diseños de su amiga eran excelentes. Era un momento muy importante para ambas, que habían pasado bastantes noches en blanco preparándolo todo fuera del alcance y del control de Ellora. Esperaba acceder a nuevos clientes y no quería que su madrastra metiera la nariz en el asunto.

Afortunadamente para ella, durante las pasadas dos semanas Frances había recibido un buen número de invitaciones, que habían tenido muy ocupadas a madre e hija entre reparaciones, cotilleos y planes malévolos. Hacía tres semanas, el hijo de un conde había pedido un baile a Frances, y ahora Tabitha tenía que escuchar en las cenas que su hermanastra pronto iba a ser condesa. En cualquier caso, Tabitha no se quejaba, pues eso le permitía permanecer en la sombra una vez que terminaba sus tareas habituales.

—¡Tabitha! —Tillie le dio un golpecito en la cara con los dedos —. No tengo la menor intención de interrumpir tu proceso creativo, líbreme Dios, pero no creo que te sea posible mejorar esa pieza. ¡Está perfecta!

—¿Cómo dices? —Tabitha pestañeó al tiempo que volvía a la realidad— ¡Ah, sí! Claro. Gracias.

Su amiga soltó una carcajada.

—¿Dónde estabas? ¿Junto a un atractivo duque de potente mandíbula y ojos ardientes?

Ella había sentido la necesidad imperiosa de compartir con alguien todo lo que le pasó, y su mejor amiga sentía la necesidad imperiosa de saber qué era lo que había pasado en la mansión Fairchild exactamente, con pelos y señales. Así que Tabitha se lo contó, todo, hasta el último detalle. Incluyendo lo guapo e intenso que resultó ser el duque de Stowe y el hecho casi seguro de que él también sentía algo por Tabitha. Y, para completar el cuadro, Tillie

se sintió la mar de interesada en lo que su amiga contaba acerca de Alexander.

—He visto a lord Rutland desde lejos en dos fiestas —le contó Tillie una mañana mientras tomaban café—. Es un hombre que llama la atención. Además, a mí me entusiasman las pecas. Me preguntó cómo sería besar a un hombre como él.

Tabitha dio un respingo al acordarse de su propio beso, y Tillie la miró fijamente.

—Tus mejillas enrojecidas hablan mucho por ti últimamente, Tabitha —comentó Tillie riendo—. Creo que te he leído la mente, amiga mía…

Tabitha se mordió la lengua intentando contener la sonrisa, pues Tillie ya la había pillado varias veces soñando despierta y acordándose de los juegos florales en el jardín de la mansión. Pero en realidad era una bobada. Apenas conocía al joven. Pero no se lo podía quitar de la cabeza de ninguna manera.

—Tenemos que hacer desaparecer todo esto de la tienda enseguida —dijo Tillie poniéndose de pie, apiadándose de Tabitha y cambiando de tema. Su amiga también se puso de pie.

Hicieron el trasado en el pequeño carruaje de Tille. El cochero les condujo directamente a la tienda de Cheapside. Una vez allí, el dueño se puso a revisar la mercancía artículo por artículo, y se deshizo en elogios para las dos hablando con un cerrado acento francés.

—¡*Magavilloso, queguidas*! —dijo con voz cantarina una vez que hubo revisado todo. Al cabo de poco tiempo ya habían firmado la entrega y regresado al carruaje, de camino al pequeño café y chocolatería que tanto les gustaba para celebrar el éxito.

Cuando iban a pagar las pastas, el té y los chocolates, Tillie soltó un grito y empezó a buscar desesperadamente entre los pliegues de las faldas.

—¡Mi bolso! —gritó—. Tenía todo mi dinero en él. Me lo he debido de olvidar en el mostrador de Rochester's.

Tabitha, que ya había abonado su cuenta y sostenía como podía la taza de chocolate y las pastas, miró a su amiga sin saber qué hacer.

—Quédate aquí —indicó Tillie—. Le diré a Jennings que vuelva a llevarme a la tienda y después venderemos a recogerte. Merienda

tranquilamente.

—¿Estás segura? —preguntó Tabitha mirando alrededor. El café estaba lleno de gente.

—Claro que sí —respondió Tillie sonriendo mientras salía—. Volveré en menos de media hora.

Se marchó casi corriendo, y Tabitha se quedó sola.

Logró encontrar una mesa pequeña, se sentó y comió despacio, preguntándose cómo iba a ser capaz de terminar el siguiente grupo de pedidos que le esperaba en la mesa de trabajo. Se había quedado sin cinta dorada, que en esa época del año era la más demandada. Igual debía ir a la fábrica a comprar antes de regresar a casa…

Se abrió la puerta de la cafetería y escuchó una familiar voz de barítono, que recorrió todo el camino hasta su mesa, como si la buscara.

—Te esperaré aquí mientras buscas otro.

Los nervios de Tabitha se encendieron. Miró a su alrededor buscando una salida al tiempo que el dueño de la voz, Nicholas Fairchild, doblaba la esquina y entraba en la zona de la tienda en la que los clientes se sentaban a degustar sus consumiciones. Estaba atrapada, la única salida era exactamente por donde estaba él. Afortunadamente, ella estaba en una mesa de la parte posterior, cerca de una ventana.

Movió la silla para estar de espaldas a la entrada e hizo lo que pudo para fingir que estaba ocupada, desinteresada de todo lo que ocurría a su alrededor. Estaba casi de espaldas a él, y era muy improbable que pudiera reconocerla desde esa perspectiva, dado el escaso tiempo que habían pasado juntos, y además de eso ya hacía unas semanas. Ella recordaba perfectamente cada detalle de su cara, pero para él sería completamente distinto, con los cientos de jóvenes guapas, aristócratas y casaderas que sin duda alguna pululaban a su alrededor en los actos sociales. Pese a lo mucho que deseaba hablar con él, de hacerlo no le gustaría seguir mintiéndole, pero tampoco la verdad era una opción. Él era aristócrata, un duque nada menos, y ella una sombrerera. No podía haber nada entre ellos, y no podía mentirle a él ni a sí misma pensando que sí.

Sin embargo, le dolía el corazón por las ganas de verle.

Deseaba con todas sus fuerzas volverse y llamarlo, decirle que no quiso marcharse de su lado aquella tarde, pero que la situación

lo requería y no había alternativa.

Si no fuera duque, sino un hombre corriente… Eso lo cambiaría todo.

Le escuchó pedir su consumición, y también el sonido recio de sus pisadas mientras se acercaba a la zona de mesas. Notó cómo se le encendían las mejillas al notar que se detenía, sin tener ni idea de dónde.

¿Habría escogido una mesa cercana a la de ella? ¿Habría renunciado a sentarse porque había demasiada gente? Con lo fácil que hubiera sido para él esperar fuera a la persona que lo acompañaba…

¿Con quién estaba? ¿Estaba cortejando a otra mujer? ¿Tan rápido habría empezado a hacerlo? Pero de haberlo hecho, tampoco podía reprochárselo; no obstante, la sola idea le hacía muchísimo daño.

No escuchó el movimiento de ninguna silla, ni tampoco más pasos; dejó escapar el aliento, que no se había dado cuenta que había contenido, y por fin se relajó y mordisqueó una de sus pastas.

Y en el instante siguiente notó que un cuerpo grande y fuerte estaba justo a su lado. Agarró una silla cercana y se sentó junto a ella.

Cerró los ojos con fuerza. Estaba atrapada, como un conejillo asustado en una esquina… de una chocolatería.

—Eras tú… —dijo él, y Tabitha se arriesgó a abrir los ojos y mirarlo con el rabillo. Tenía cara de asombro, con los ojos muy abiertos, y de repente supo a qué se estaba refiriendo. Finalmente la había reconocido en su totalidad: no solo como a la señorita Kenmore, sino también a la joven del mercado—. Aquí la tenemos, la joven fantasma vivita y coleando.

Tabitha se atrevió a echarle otra mirada, pero se arrepintió de inmediato. La lluvia había arrastrado a la frente algunos mechones de pelo, generalmente muy bien peinado. Parecía confundido, y no obstante perfecto en su masculinidad arrolladora. Su corazón traidor empezó a palpitar con fuerza de pura ansia ante su apabullante cercanía.

No vestía con tanta elegancia como en la fiesta, y se preguntó si sus visitas a Cheapside serían más habituales de lo normal.

—Su excelencia —acertó a decir con la voz rota—. Qué…

sorpresa verlo por aquí.

Rio irónicamente.

—Señorita Kenmore —dijo, y la sorprendió con un gesto que parecía denotar alivio, cuando lo que ella habría esperado era, como poco, enfado—. Yo sí que estoy muy sorprendido de verla, sobre todo porque prácticamente dejó de existir en cuando yo me volví.

Abrió la boca para contestar, pero la cerró de nuevo. Estaba perdida, no sabía qué decir. ¿No estaba enfadado porque le había mentido? ¿Por qué no le había dicho que no era más que la hija de un comerciante de Cheapside?

—Lo siento mucho… siento todo lo que pasó —consiguió decir —. Tan pronto como se alejó usted aquella tarde, una de las criadas vino corriendo. Había surgido una emergencia, y no tuve más remedio que irme y dejar la fiesta. Era imperativo.

Asintió y dio un sorbo a su taza, sin dejar de mirarla. ¿Acaso mentía tan mal? ¿Le podía leer el pensamiento con tanta facilidad?

—¿Se han solucionado los problemas de su madre?

Tabitha no sabía qué pensar de ese hombre. ¿Se creía sus mentiras o estaba jugando con ella? No podía recordar qué explicación le había dado respecto a su madre imaginaria. En cualquier caso, la situación era desastrosa, y estaba deseando filtrarse entre los listones de madera del suelo y desaparecer.

—Todo está… como debe estar, sí —dijo finalmente—. Muchas gracias. ¿Cómo está usted… su excelencia, perdón? ¿Y su excelencia la duquesa?

Desde que se marchó de la fiesta había pensado varias veces en la duquesa, y con cierta preocupación. ¿Qué habría pensado de ella, o más bien de la señorita Kenmore, que había pasado de aspirar a ser su dama de compañía a desaparecer sin despedirse siquiera?

Nicholas la miró durante varios segundos con cara de auténtico desconcierto.

—Mi madre está bien, gracias —dijo—. Y, así de repente, yo también me encuentro muchísimo mejor. ¿Qué ha estado haciendo durante estas últimas semanas? No sé por qué me da la impresión de que no es usted de las que se pasan el día adornando sus vestidos ni mejorando sus habilidades sociales en salones aburridos. ¿Dónde ha estado?

¿Encerrada en el taller de costura? ¿Adornando sombreros, y también algunos vestidos, con rollos y rollos de cinta y terciopelo?

—La verdad es que durante estas semanas no he hecho nada que pudiera considerarse excitante —dijo—. Vivir, sin más. ¿Y usted? Cuénteme, ¿qué hace un duque durante su tiempo libre?

Nicholas rio y adoptó una postura relajada, lo que contribuyó también a que Tabitha se tranquilizara.

—Pues parece que hago más o menos lo mismo que usted, es decir, acercarme a Cheapside, donde lo más probable es que no me encuentre gente de la aristocracia, un lugar en el que podamos ser simplemente Nicholas y Tabitha. Cuando nos presentaron en mi casa tuve toda la impresión de que la conocía. De haber sabido que le pasaba lo mismo a usted, hubiéramos tenido mucho más de lo que hablar.

De repente, todo encajaba. Cuando iba a pasear por otras zonas de Londres ocultaba su identidad, y pensaba que ella hacía lo mismo. No sospechaba que fuera otra persona porque, simplemente, no podía imaginar que una persona como ella pudiera o quisiera hacerse pasar por una aristócrata como él.

Tabitha dio por hecho que, después de esa mañana, no volvería a verle nunca. Así que no había nada que le impidiera disfrutar del regalo de pasar otro rato con él.

Empezaron a hablar de libros y de música. Lo que les gustaba y lo que no. Lo que opinaban de los cantantes que iban a actuar en el pabellón de Chelsea, al que Tabitha solía acudir con Tillie cuando podía. Coincidieron en que el espectáculo de la soprano iba a merecer la pena, pero no tanto el de la orquesta de cámara. Se fueron acercando físicamente conforme la conversación progresaba de forma fácil y agradable, y se apoderó de ambos cierta tensión física, causada por el deseo de estar aún más cerca el uno del otro.

Nicholas juntó su pierna con la de ella, que no solo lo permitió, sino que adoptó una postura que permitía más y mejor contacto. Al mismo tiempo, el joven fue deslizando la mano, primero rozando la de ella, después cubriéndosela poco a poco y finalmente tomándosela. Ella la puso con la palma hacia arriba, y cuando le enlazó los dedos se alegró de que las mujeres de su clase no vistieran guantes, ya que así podía sentir cada centímetro de su piel, y ese contacto enviaba sensaciones que llegaban a todas las partes

de su cuerpo.

La campana que indicaba la entrada de alguien en el establecimiento sonó de nuevo, y Tabitha se sorprendió al ver de nuevo a Jennings, el mozo de cuadra y cochero de Tillie, que había entrado para avisarla. Se levantó de repente, sorprendiendo al duque, que hizo lo propio.

—Ha sido un auténtico placer volver a verle, excelencia —dijo apresuradamente mientras avanzaba hacia la puerta—. Pero, sintiéndolo mucho, debo marcharme ya.

Le vio dar un paso adelante con un profundo desconcierto reflejado en la cara. Tabitha se volvió y llegó rápidamente hasta donde estaba Jennings, al que agarró del brazo y lo empujó hacia la puerta.

—¡Por favor, deprisa! —susurró mientras avanzaban hasta el callejón donde esperaba el carruaje—. No quiero que nos siga.

Jennings, obviamente, malinterpretó la situación, seguramente pensando que el duque le había hecho una proposición deshonesta, pero por fortuna hizo lo que le pidió y, casi inmediatamente, vio a Tillie de pie junto al carruaje. Su amiga se dio cuenta enseguida de que algo pasaba al ver la expresión de Tabitha, y solo cuando le indicó con un urgente gesto de la mano que se metiera en el coche fue capaz de reaccionar.

Solo cuando Tabitha se hubo metido como una tromba en el interior del carruaje y Jennings hubo cerrado la puerta con un fuerte golpe fue capaz de exhalar un suspiro de alivio.

—¡En el nombre del Cielo, Tabitha Blackmore! ¿Se puede saber qué diablos ha pasado? —preguntó Tillie una vez que el carruaje se puso en marcha a toda prisa—. ¿Es que has robado chocolate en la tienda?

Tabitha miró subrepticiamente por la ventanilla sin hacer caso de la pregunta y vio al duque en el callejón, destacando sobre el resto de la gente y mirando frenéticamente a todos lados.

—¿Pero qué has hecho? —insistió Tillie susurrando y mirando a su vez por la ventanilla del carruaje—. ¡Es él!, ¿verdad? Es Nicholas Fairchild…

Como si le hubiera llegado el susurro de su nombre, dirigió la mirada en dirección a ellas durante un instante, encontrando los ojos de Tabitha, que dio un respingo hacia atrás. Corrió la cortinilla

y respiró hondo llevándose la mano al corazón.

—¡Oh, querida! —dijo Tillie con tono de broma—. ¿Se puede saber qué has hecho ahora?

A Tabitha le costó un momento recuperar el habla.

—Acabo de enamorarme.

Tillie sonrió burlonamente y se echó hacia atrás en el asiento, con la típica expresión autocomplaciente y de «ya te lo decía yo».

Capítulo 13

Unos días después, Tabitha aún estaba embelesada debido al encuentro inesperado con el duque, e intentaba recordar todas y cada una de las palabras que habían pronunciado durante su conversación para atesorarlas en su memoria. Y es que sabía que lo más probable era que no le volviera a ver nunca. Trataba de considerar que el tiempo que habían pasado juntos había sido un regalo, para así librarse de la pena que la acuciaba al pensar en una vida sin él.

Iba de camino a Pembroke Street llevando en las manos tres cajas con sombreritos de tarde para la esposa y las hijas de un comerciante de telas y de vajillas de porcelana fina. Celebraban una fiesta dentro de dos días. Tuvo que trabajar a toda velocidad, pero la retribución iba a ser excelente, así que la entrega a domicilio estaba justificada.

Llevaba la cabeza baja, y solo la levantó cuando escuchó una voz que juraría que era esa tan familiar para ella, una vez más.

—¡No! —susurró para sí misma—. Ahora no, ahora no, ahora no.

Se atrevió a echar una mirada entre las cajas y vio que, sin ningún género de dudas, se trataba del duque de Stowe, que avanzaba en dirección a ella acompañado de otro hombre. Presa del pánico, se escondió a toda prisa en un callejón entre dos edificios, colocando las cajas de sombreros delante de la cara para que no la reconociera. Esperó hasta dejar de escuchar su voz, salió del callejón con muchas precauciones y se asomó. Despejado. Moviéndose todo lo deprisa que pudo, dado que el duque estaba en los alrededores, Tabitha entregó la mercancía y no se quedó a tomar el té que amablemente le ofreció la dueña de la casa.

—Muchas gracias —contestó con amabilidad—, pero debo regresar a casa, de verdad. Tengo que volver lo antes posible.

La dama entendió y la despidió encantada con sus adquisiciones. Tabitha emprendió el regreso a casa mirando hacia atrás cada dos por tres, rezando porque el duque y el peligro de que la viera no volviera a aparecer.

Pero resultó que el peligro la esperaba a la vuelta de una esquina, y se tropezó con su amplio y potente pecho sin poder evitarlo.

Prácticamente se dio de bruces con el mismísimo Nicholas Fairchild, a quien con tantísimo empeño pretendía evitar.

—¡Qué mala suerte! —dijo para sí misma mientras se recolocaba el sombrero e intentaba disimular el inmenso gozo de volver a verlo, pese a todo.

—¡Te he encontrado! —exclamó incrédulamente Nicholas negando con la cabeza y estirando los brazos para ayudarla a ponerse derecha—. Parece como si estuviéramos predestinados, ¿no crees? La semana pasada saliste casi corriendo sin dejarme una dirección en la que poder encontrarte. Debes creerme si te digo que desde entonces no he dejado de recorrer cada espacio de este condenado barrio con la esperanza de tropezarme contigo… ¡y literalmente, eso es lo que ha pasado!

Rio débilmente y no pudo separar los ojos de su cara iluminada por el sol.

—Sí —musitó—. Qué casualidad.

—Estaba buscándote con un amigo —dijo agitando la mano sin señalar ningún punto concreto—. Es Conrad, el panadero. ¿Lo conoces?

—Sí —contestó sorprendida. ¿Quién no conocía a Conrad?

—Si hubiera podido describirte mejor… —se lamentó Nicholas apretando los dientes—. No tiene ni idea de quién es la aristócrata que oculta su identidad para pasear por el mercado de Cheapside.

Tabitha sonrió mínimamente.

Nicholas miró a su alrededor, como si estuviera buscando a alguien.

—¿Dónde está tu mozo de cuadra?

—Pues no sé… quiero decir… —dijo vacilante—. Teníamos que encontrarnos, pero creo que lo he perdido.

—¿E ibas a regresar a casa sola? Por cierto, ¿dónde está tu casa? Creía que estabas con Alexander, pero resulta que ese estúpido de mi primo parece haberlo olvidado todo acerca de ti. Me dijo que tu madre prácticamente te había raptado para que la acompañaras en su viaje, pero resulta que sigues aquí.

Se quedó lívida.

—No —dijo rápidamente—. Sí. No. Quiero decir… mi madre sigue en Londres mientras recupera la salud. Hemos alquilado unas habitaciones. Iba a encontrarme con mi amiga, que vive en Rochester's una vez que terminara el recado, y es lo que voy a hacer. Ir allí. Andando.

Cerró los ojos tras pronunciar esa sarta de incongruencias. ¿Cómo era posible que se volviera una estúpida balbuceante en presencia de este hombre? Todavía estaban tan cerca que podrían tocarse extendiendo mínimamente un brazo, así que dio un paso atrás para mantener la distancia socialmente apropiada. La gente empezaba a fijarse en ellos, puesto que estaban dificultando el paso a los transeúntes al estar parados.

—Si no podemos encontrar a tu cochero, ¿me permites que te acompañe a la tienda? —Le ofreció el brazo y ella dudó. Lo que tenía que intentar hacer era escabullirse entre la multitud, pero lo que su corazón y su alma le pedían era permitirse la compañía de este hombre encantador al menos unos momentos más. Además, podría aprovechar para inventarse una historia que le convenciera de que no debía seguir buscándola como lo había hecho esos días.

Hizo un esfuerzo sobrehumano para no reaccionar a la calidez de su contacto, a la potencia de su musculatura obvia y rotunda pese a las mangas de la levita y la camisa. ¿Es que un hombre podía ser absolutamente perfecto? Suponía que no, pero Nicholas era perfecto para ella, de eso estaba segura. Estuvo a punto de llorar al pensar en ello.

Anduvieron hasta su carruaje y Nicholas la ayudó a entrar. Se sentó frente a ella e, inmediatamente, el cochero azuzó a los caballos para que se pusieran en marcha en dirección al distrito comercial de la ciudad. Sabía que la posibilidad de que Tillie estuviera en ese momento en Rochester's

era escasa, pero había más posibilidades de despedirse de él allí que en medio de la calle en la que no tenía ninguna compañía.

La mirada del duque no se apartaba de ella en ningún momento mientras avanzaba el carruaje. Tanto, que hasta tuvo que parpadear.

—¿Qué ocurre? —preguntó, mientras comprobaba si tenía algo en el pelo o en la ropa: una pluma o un trozo de cinta con los que trabajaba habitualmente.

—Me tienes hechizado —contestó él en voz baja. Bajó la mirada para posarla en sus manos—. No puedo decir por qué, pero siempre estoy pensando en cuando voy a volver a tener la suerte de que nos encontremos de nuevo. Pero siempre desapareces, una y otra vez, pero mantengo la esperanza de volver a estar contigo. ¿Por qué me ocurre eso?

A Tabitha le pareció como si todo el aire de la cabina del carruaje se esfumara, pues se quedó sin respiración. Y es que Nicholas estaba diciendo exactamente lo que ella sentía: deseaba estar en un mundo ideal y perfecto, en el que el duque y ella pertenecieran a la misma clase social y pudieran desarrollar sin dificultades la fascinación y la pasión que sentían el uno por el otro.

—Mi madre va a ofrecer un baile de máscaras —dijo Nicholas rompiendo un silencio que a Tabitha le pareció eterno—. Quiero que vengas. No pienso en otra cosa que en volver a verte. Continuamente. ¿Vendrás?

Tabitha lo miró a la cara. Le brillaban los ojos y sus carnosos labios estaban entreabiertos, como si contuviera el aliento esperando su respuesta. Ahora entendía por qué mujeres como Sabine hacían todo lo que podían para intentar estar cerca de este hombre y conquistarlo, incluyendo intrigas e insinuaciones. En todo caso, a ella le atraía su persona, no el título que ostentaba. De hecho, hasta preferiría que fuera un plebeyo como ella, alguien con quien tuviera la oportunidad de buscar la felicidad sin cortapisas sociales.

—No estoy segura de… —empezó a decir, pero él le puso el dedo índice sobre los labios, deteniendo tanto sus palabras como su corazón.

—Por favor, Tabitha —dijo en voz baja—. No soy un hombre muy dado a suplicar, pero tengo que decirte que llevo años

buscando una mujer como tú, y no solo en Inglaterra, sino también en otros países. Ven, por favor. Lleva máscara. Puedes esconderte de lo que sea que esté huyendo. Pero ven, debes venir.

Respiró hondo sin dejar de mirarlo en ningún momento. Todo lo que se le venía a la cabeza llevaba a contestar que no. Decir que no los mantendría a salvo a ambos: a ella de disgustos y a él del escándalo social. El que accediera a acudir solo podría servir para darle la oportunidad de no volver a buscarla nunca.

Tenía que decir que no. No podía ser de otra manera.

—Sí —susurró, y él retiró inmediatamente el dedo de sus labios —. Iré.

Sacó del bolsillo interior de la levita lo que parecía ser un trozo de papel de calidad y lo colocó en el asiento junto a ella. Tabitha iba a mirar que era pero él se inclinó hacia adelante, invadiendo su espacio con su presencia, su aroma, su calor, sus intenciones.

Estaba tan cerca que hasta podía sentir la calidez de sus labios, que se irradiaba hacia los de ella, pero esta vez no la besó. Era como si estuviera esperando que fuera ella la que decidiera si llevar adelante su relación o no. Y, una vez más, se desató la batalla entre lo que le decía la mente que era lo lógico y adecuado y lo que clamaba el corazón. Tenía que retirarse, agradecerle la invitación y seguir su camino. Pero el deseo de su corazón era demasiado intenso como para hacerle caso a su mente y rechazarlo.

Sin pensárselo dos veces, cedió a la urgencia y le besó, esperando que no malinterpretara sus intenciones. Nicholas inhaló de repente y a ella le entró el pánico por un momento, pensando que quizá había malinterpretado por completo la situación. No debería haberlo…

Interrumpió sus pensamientos con un repentino toque de la lengua en los labios, y la sensación le llegó directa al corazón. Fue algo eléctrico, completamente distinto a nada que hubiera sentido antes en su vida. E inmediatamente quiso más, le pidió más, le exigió más…

El duque introdujo los dedos entre el pelo de la nuca y la empujó suavemente hacia él. Al mismo tiempo, separó la lengua de sus labios y la introdujo en su boca. No pudo evitar emitir un gemido, ni tampoco experimentar la sensación de que se estaba ahogando y de que él era lo único a lo que podía agarrarse para

mantenerse a flote.

Él la dirigía y ella se dejaba llevar sin reparos, llena de felicidad. Su cuerpo, su mente y su alma eran un hervidero de sensaciones, nunca había experimentado nada que se pareciera a esto, y eso que solo se trataba de un beso. Casi le asustaba lo que podría haber más allá…

Asaltó su lengua y, una vez acostumbrada a ello, respondió lo mejor que supo, pidiéndole más e impidiéndole que terminara.

Era embriagador. Se estaba atontando, y cuando el carruaje se detuvo de repente haciendo que cayera sobre él, se separó inmediatamente y vio que Nicholas parecía igual de aturdido que ella.

—Tus secretos corren peligro —susurró sin dejar de mirarla a los ojos—. Voy a saberlo todo sobre ti, y cada parte va a ser mía.

Negó mínimamente con la cabeza antes de separarse de él y volver a su asiento, solo unos segundos antes de que el cochero abriera la puerta para que bajara del carruaje.

—Nos vemos dentro de tres días, Tabitha —dijo él crípticamente y asintiendo—. Y después, nos veremos muchas veces más.

Lo dudaba mucho, pero de todas formas hizo un gesto de despedida con la mano antes de bajar del carruaje y dirigirse a la tienda. Esperó hasta que estuvo bastante lejos y después aprovechó la oportunidad para observar las reacciones de la gente que miraba el escaparate en el que se mostraban los vestidos y sombreros que Tillie y ella habían diseñado y realizado.

—Me gusta ese, mamá. Lo quiero. —Tuvo muy claro que esa voz nasal y afectada era la de su hermanastra Frances, y se refería a un vestido expuesto en la zona más alejada del escaparate. Era lo que faltaba para que la nube de ensueño en la que estaba tras lo sucedido en el carruaje se disipara del todo. La dura realidad se mostraba en toda su crudeza. Se quedó lívida y retrocedió hacia la puerta, intentando desesperadamente evitar que Ellora la viera.

—No voy a ir al baile de disfraces de la duquesa de Stowe con un vestido que haya llevado antes —dijo Frances en un tono muy agudo—. Me niego. Necesito un vestido nuevo, y me da igual cómo lo vayamos a conseguir.

El empleado habló con ella en voz baja y tranquila, y Tabitha se atrevió a echar un vistazo para ver a Frances pataleando en medio

de una de sus incontrolables rabietas. Se le cayó el alma a los pies. ¿De verdad habían recibido una invitación para el baile al que ella también iba a acudir? Tanteó la invitación con la mano. Sería arriesgadísimo ir a la mascarada sabiendo que su madrastra y su hermanastra también irían, pero la posibilidad de no hacerlo era devastadora.

Apretó la invitación contra el pecho y se alejó de la tienda a toda velocidad. La posibilidad de que Ellora y Frances la vieran la aterrorizaba aún más que volver a ver a Nicholas. Las primeras veces que lo había visto le habían dejado mucha huella. Y esa lección acelerada de cómo besar que había recibido hacía un momento no se le olvidaría en la vida.

Ansiaba más. Muchísimo más.

Tabitha se dirigió a casa a toda velocidad, esperando llegar mucho antes que su familia para que le diera tiempo para poner fuera de su alcance la invitación. Pensó también en cómo se las iba a apañar para conseguir un vestido adecuado en tan poco tiempo. Necesitaba un milagro.

Capítulo 14

La respuesta llegó dos días después, cuando Tillie y ella estaban en el taller de trabajo de la tienda discutiendo sobre si la idea de ir al baile era o no una locura.

—Correré mucho riesgo —repitió Tabitha en tono quejumbroso y por cuarta vez—. Va a descubrir que no soy nadie y se va a sentir traicionado.

—¿Cómo que no eres nadie? —insistió Tillie—. Eres hija de un *baronet*, para empezar; pero lo más importante es que está interesado en ti por tu persona, no por tu posición social.

—¿Y si me descubre Frances, o peor aún, Ellora? Eso sería un desastre, además, el negocio se iría al garete, ahora que me falta muy poco dinero para poder poner mi propia tienda.

—Te preocupas demasiado —dijo Tillie moviendo la mano tranquilizadoramente, al tiempo que fijaba la vista en el esquema que tenía delante. Suspiró dramáticamente—. No puedo hacerlo. ¡No soy capaz de seguir este dibujo!

Arrugó el papel y lo lanzó a la papelera.

—¿Cuándo vamos a ir a Rochester's a escoger tu vestido? —volvió a presionar a Tabitha, que se limitó a negar con la cabeza.

—Creo que voy a tener que empezar a asumir que tal cosa no va a pasar —dijo resignadamente—. No se trata solo del riesgo que supone: la cosa es que no tengo dinero para comprarme un vestido nuevo, al menos si quiero que mi sueño profesional se cumpla. Y la sola idea de no poder marcharme de aquí… en fin, sería lo peor.

—Es una pena que no tenga ningún vestido nuevo que pueda prestarte —comentó Tillie sin hacer caso de las protestas de su amiga. El último diseño que mandé a

Forester's
es de hace dos semanas. Me habría encantado que llevaras una de mis nuevas creaciones cunado el duque se declare a su misterioso amor.

Suspiró exageradamente, y Tabitha puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Eso es imposible, Tillie, lo sabes tan bien como yo.

—Tonterías. Es muy posible —replicó Tillie, que repentinamente tiró la pluma y el diseño que estaba dibujando—. ¿Pero cómo es posible que no se me haya ocurrido antes? Te arreglaré uno de mis vestidos. No me llevará mucho tiempo. De hecho, me voy a poner ahora mismo, tardaré solo unas horas.

Pese a las protestas continuas de Tabitha, Tillie volvió a su casa enseguida para preparar el vestido de su amiga, dejándola en el taller de trabajo con sus sueños sobre duques y bailes de disfraces. De hecho, en ese momento estaba trabajando en una máscara para Frances que pegara bien con el vestido que finalmente había comprado en
Rochester's.

A la mañana siguiente, Tillie regresó con un precioso vestido azul marino que ella misma había diseñado y confeccionado.

—Oh, Tillie, ¿cómo voy a poder agradecerte todo esto? —exclamó mirando el vestido. Tillie había hecho un trabajo excelente arreglándolo para Tabitha, y urgió a su amiga a que se lo probara.

La joven se colocó frente al espejo del taller y las dos amigas comentaban lo precioso que era cuando, de repente, entró Ellora desde la tienda.

—¡Por Dios bendito! —exclamó Ellora—. ¿Se puede saber qué te has puesto y a dónde vas a ir con ello?

—Es un vestido de baile para Tabitha —dijo Tillie con tono triunfal llevándose las manos a las caderas. Tabitha deseó en ese momento que su amiga no la defendiera con tanta vehemencia—. Y, desde luego, no es cosa suya dónde se lo vaya a poner.

—¡Tillie! —exclamó Tabitha lanzando una mirada de advertencia a su amiga—. No, Ellora, Tillie está bromeando. Solo me estoy probando un vestido que ha hecho para… otra amiga suya.

—¿Es que no tienes encargos en los que trabajar? Desde luego,

no tienes tiempo como para perderlo jugando a…

Ellora se interrumpió cunado Frances entró a toda prisa en el taller. La hermanastra se detuvo al ver a Tabitha llevando el increíble vestido.

—¡Oh, madre! ¡Es ese! ¡Es perfecto!

Tabitha la miró muy confundida.

—¿Qué quieres decir?

—¡Ese es el vestido que tengo que llevar mañana al baile de máscaras! Es magnífico, y seguro que me sienta de maravilla.

—Yo creo que no —gruñó Tillie indignada—. Ese vestido es para mi amiga.

—Tú ya tienes vestido para el baile —le dijo Ellora a Frances con cara de pánico, pues seguramente no tenía dinero para comprar un vestido más.

—¡Pero es que me gusta mucho, madre! —protestó Frances con tono nasal— ¡Lo quiero! —Estaba a punto de tener otra rabieta.

—De acuerdo entonces —dijo Ellora suspirando—. Lo compraremos, e intentaré devolver el otro.

—Pero yo… —Tillie intentaba evitar que Frances se quedara con el vestido sin desvelar el secreto de Tabitha, pero Ellora la interrumpió.

—No hay pero que valga —espetó Ellora mirando a Tillie desde arriba—. Voy a ir a Rochester's a informarles directamente de mi compra.

Tabitha empezó a quitarse el vestido enfadada.

—Toma —dijo al terminar, ofreciéndoselo a Frances—. Es tuyo.

Se volvió a vestir a toda prisa. Ellora la miraba con cara de sospecha.

—Acaban de llegar algunos encargos, Tabitha —dijo cuando hubo terminado—. Tienes que tenerlos listos pasado mañana.

—¡No puede hablar en serio! —exclamó Tabitha—. ¿Cuándo han llegado? ¡Es un plazo demasiado corto! No pueden esperar que nosotras…

—Pues las cosas son así. Sé que vas a tener que trabajar esta noche y la de mañana, pero sé lo mucho que disfrutas haciéndolo —comentó con una sonrisa pérfida.

Tillie empezó a protestar pero se detuvo cuando Tabitha le hizo una seña con la cabeza indicando que saliera con ella de la

habitación.

—SIENTO MUCHO lo de tu vestido, Tillie —dijo Tabitha una vez que estuvieron fuera del alcance de los oídos de Ellora y Frances.

—No te preocupes por eso —la tranquilizó Tillie—. Ya lo arreglaré con Rochester's, me pagarán por él. Lo que hay que decidir es qué vestido te vas a poner tú.

—Se acabó, Tillie —dijo Tabitha negando tristemente con la cabeza—. La verdad es que nunca ha habido posibilidad alguna. No se pueden forzar las cosas.

Tillie hizo lo que pudo para convencer a Tabitha de que acudiera al baile de disfraces. Suplicó, argumentó y hasta envió a Jennings a por otro vestido, pero no hubo manera.

—Creo que está bastante claro que me va a ser imposible ir a ese baile —dijo Tabitha, que se había sentado en su mesa de trabajo y cosía una cinta—. No tengo vestido, tengo que atender un montón de pedidos, mi madrastra y mi hermanastra van a ir y estoy harta de tener que mentir al duque. Cuando averigüe la verdad, nuestra relación, o lo que sea, se habrá acabado sin remedio. Todo será más fácil si, simplemente, no acudo a su invitación.

—Pero Tabitha, ¿de verdad crees que se puede ignorar el hecho de que prácticamente te has arrojado en sus brazos varias veces ya? —argumentó Tillie—. ¿Qué lo conociste antes de que empezara la fiesta en su casa? ¿Qué con toda seguridad va a recorrer Cheapside de arriba abajo hasta dar contigo?

Tillie siguió insistiendo hasta que una llamada a la puerta interrumpió la discusión. El señor McEwan entró inmediatamente, llevando un vestido en la mano.

—Señorita Blackmore, señorita Andrews —saludó a las dos asombradas jóvenes, e inmediatamente colgó el vestido en una percha—. Encantado de verlas de nuevo. Siento no poder quedarme a hablar con ustedes. La casa es un auténtico hervidero a causa de la fiesta de esta noche. Además de sus saludos, mi esposa le envía este vestido. Está deseando verlas, se lo aseguro. ¡Buenos días!

Se marchó sin decir nada más. Tillie reaccionó inmediatamente para ver el vestido que había enviado Lorna. Una vez que quitó todos los envoltorios, no pudo evitar quedarse con la boca abierta, pues era indescriptiblemente bonito: color dorado, de seda brillante.

El ama de llaves había clavado las medidas de Tabitha y se lo había hecho llegar el mismísimo día de la fiesta.

—¡Pero cómo es posible…! —exclamó incrédula Tabitha, sin dar crédito a lo que estaba viendo.

—¡Y qué más da! Aquí lo tienes, y eso es lo que importa. Es una señal, no me lo puedes negar —dijo Tillie radiante de felicidad, al tiempo que recorría las estanterías buscando materiales para elaborar una máscara adecuada—. Tú eras la que hablaba del destino. Pues de acuerdo, Tabitha, aquí lo tienes, hablándote a la cara con este maravilloso vestido de fiesta. ¡Vas a ir! Y ahora escóndelo antes de que tu maldita hermanastra lo vea…

Esta vez Tabitha no tardó ni un segundo en entrar en acción.

Capítulo 15

—¡Alex!

Nicholas subió la escalinata exterior de la casa a toda velocidad sin fijarse siquiera en el mayordomo que le abrió la puerta.

—¡Nick! Qué sorpresa —saludó Alex según llegaba al vestíbulo —. ¡Qué alegría verte! Pasa y siéntate, viejo amigo.

—Dime la verdad, y sin guardarte ningún detalle —exigió Nicholas mirando muy fijamente a su primo.

—Vamos a la sala de estar. Estás montando un escándalo — intentó tranquilizarlo Alexander, aunque con tono ligeramente jocoso. Lo agarró del brazo, lo arrastró al salón de día y cerró la puerta para que nadie los interrumpiera—. Vamos, siéntate.

Alexander se sentó en su sillón favorito de la esquina más soleada de la habitación, mientras que Nicholas se sentaba en el sofá sin arrellanarse.

—¿Se puede saber qué pasa? Estás fuera de ti.

—Estoy convencido de que ya lo sabes —afirmó Nicholas apoyando los codos sobre las rodillas. Tabitha, tu «prima», o eso dices tú. Algo no va bien, y te exijo que me digas la verdad. No es de la alta sociedad, no se comporta como si lo fuera, y esa historia acerca de su madre es una filfa…

—Ya te lo he dicho, no para de viajar…

—Viaje o no, una aristócrata tendría que haber enseñado a su hija a conversar con un duque. Tendría que mostrarse más sumisa, más entrenada, menos… espontánea e interesante. No es lógico que se siente sola en una chocolatería, ni que pasee sola por la calle. Me da lo mismo de dónde sea, pero tengo que saber la verdad antes de mañana.

Alexander bajó los ojos para mirar fijamente a Nicholas.

—Creo que no me corresponde a mí contártelo, primo, pero de todas formas te explicaré lo que sé. En todo caso, ha de ser ella quien te aclare su verdadera identidad. Sea como sea, averigües lo que averigües, no le eches la culpa de nada a Tabitha. Se trata de un asunto en el que se ha visto envuelta sin querer y debido a sus buenas intenciones, y que en un momento dado la han superado por completo.

Alexander le contó la situación a Nicholas desde el momento en el que Lorna le pidió que, en la fiesta de su madre, fingiera ser primo de Tabitha, hasta que la joven se vio obligada a abandonar la residencia de los Fairchild.

—Aparte de esto, no te puedo contar mucho más —dijo encogiéndose de hombros—. Por lo que respecta a su verdadera historia, dónde vive y qué sentimientos alberga hacia ti, no tengo la menor idea. Lo que sí creo es que la podrás encontrar en Londres, al menos durante un tiempo.

Nicholas miró confundido a su primo.

—¿Por qué no me contaste todo esto? ¿Por qué no me lo contó Lorna? Los dos sabéis que haría lo que fuera por mi madre.

—Sí, Nicholas, pero también sabemos que odias las intrigas de la alta sociedad. No habrías aceptado el montaje, ¿a que no?

—Por supuesto que no, pero…

—Pues eso. Era mejor que no te enteraras. Tabitha se habría ido en el momento oportuno y tú no te habrías enterado de nada. Y ahora dime una cosa: ¿estás enfadado con ella o sientes lo mismo que antes de hablar conmigo?

—Pues no estoy seguro, primo —dijo Nicholas dubitativo.

Respiró hondo y se llevó las manos a las caderas. Y es que, por mucho que quería fiarse de ella, no se podía quitar de encima la sensación de que le había traicionado. Lo que había sentido por ella se basaba en una farsa. ¿Quién era ella en realidad? ¿La volvería a ver alguna vez?

—Valoraba mucho su honestidad, su franqueza y, por tanto, el hecho de que podía confiar en ella. Eso podría romperse. Pero al mismo tiempo… —Todavía aspiraba a ella casi de forma feroz, era innegable—. Si fuera capaz de estar seguro de que es la persona que yo creo que es, si su carácter y sus valores no han cambiado, seguiría pensando que nunca voy a encontrar a ninguna como ella.

No podría pasar la vida con nadie más.

—En ese caso, tengo una sugerencia: habla con Lorna. Fue ella la que preparó la farsa, y de hecho Bernard estuvo espiando a Tabitha desde varias semanas antes de la fiesta. Ella te puede contar muchas más cosas que yo.

NICHOLAS VOLVIÓ a casa y se presentó de inmediato en el despacho de Lorna. Su entrada sin avisar ni llamar a la puerta dejó perpleja al ama de llaves.

—¡Su excelencia! Niño, menudo susto me has dado. ¡Por Dios, qué cara más seria! ¿Se puede saber qué pasa?

Nicholas cerró la puerta y se sentó en un taburete frente al ama de llaves.

—Lorna, tienes que contarme todo lo que sepa de Tabitha Kenmore —dijo con voz firme, esperando que, por una vez, Lorna se comportara con él como el duque que era, además, por supuesto, de la persona para la que trabajaba, y no como si fuera un crío al que cuidaba.

—Ah, la prima de Alexander —dijo levantando una ceja. Nicholas pudo captar una sombra de duda en su mirada—. ¿Todavía te acuerdas de ella?

—¿Qué si me acuerdo de ella? Pues sí Lorna, la tengo presente constantemente en mis pensamientos. Es un misterio para mí. El destino es caprichoso, y me la he encontrado varias veces, pero siempre desaparece. Sé que no es prima de Alexander, y que organizasteis una farsa para proteger a mi madre en su fiesta. Te perdono por haberme mantenido al margen, y entiendo por qué lo hiciste, pero debes contármelo todo sobre ella. ¿Quién es? ¿De dónde viene?

Lorna suspiró y se frotó la frente, del mismo modo que lo hacía cuando él era pequeño y no estaba seguro de cómo actuar en una determinada situación.

Y es que Nicholas estaba convencido de que Tabitha sería la compañera ideal para él, pero no sabía nada sobre ella. Sí que creía saber lo que era su esencia interior, pero no conocía sus circunstancias, su historia. No obstante, resultaba obvio que no era la clase de mujer con la que teóricamente debía casarse un duque. ¿Podrían soportar el cotilleo y los rumores que surgirían, y la

presión que ejercería sobre ellos una buena parte de la nobleza? Si la cortejaba y pedía su mano, ¿no estaría arrastrándola a una vida en la que se sentiría constantemente ridiculizada?

Pero lo primero de todo era saber cosas acerca de ella… saber quién era, y hasta qué punto las barreras eran infranqueables.

—Dime toda la verdad, Lorna. Solo te pido eso —imploró.

La expresión de Lorna se volvió soñadora. Siempre le pasaba lo mismo: su fondo romántico se imponía a su naturaleza práctica, por más que esta era muy grande. Empezó a contarle a Nicholas lo que sabía de ella.

—Su nombre de verdad es Tabitha Blackmore. Es hija de un *baronet* que se quedó viudo y regentaba una tienda de sombreros de mucho éxito. Cuando murió, su segunda esposa se quedó con el negocio, pero lo ciertos que sigue teniendo éxito gracias a Tabitha. Tiene mucho talento. Nos llamó la atención cuando le hicimos el encargo de hacer sombreros originales para tu madre. Bernard fue testigo de su manera de relacionarse con las clientas, sobre todo las difíciles, y quedó impresionado. Parece que su madrastra es una mujer bastante complicada, y tiene a Tabitha muy atada a la tienda.

Lorna continuó explicándole cómo habían involucrado a Tabitha en el plan para proteger a la duquesa viuda durante la fiesta.

—No he sabido nada de ella después de que dejara la fiesta. Así que debes preguntarle directamente. Si no puedes encontrarla en la tienda para hablar directamente con ella, te sugiero que pruebes preguntando a la señorita Mathilda Andrews.

—Esa tal Mathilda… ¿podría estar al tanto de las… intenciones o deseos de Tabitha?

Nicholas no podía preguntarle a Lorna si Mathilda podría saber hasta qué punto eran reales los sentimientos de Tabitha hacia él, pero el ama de llaves adivinó la verdadera intención de su pregunta. Sonrió y asintió.

Tras preguntarle la dirección de Mathilda, Nicholas se despidió de Lorna y se dirigió a buscar a la joven.

NICHOLAS SIGUIÓ al mayordomo a lo largo de un casi interminable pasillo hasta el salón de la zona trasera de la mansión. Al entrar fijó la vista en la mujer que estaba sentada en un sillón leyendo y que en ese momento escuchaba con gesto de sorpresa las explicaciones del

sirviente.

—¿Una visita? ¿Pero quién hace visitas inesperadas a estas horas…? —Cuando levantó la vista y le vio en el umbral interrumpió la pregunta, pues lo reconoció de inmediato. Nicholas inclinó la cabeza a modo de saludo, y ella le devolvió el gesto, aunque en su caso más bien era de resignación.

—¿Mathilda Andrews?

—Sí, su excelencia, pero le ruego que me llame Tillie. Todo el mundo me llama así.

—De acuerdo, Tillie. Tengo que hablar con usted.

—Pase, por favor. —Lo invitó a tomar asiento, y a Nicholas le sorprendió que no se sintiera amedrentada por la inesperada presencia de un duque en su casa—. ¿Le apetece tomar algo, un refresco?

—No, muchas gracias. Quiero que hablemos de Tabitha.

—¿Tabitha…? —preguntó fingiendo desconcierto.

—Sí, Tabitha. Su amiga.

—Ya… Entonces es que sabe que…

—¿Que Tabitha Kenmore es en realidad Tabitha Blackmore, una modista de sombreros que no pertenece a la aristocracia? Sí, estoy al tanto de la situación. Y doy por hecho que ese es el motivo por el que me está evitando desde hace varias semanas, porque quería ocultarme la verdad. Pensaba que era una persona honesta, en la que se podía confiar. Pero la verdad es que me ha ocultado la verdad desde que entró por la puerta de mi casa y hasta este momento…

La expresión de Tillie pasó de la mesura al apasionamiento casi sin transición, para defender a su amiga con todas sus fuerzas.

—Hay una cosa que debe saber acerca de Tabitha Blackmore, su excelencia —se apoyó en una mesa, se inclinó hacia adelante y lo miró entrecerrando los ojos—. Y es que es una persona honesta a carta cabal, decidida y que se merece el mayor de los respetos. Ha soportado situaciones de extrema dificultad con mucha tranquilidad y elegancia, así que si piensa que no es digna de alguien como usted, debo decirle con todos mis respetos que se equivoca de medio a medio.

—Señorita Andrews… —dijo, y levantó las manos para calmarla.

—Tillie.

—Tillie. Me ha malinterpretado. No es la situación vital de Tabitha lo que me preocupa, sino el hecho de que haya guardado su secreto durante tanto tiempo tras la fiesta.

Ese comentario pareció calmar un tanto a Tabitha, que se echó hacia atrás en el asiento y respiró hondo.

—Cada vez que le ha visto desde la fiesta pensó que iba a ser la última vez que iba a ocurrir. Considera que no tiene ningún futuro con usted debido a la enorme distancia social que los separa. Y por eso ha hecho lo posible para distanciarse de usted.

Se paró a pensar durante unos segundos, y enseguida continuó.

—Sus intenciones eran buenas, su excelencia. Solo quería ayudar a su madre, tal como le pidió la señora McEwan, y, por supuesto, conseguir el dinero ofrecido que le vendría muy bien para abrir la sombrerería propia con la que sueña desde muy joven.

»Su vida siempre ha sido muy difícil. Su madre la trata como a una sirvienta, o como a una empleada de la tienda, pese al hecho de que tanto sus diseños como su habilidad para llevarlos a la práctica es lo que mantiene vivo el negocio. Ha vivido la relación con usted como si fuera un cuento de hadas, aunque segura de que no podía tener un final feliz. No le contó la verdad porque pensaba que hiciera lo que hiciera el final iba a ser el mismo: cada uno seguiría su camino irremediablemente.

—¿Por qué aceptó la invitación al baile de máscaras?

—Porque creo que se ha enamorado de usted, excelencia. No obstante, aún no lo admite, ni siquiera para sí misma.

Nicholas se echó hacia atrás en el asiento. El corazón le latía a toda potencia y a gran velocidad. ¿Ella lo amaba? ¿Entonces era factible ir adelante con todo, pese al hecho de que le había mentido y, sobre todo, pese a que ella era sombrerera y él duque?

Era una situación muy poco convencional. Él podría casarse casi con cualquier mujer de la aristocracia que quisiera, pero ninguna le había hecho vibrar ni le había llegado al corazón como ella.

Más que nada, lo que deseaba era estar con ella constantemente. La conocía desde hacía muy poco tiempo, cierto, pero estaba deseando pasarse el resto de la vida averiguando cosas nuevas sobre ella. Lo que sí que sabía con toda seguridad era que la joven desdeñaba la forma de comportarse de la alta sociedad, pero si se convertía en duquesa, pasaría a formar parte de lo más granado de

esa misma sociedad que no le gustaba. ¿Podría pasar la vida enfrentada a semejante contradicción?

—Excelencia, tengo que rogarle una cosa —dijo Tillie sonriendo muy levemente y con tono de súplica—: haga lo que haga ahora, no le rompa el corazón.

—Llámeme Nicholas —dijo por toda respuesta. Después se levantó y salió de la habitación.

Capítulo 16

—Tabitha, no puedes pasarte la noche escondida en el carruaje —dijo Tillie por segunda vez, pero ahora bastante exasperada. Estaban en la puerta de la mansión Fairchild. El baile había empezado hacía casi una hora, y Tabitha era incapaz de contener los nervios y entrar. Tuvo que esperar a que Frances y Ellora se marcharan en el carruaje familiar para vestirse, y Tillie se pasó un buen rato rizándole el pelo, con un excelente resultado, eso sí.

Había logrado terminar los encargos a tiempo dedicando a ello parte de la noche pasada y de la anterior, por lo que pudo prepararse para ir al baile de máscaras.

Tabitha decidió que ya estaba bien y, sin decir nada, le colocó la máscara a su amiga sin atender a sus protestas.

—Ya va siendo hora, Tabitha Blackmore —dijo apretándole las manos—. Entra disfrazada, pero sal como tú misma, pase lo que pase.

—Pase lo que pase —repitió respirando con fuerza. Había aceptado acudir por dos razones. La primera, ver a Nicholas por última vez (en realidad, «otra última vez»), y la segunda, para dejar atrás por fin la falsa identidad «Kenmore».

Abrió la puerta, se apoyó en Jennings para bajar del carruaje, cuadró los hombros y alzó la mirada. Convenientemente enmascarada, echó a andar en dirección a la casa.

Se le aceleró la respiración y el pulso al empezar a subir los escalones de mármol de la entrada. Las dudas empezaban a agobiarla. Se detuvo a unos pasos del final de la escalera. Miró hacia atrás pensando en salir corriendo para volver al carruaje antes de que Tillie se marchara. Se había dado media vuelta cuando

escuchó una voz familiar.

—¿Te vas tan pronto?

Trago saliva y se volvió a mirar a quien le había hablado, surgiendo de la nada y como si la hubiera estado esperando.

—No sé si voy a ser capaz de hacer esto —dijo dudando.

—Puedes hacerlo —dijo Alexander dando un paso adelante y ofreciéndole el brazo—. De hecho, en realidad necesitas hacerlo. Él necesita verte. Tiene muchas cosas que decirte.

¿Qué podría tener que decirle a ella Nicholas?

—Estoy harta de fingir ser una persona que no soy cuando estoy con él —dijo con la voz rota. Se había enamorado perdidamente del duque, pero el duque se había enamorado de una persona que en realdad no existía.

—Pues entonces sé tú misma.

El consejo era muy simple, pero también muy aterrador.

Alexander le puso la mano sobre el hombro y se lo apretó amigablemente.

—Para ti es fácil decirlo —razonó Tabitha con tristeza—. Vas a ser duque algún día, te estás formando para ello.

Se rio con ganas pero discretamente, y le tomó el brazo.

—Tu destino te espera, Tabitha… Blackmore.

El salón de baile de los Fairchild era un hervidero de gente, y Tabitha estaba segura de que nunca podría encontrar a Nicholas entre semejante multitud.

Se detuvo un momento en lo alto de las escaleras antes de bajar en dirección a la locura, y se quedó helada al notar que un océano de ojos se volvían hacia ella. Tuvo que recordarse a sí misma que debía seguir respirando, que nadie sabía quién era. En cualquier caso, bajó cuidando cada paso para no caer de boca a las primeras de cambio.

«Puedes hacerlo» —se recordó a sí misma.

Cuando, unos eternos segundos después, logró llegar al final de las escaleras, miró a su alrededor. Las máscaras impedían reconocer a nadie. ¿Cómo iban a encontrase Nicholas y ella?

No tuvo mucho tiempo para pensar en ello, porque la multitud dejó espacio para que una figura con una máscara dorada y negra pudiera desplazarse, como si fuera de la realeza. Cosa que

prácticamente era. Nicholas estaba resplandeciente con su traje de gala negro de ribetes dorados. Se dio cuenta de la intención de Lorna respecto al vestido dorado que le había hecho llegar. Los atuendos de Nicholas y de ella combinaban perfectamente, de todas las maneras posibles.

Pero ahí se acababa el emparejamiento. Porque un duque y una sombrerera, hija de un *baronet*, no podían formar una pareja socialmente adecuada.

Cuanto más se acercaba, más calor sentía en el vientre, y más le dolía respirar. Tras la máscara, el calor de las mejillas le indicaba que estaba intensamente ruborizada, y que el rubor crecía con cada deliberado paso que daba en dirección a ella.

Se detuvo a un paso, y el resto de las personas que había a su alrededor desaparecieron como por ensalmo.

—Has venido.

Era una declaración.

—Sí, he venido —acertó a decir, más bien a susurrar—. Estás resplandeciente.

Se echó a reír y volvió la cabeza levemente, lo que le permitió apreciar su perfil pese a la máscara.

—Eres una auténtica revelación, Tabitha Blackmore.

El cumplido le encantó, pero de inmediato se le paró el corazón al caer en la cuenta de lo que había escuchado.

Blackmore, no Kenmore.

Se sujetó a la barandilla para no desplomarse.

La farsa había terminado. Él lo sabía.

Paro, ¿qué iba a hacer? Esa era la pregunta. ¿Cómo iba a reaccionar su madrastra si todo salía a la luz? ¿La echaría de casa antes de que pudiera independizarse?

Abrió la boca para empezar a preguntarle esas y muchas otras cosas, pero antes de que abriera la boca él la tomó de la mano y la llevó al centro de la pista de baile.

Allí, sin tiempo de nuevo para hablar, le agarró la mano izquierda con su derecha y le puso la otra en la zona lumbar. La dirigió en todos los movimientos, hacia atrás, hacia delante, a los lados, siguiendo el ritmo del vals que tocaba la orquesta. Tabitha nunca había bailado un vals, y estaba a punto de gritar de puro pánico.

—Nicholas, no sé bai…

—Déjate llevar, nada más —le dijo al oído con voz fuerte pero a la vez suave—. Un paso cada acorde.

Tabitha se dejó llevar, paso a paso, por toda la pista que se iba despejando para ellos. Todo el mundo quería ver a la mujer que había captado la atención del duque de esa manera. El rumor de las voces era casi tan intenso como la música de la pequeña orquesta, pero pronto todo se evaporó: solo quedaba Nicholas.

Era lo único que le importaba. Todo lo que le importaría siempre. Pero, aunque Tabitha deseaba con todas sus fuerzas pasarse la vida en sus brazos, bailando sin fin, también ardía en deseos de saber que le aguarda después. ¿Qué haría? ¿Qué pensaba?

La pieza terminó y la multitud enmascarada aplaudió educadamente. Nicholas condujo a Tabitha fuera de la pista en el preciso momento en el que la orquesta atacaba un baile tradicional, gracias a lo cual la atención dejó de centrarse en ellos.

Avanzaron entre la multitud y se dirigieron a la parte trasera de la casa, en dirección a la cocina. Una vez allí se encontraron con la señora McEwan, que sonrió y se escabulló de inmediato. Pero Nicholas no se detuvo.

Por la zona trasera de la cocina se accedía a una escalera de servicio, por la que subieron dos tramos sin soltarse de la mano.

Tabitha quería preguntarle qué estaba haciendo, a dónde la llevaba, pero avanzaban tan rápido que bastante tenía con mantenerse de pie sobre sus ligeras zapatillas de baile. Al llegar a la segunda planta atravesaron un distribuidor y siguieron por un pasillo lujosamente enmoquetado, hasta llegar finalmente a una puerta situada en el extremo más lejano. Nicholas la abrió, le franqueó la entrada a Tabitha, la cerró y se volvió hacia ella.

—Yo… yo soy… —balbuceó Tabitha sin saber qué decir. Le caían las lágrimas por las mejillas, y su estado era cercano al pánico.

—Lo sé todo —dijo él con voz ronca—. He hablado con Alexander, con Lorna… ¡demonios, hasta con Mathilda Andrews! Sé quien eres.

Perdió el habla. Todo había acabado.

—Solo me queda una pregunta por hacer —dijo al tiempo que se quitaba la máscara. Inmediatamente Tabitha se sintió algo estúpida

por seguir llevándola, así que lo imitó, dejando correr las lágrimas que ya salían a raudales.

—Lo siento mucho… —susurró, pero él negó con la cabeza, se acercó a ella y le enjugó las lágrimas con las yemas de los pulgares, en un gesto de enorme ternura.

—Una pregunta, señorita Blackmore —dijo al tiempo que le acariciaba la mejilla—. Una… última pregunta.

Respiró hondo, y la máscara se le cayó al suelo. Todo había terminado. Todo. Lo único que quería antes de desmoronarse era tener la oportunidad de decirle lo que realmente sentía.

—¿Quieres casarte conmigo?

La pregunta la dejó absolutamente desconcertada y sin capacidad alguna de reacción. Levantó la cabeza como si fuera un resorte y le miró, mientras él le tomaba las manos.

—¿Te estás burlando de mí? ¿Vengándote? —dijo con voz entrecortada—. Porque no sé si podría soportarlo. Por favor… no lo hagas.

Le agarró la cabeza por la nuca riendo y la miró a los ojos muy de cerca.

—No me estoy burlando —dijo con mucha firmeza—. Todo lo contrario. He hecho averiguaciones. Sé tu historia y tus circunstancias, y esperaba que me la contaras tú misma. Pero soy muy impaciente, y ahora que he encontrado lo que llevo buscando desde hace tanto tiempo, toda mi vida, no puedo esperar más. Te amo. Quiero casarme contigo. Quiero que seas mi duquesa.

—Pero qué va a decir la gente…

Tuvo que dejar de hablar para dar paso a un beso urgente y apasionado.

—¡No me importa nada lo que diga la gente! —exclamó—. Eres hija de un *baronet*, de un buen hombre según me han dicho. Has trabajado duro durante toda tu vida, y siempre has perseguido tus sueños, enfrentándote a situaciones de lo más complicadas.

—No tengo madera de duquesa —susurró entre lágrimas—. Nunca me adaptaría a serlo. No tengo experiencia social, no sé cómo actuar ni qué decir.

—Estás muy equivocada, mi querida duquesa accidental —dijo, inmediatamente antes de robarle otro beso. Tienes absolutamente todo lo que yo he buscado siempre. No es cuestión de experiencia

social, ni tampoco es imprescindible, aunque lo fuera. Con tenernos el uno al otro nos sobrará. Y si la alta sociedad quiere hablar, que hable. Dime que te casarás conmigo. Mi madre está al tanto. Y mi primo. Tu mejor amiga también lo sabe. Y Lorna y Bernard. Todo el mundo que nos importa está deseando que aceptes. Pero sobre todo yo. Por supuesto, siempre que me quieras…—. En ese momento el gesto esperanzado y acuciante se tornó en otro de absoluta vulnerabilidad.

Las lágrimas se desataron casi torrencialmente, como si arrastraran los secretos que con tanta dificultad había guardado ante él. Y en medio de ellas, asintió con la cabeza y la levantó, invitándole a que la besara.

Al principio fue un beso dulce, suave. Tentativo. Curioso. Prometedor.

Pero conforme transcurrían los segundos, fue creciendo en intensidad. Tanteó la camisa con los dedos y se atrevió a tocar la piel cálida del pecho, musculoso y potente, haciendo que su respiración se entrecortara.

—Ve con cuidado, querida —dijo—. Quiero esperar, pero cuando estoy contigo mi voluntad se viene abajo…

Ella estaba enardecida, y necesitaba el contacto físico tanto o más que las palabras. Asombrándose de lo que estaba haciendo, tiró de la levita y la lanzó al suelo.

—Pero yo no quiero esperar hoy —dijo respirando con dificultad —. Quiero sentirte en mí. Ahora.

Él jadeó en su boca e, inmediatamente, le puso las manos en la espalda y más abajo. Se encontró con botones y los desabrochó a duras penas.

—Lo que quiera mi duquesa —gruñó, y se apretó contra ella, frente contra frente, labios contra labios, lengua contra lengua, cuerpo contra cuerpo.

El maravilloso vestido cayó al suelo y Nicholas le sacó la combinación por los hombros. Tabitha se sintió desnuda y vulnerable, como si el hecho de no llevar ni vestido ni máscara pusiera de manifiesto quién era en realidad. Nicholas le puso las manos en el pecho y la miró de arriba abajo, como si fuera una obra maestra. Inclino la cabeza hacia un lado, disfrutando de la sensación de esas manos, suaves y poderosas, sobre su cuerpo, y

respondió acariciándole el pelo.

—Esto es… exquisito —balbuceó. Jadeó cuando la tomó en brazos y la dejó sobre la cama. Allí le quitó las medias y la dejó absolutamente expuesta, recibiendo en la piel desnuda el aire fresco de la noche que entraba por la ventana. Escuchó el sonido de su ropa y vio que él también estaba ante ella en toda su gloria, extendida e intimidante ante ella.

—¿Exquisito? —dijo sonriendo—. Pues no ha sido nada. Solo el comienzo del principio.

Antes incluso de que pudiera preguntarse qué estaba haciendo ya había cubierto su cuerpo y la acariciaba por todas partes con dedos ávidos, empezando por el cuello y moviéndolos hacia abajo despacio, hasta llegar a su zona más íntima. La acarició de un modo que nunca había podido imaginar hasta ese momento. Arqueó la espalda y completó la reacción con un audible jadeo.

No paraba de retorcerse ante los despiadados avances de Nicholas, que estudiaba su cuerpo al tiempo que le enseñaba lo que podía esperar y hasta qué nivel de placer podían llegar juntos.

El apremio era tan intenso y crecía tanto que pensó que iba a desmayarse.

—¡Nicholas! —gritó.

—Shh cariño… —susurró él—, déjate llevar, disfruta, no tengas prisa. Apenas estamos empezando.

Procuró hacerle caso, aunque con dificultades, y se abrió a las sensaciones. En un momento dado, la oleada de deleite fue de tal intensidad que en un momento dado pensó que se iba a desmayar. Cuando recuperó el aliento, vio que la miraba con los ojos ardientes de deseo.

—Eres maravillosa —dijo con tono casi reverencial, mientras colocaba los codos a ambos lados de su cabeza—. ¿Estás segura de que es esto lo que quieres? No sabes hasta qué punto estoy deseando seguir y llegar hasta el final, pero si prefieres que esperemos a estar casados, no tienes nada más que decírmelo. Tú decides, pero por favor, que sea pronto.

Tabitha soltó una risa ronca.

—Soy cualquier cosa menos convencional, Nicholas —dijo sonriendo—. Ya deberías saberlo a estas alturas. Quiero hacerlo. Te quiero a ti.

La besó en los labios e inmediatamente sintió como se acomodaba en su abertura.

—Te prometo que muy pronto pasará el dolor —dijo, y ella asintió.

Nicholas empujó con todo y ella soltó un ligero quejido al notar una dolorosa quemazón que le recorrió el cuerpo. Mantuvo el aliento y se agarró a sus hombros, intentando recordar los consejos que le había dado.

—Respira, amor mío —dijo.

No estaba segura de si debía hacerle caso, pero finalmente hizo lo que le decía y empezó a respirar despacio y con calma. Enseguida, el dolor quemante se convirtió en un placer apabullante, intenso, que lo vencía todo, y que crecía el ritmo de sus potentes movimientos de caderas.

—Sigue haciendo eso, Tabitha —casi gruñó él a su oído—. La lección está a punto de terminar…

—Quiero… más… —balbuceó.

Como si le hubieran liberado de sus ataduras, Nicholas empujó con enorme intensidad, entrando y saliendo de ella a un ritmo frenético.

—Pues vas a tener más.

Movía las caderas de lado a lado, y Tabitha, buscando más contacto, enroscó las piernas alrededor de su cintura y juntó los tobillos, inclinándose para permitirle una penetración más profunda.

Tabitha habría jurado que Nicholas luchaba por mantener el control y que solo lo conseguía a duras penas, pues su respiración era pesada y desigual. Con una mano le acariciaba la cara, y con la otra buscó, y encontró, una pequeña protuberancia en el centro de su sexo y empezó a acariciarla con el pulgar.

La sensación fue indescriptible, y antes de que pudiera darse cuenta, Tabitha perdió el control por segunda vez, con una ola de indescriptible y glorioso placer.

Dejó que Nicholas la condujera incluso más allá. Gritó, se contorsionó a su alrededor y hasta le calvó las uñas en la espalda.

Él llegó poco después, gritando su nombre y vaciándose en su interior durante un largo rato.

Cuando las respiraciones de ambos se fueron calmando y la

locura pasó, Tabitha abrió los ojos y vio a Nicholas mirándola con expresión maravillada.

—No había planeado traerte a mi dormitorio —dijo con una sonrisa algo avergonzada—. Mi intención era pedir tu mano y, después, bajar a la fiesta y anunciar el enlace. Lo único que deseaba era estar en un sitio en el que nadie nos pudiera encontrar.

—Pues a mí me parece muy bien como han salido las cosas… Mi madrastra está aquí. Creo que le va a dar un ataque… —dijo Tabitha estremeciéndose ligeramente.

—La satisfacción de contemplar como reacciona es un motivo más para anunciarles la buena noticia a ella y a tu hermanastra —dijo besándole la frente, la nariz y los labios—. Pero falta algo, Tabitha. Creo recordar que no has contestado a mi petición.

—La respuesta es sí, Nicholas —dijo ella riendo—. Te quiero muchísimo, y me casaré contigo.

Sellaron la promesa con otro beso.

—No puedo pedir nada más —dijo—. Me has hecho más feliz de lo que merezco. Esto podía salir muy bien, como así ha sido, pero también muy mal.

—Solo podía salir bien —afirmó Tabitha rodeándole el cuello con las manos y atrayéndole hacia ella—. Tu propuesta ha terminado siendo maravillosa.

AVANZARON por los pasillos de la mansión tomados de la mano. Tabitha se soltó cuando llegaron a las escaleras, esta vez las de la zona principal, y descendió hasta el final de las mismas, mientras que Nicholas hizo exactamente lo que había dicho que haría, es decir, detenerse en mitad de las mismas.

Con un discreto gesto de la mano, ordenó a los músicos que dejaran de tocar, y todo el mundo se volvió para ver qué estaba pasando. Nicholas dio unas palmadas para llamar la atención de los invitados.

Tabitha bajó la cabeza y empezó a mover nerviosamente el pie, a la espera de la tormenta de miradas, juicios y críticas que sin duda iba a producirse. Surgiendo como de la nada, Lorna se colocó a su lado, le guiñó el ojo casi imperceptiblemente y le apretó el brazo para demostrarle su apoyo.

—Sé que estamos aquí para celebrar un baile de máscaras, pero

ha surgido una cuestión que es de gran importancia para mí —dijo, y su voz resonó en los altos techos de la estancia. Tabitha sintió que en cualquier momento el corazón se le iba a salir del pecho—. Voy a proceder a realizar una especie de desenmascaramiento, aunque de un tipo muy distinto al de este baile. Y es que les voy a presentar a la dama que ha aceptado convertirse en mi esposa.

Se produjo un gesto de asombro colectivo, y todo el mundo empezó a mirar a su alrededor buscando a la misteriosa mujer que había conquistado el escurridizo corazón del duque. En lugar de dar un paso atrás y esconderse, cuando Nicholas extendió la mano hacia ella, Tabitha sintió una oleada de orgullo y satisfacción y avanzó hacia Nicholas con la cabeza muy alta.

—Señoras y caballeros, les presento a la señorita Tabitha Blackmore, mi actual prometida y futura esposa.

Hubo un silencio de estupor que duró solo unos segundos. Cuando vio como Sabine Banon prácticamente se arrancaba la máscara con gesto de angustia, Tabitha supo que pronto se produciría una especie de revuelta aristocrática contra la decisión de Nicholas, de la que su madrastra y hermanastra formarían parte entusiásticamente. No obstante, muchos de los asistentes se unieron enseguida al ruidoso aplauso de Alexander, y cuando Tabitha tomó la mano que le ofrecía Nicholas la ovación y los vítores se generalizaron.

Bajaron los escalones que quedaban y se acercaron a la madre de Nicholas. Tabitha aguardaba nerviosa la reacción de la duquesa viuda al hecho de que una plebeya fuera a ser su hija política. No obstante, tras darle la enhorabuena, la dama le dijo que después de verse atrapada en un matrimonio concertado, falto de amor y de respeto y solo basado en la conveniencia social y económica, entendía lo adecuado de establecerlo en el amor y la búsqueda de la felicidad mutua.

—Tú le vas a proporcionar todo eso a Nicholas, hija mía. Y él a ti —dijo, y Tabitha se quedó sin palabras ante su amabilidad y ternura.

El resto de la noche fue un torbellino de saludos y felicitaciones, con Tabitha y Nicholas juntos en todo momento. Casi no podía dar crédito a la tremenda felicidad que la embargaba cuando su prometido volvió a conducirla a la pista de baile e inmediatamente

le puso las manos en la cintura, fuertes, acariciadoras y tan reales que no necesitó pellizcos para comprobar que no estaba viviendo un sueño.

—Tenía miedo de separarme de ti y que lo aprovecharas para esfumarte —dijo mirándola con un mínimo gesto de humos en los labios.

—¡Nunca! —prometió sonriendo con los ojos—. Soy tuya, ahora y para siempre.

Epílogo

Cuatro meses más tarde

—Mi primo Alexander está completamente fascinado con tu amiga Mathilda —susurró Nicholas al oído de Tabitha mientras los invitados se divertían en el salón de baile.

Siguió la mirada de Nicholas y vio a Tillie, resplandeciente con su vestido de creación propia color rubí, moverse entre la multitud siempre seguida a unos pasos por el futuro duque, alto y rubio, pero que en esos momentos parecía un perrito faldero.

—Una nunca puede estar segura de cuáles son las verdaderas intenciones de Tillie —murmuró jocosamente, y Nicholas le rodeó los hombros con el brazo.

—¿Te sientes distinta? —preguntó acercando mucho la boca a su oído para que nadie le escuchara.

—¿Qué quieres decir? —preguntó volviéndose hacia él.

—Por estar casada, y ser duquesa —aclaró—. ¿Es tan difícil como pensabas que sería hace cuatro meses, cuando aceptaste ser mi esposa?

Tabitha alzó las cejas, pero enseguida sonrió al acordarse de aquella noche tan especial.

Ellora y Frances estaban absolutamente enfurecidas al volver a casa tras el baile de disfraces.

—¡Pequeña mentirosa! —espetó Ellora en cuanto Tabitha cruzó el umbral—. ¡Has estado moviéndote por ahí para buscar marido desesperadamente!

Frances estuvo a punto de tirarle un plato sopero a la cabeza, pero cuando apareció Nicholas un par de pasos detrás de ella, el

cambio de actitud fue fulminante, y se deshicieron en elogios, parabienes y agradecimientos por el hecho de relacionarse con una familia de tantísimo prestigio social.

Tabitha no podía evitar poner los ojos en blanco cada dos por tres mientras hacía el equipaje. Aceptó inmediatamente el ofrecimiento de Tillie de vivir con ella en su casa hasta la fecha de la boda, más que nada para librarse de inmediato de Ellora y Frances.

Como regalo de boda Nicholas le compró, a un precio desorbitadamente alto, todos los componentes y materiales de la sombrerería. Como era duquesa, no iba a necesitar escaparate cara al público. Lo que hizo fue negociar acuerdos con las mejores tiendas de ropa de Londres para ofrecerles sus propuestas, que ya no se verían condicionadas desde el punto de vista creativo. Se acabaron los encargos presurosos y la producción forzada.

Sabine y su madre pasaron relativamente desapercibidas tras el anuncio del compromiso. Algunas miradas despectivas de soslayo, algunos comentarios acerca del «fraude Kenmore» durante las primeras semanas hasta desaparecer en el olvido y reaparecer en la fiesta formal de compromiso.

Recibieron la invitación por puro compromiso social, según *lady* Gemma. Como se preveía, Sabine se comportó de forma algo vengativa, intentando aprovechar la diferencia de estatus social y soltando comentarios crueles sobre Tabitha al tiempo que *lady* Hester retomaba sus ataques a la duquesa viuda.

Lo que pasa es que ninguna de las dos tuvo en cuenta el tipo de persona que era Mathilda Andrews ni su falta de paciencia con las nobles prepotentes y llenas de rencor y prejuicios estúpidos.

—Compórtense si no quieren verse de patitas en la calle de forma inmediata —dijo sonriendo dulcemente en dirección a Sabine cuando dejó caer que Tabitha había conquistado al duque con malas artes.

—No puede dirigirse a nosotras de esa manera —siseó su madre con los dientes apretados—. Es usted una plebeya.

Tillie volvió a sonreír.

—Una plebeya cuya familia podría comprar y vender su casa, sus tierras y todas sus pertenencias tantas veces como quisiera —fue la contestación de Tillie—. Y ahora, pórtense bien antes de que le

diga a papi que las lleve a la bancarrota con un chascar de dedos.

Todo el mundo sabía, aunque sin mencionarlo en voz alta, que la familia Banon pasaba por serias dificultades económicas debido sobre todo a que lord Archie Banon estaba endeudado hasta las cejas por sus deudas de juego y su permanente presencia en burdeles de lujo. Pero el hecho de que se dijera en voz alta en un evento social multitudinario hizo palidecer a *lady* Hester, que por poco se desmaya del susto.

—No tenemos por qué escuchar esas maledicencias —dijo altivamente.

—No, por supuesto que no —confirmó Tillie con mucha y muy fingida dulzura—. Váyanse, y así no lo escucharán.

Ante el tremendo dilema de quedarse en un sitio en que había sido aireado su sucio secreto o verse obligadas a marcharse a propuesta de una plebeya, muy a pesar suyo eligieron lo segundo.

Ni que decir tiene que no acudieron a la boda. De hecho, se comentó que se habían trasladado a su mansión campestre a pasar el resto del año, sin planes específicos de regreso a Londres tras las tres temporadas transcurridas sin que Sabine recibiera propuestas de matrimonio.

Tabitha paseó la vista por el salón mirando a los invitados. A algunos los conocía y apreciaba. A otros ya los iría conociendo con los años. Y los demás le tenían absolutamente sin cuidado. Con la inestimable ayuda de Nicholas estaba aprendiendo a navegar por las procelosas aguas de quién era quién y qué era lo que se esperaba de ella en cada caso.

Y finalmente había unos cuantos invitados que ella misma había insistido en que acudieran. Para su sorpresa, Nicholas estuvo de acuerdo sin poner ninguna pega, e incluso añadió unos cuantos invitados propios procedentes de Cheapside. Estaba claro que sus incursiones en el mercado y alrededores eran para él algo más que aventuras, y que realmente había trabado amistad con personas de allí. Personas a las que iban a echar de menos durante un tiempo.

—¿Estás segura de que no vas a extrañar esto durante los próximos meses? —preguntó dándole la vuelta en sus brazos y estrechándola contra el pecho.

Dentro de dos semanas embarcarían en dirección a España, desde donde daría comienzo un recorrido por el continente

europeo. Tabitha tenía interés en comprobar las últimas tendencias de la moda fuera de Londres antes de empezar a desarrollar diseños propios.

Había abordado el tema del diseño de sombreros primero con ciertas precauciones, preocupada por lo que Nicholas pudiera pensar de ello. Pero no tenía motivo alguno de preocupación, pues Nicholas entendió perfectamente su necesidad de seguir haciendo aquello que tanto amaba.

—Puedes hacer lo que quieras —le dijo mientras le acariciaba la espalda. ¿Por qué no crear tus propios diseños y ofrecérselos a las tiendas? Así no tendrías que preocuparte por el trabajo del día a día. Vamos a pasar unos meses en Europa, tú estudiando las tendencias de la moda de allí, y apuesto lo que sea a que me va a ser muy difícil traerte de vuelta.

El único cabo suelto era Tillie, a quien no le terminaba de gustar la idea de perder a Tabitha durante tanto tiempo, pero pronto se hizo a la idea y planteó una propuesta.

—Mi padre tiene más de una docena de barcos —dijo encantada —. Puedo viajar y reunirme contigo cuando quiera, ¿verdad?

—¡Pues claro que sí! —exclamo abrazándola con entusiasmo.

Y ahora, mientras los invitados se preparaban para una larga noche de baile y efusiva celebración, Nicholas la tomó de la mano.

—Ya es hora de que hagamos nuestra aparición triunfal —le susurró al oído— ¿Estás preparada?

La tomó del brazo y echaron a andar en dirección a la pista de baile. ¿Estaba preparada en realidad?

—Sabes que sí, Nicholas —dijo en voz baja y llena de promesas —. La pregunta es si lo estás tú.

Fin

Querido lector,

Espero que haya disfrutado con la historia de Tabitha y Nicholas. Su historia de Cenicienta y el príncipe ocupan un lugar especial en mi corazón.

Si aún no recibes mi boletín de noticias (*newsletter*), ¡no esperes más, únete a nosotros! Recibirás además enlaces a regalos, novedades, ventas, descuentos, etc.; sabrás que, entre otras cosas, soy adicta al café, que lucho con denuedo para que mis plantas sobrevivan y que descubro casi cada día los tremendos líos en los que se puede meter un perro adorable, pero con aspecto de lobo.

Español
English

También puedes entrar a formar parte de mi grupo de Facebook, **Ellie St. Clair's Ever Afters**, para así estar en contacto diario.

¡Hasta la próxima, y feliz lectura!

Algún día su duque será feliz para siempre
Felices para siempre, segunda entrega

¿Hacerse pasar por la novia de un duque durante las Navidades?

La idea parecía una locura, aunque tenía potencial para dar solución a todos los problemas de Tillie. Pero, a su vez, era un problema en sí misma: ¿cómo no ceder a los encantos de ese vividor que despertaba en ella deseos inesperados?

Y es que Tillie Andrews aspiraba a una vida propia, que no incluyera al patán que sus padres habían escogido como su futuro marido, ni al tenaz y admirador que podría suponer abandonar el sueño de convertirse en la modista más exitosa y admirada de Londres.

Alexander Landon, duque de Barre, tiene un solo deseo: conquistar a Tillie Andrews. Ante su negativa, y para convencerla, pone en marcha un plan que, presuntamente, lo protegerá de futuros disgustos, pero cuyo resultado es todo lo contrario.

¿Conseguirá Alexander con su farsa convencer a Tillie de que

es la persona que ama, o al final el engaño se convertirá en su perdición? ¿Podrá despertar a Tillie de su sueño y logrará que ambos sean felices para siempre?

Notas

[1] El título británico de *baronet* no tiene equivalente en ninguna otra monarquía europea. En realidad no es un título nobiliario, y no se debe confundir con el de «barón». En este libro utilizaremos el término inglés, *baronet*, pues no existe equivalente en castellano. <<